




3 1761 08



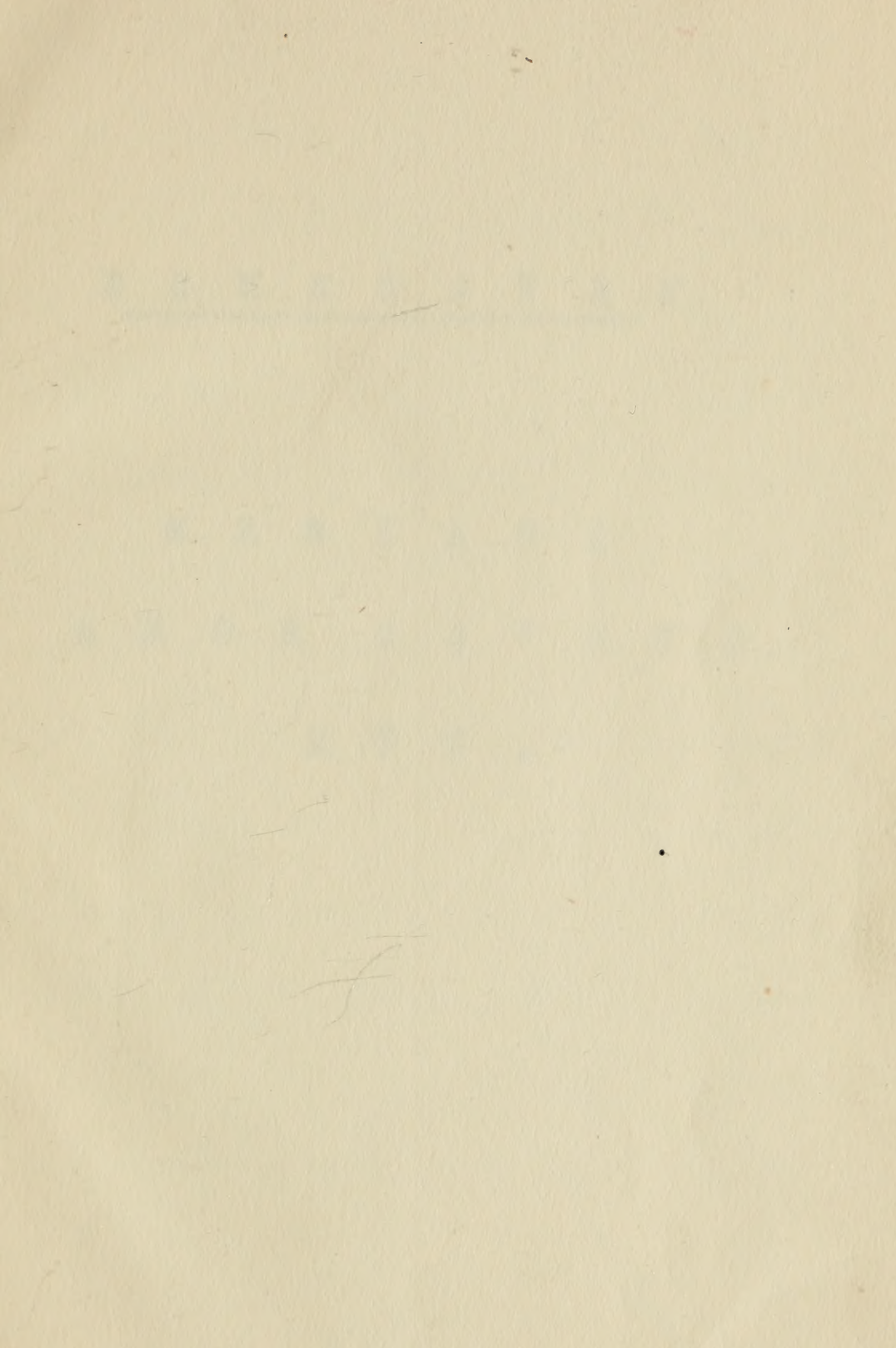






Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of Toronto









**JOSÉ ECHEGARAY**

A.

— — —

Nº. 10

# **Manantial que no se agota**

**DRAMA**

**EN TRES ACTOS Y EN VERSO**

con un entreacto en prosa, original

— — —

**CUARTA EDICIÓN**

— — —

SOCIEDAD  
DE  
AUTORES  
LIBRERÍA

**MADRID**

**SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES**

**Calle del Prado, núm. 24**

—

**1918**







# MANANTIAL QUE NO SE AGOTA



2

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

— — —

Droits de representation de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

— — —

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---



# MANANTIAL QUE NO SE AGOTA

DRAMA

en tres actos y en verso

con un entreacto en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

---

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 9 de  
marzo de 1889

---

CUARTA EDICIÓN

---

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup

TELÉFONO, NÚMERO 552

1918

## REPARTO

---

### PERSONAJES

---

DON ANSELMO, padre de...

RAMIRO.....

DON GASPAR, padre de....

SOFÍA y.....

JUAN.....

JULIA, hermana de don Gaspar..

DON LEANDRO.....

TRES CRIADOS (que hablan). }

### ACTORES

---

VICO.

CALVO (D. Ricardo)

DONATO JIMÉNEZ.

SRTA. CALDERÓN.

PERRÍN (D. Antonio)

SRA. GUILLÉN DE RIVELLER.

SÁNCHEZ.

MORENO.

PERRÍN (D. F.)

RUÍZ.

---

La escena contemporánea.—De los dos primeros actos al tercero,  
han pasado ocho años.





# ACTO PRIMERO

---

La escena representa un salón elegante, pero severo. Puerta en el fondo que da a las antesalas. Primer término: a la izquierda chimenea encendida; a la derecha la puerta que conduce al despacho de don Anselmo. Segundo término: a la derecha otra puerta que da a la biblioteca; a la izquierda un balcón. Una pequeña mesa: junto a ella varias butacas. Al otro lado sofá y butacas: todo esto en primer término. Es la caída de la tarde, casi de noche: candelabros encendidos.

## ESCENA PRIMERA

JULIA y DON LEANDRO. Julia en el sofá dando señales de impaciencia. Don Leandro leyendo junto a la mesa un periódico. Dan las seis

JULIA      ¡Las seis! ¡Qué tarde tan plácida,  
tan agradable y amena!  
¡y don Anselmo qué atento  
con los amigos, que dejan,  
por hacerle compañía,  
los paseos y las fiestas!  
(Don Leandro, para atender a Julia, deja de leer, pero  
con mucha calma.)  
El es un sabio de peso,  
un filósofo de Grecia,  
un hombre honrado que va  
siempre por la línea recta;  
un dechado de virtudes,  
de méritos y excelencias;  
pero en cuanto a cortesía  
anda atrasado de veras.

- LEAN. Los dos somos de confianza.  
JULIA ¡Y nos trata con franqueza!  
Pues por mi parte declaro,  
que prefiero la etiqueta.
- LEAN. De mal humor está usted.  
JULIA ¡Es que me hastío!
- LEAN. Se aprecia  
la declaración, querida,  
en cuanto a mí se refiera.  
JULIA Perdone usted, amigo mío;  
¿pero acaso usted no observa,  
que hace dos horas estamos  
en esculturas de piedra  
convertidos?
- LEAN. Yo, en silencio,  
admirando su belleza.  
JULIA Pues mire usted, yo pensé,  
y por ello no se ofenda,  
que había usted decidido  
dividir la tarde entera  
en dos partes, concediendo,  
con escrupulosa cuenta,  
al sueño la una mitad,  
la otra a *La Correspondencia*.
- LEAN. ¡Qué injusta y qué cavilosa!  
(Sin perder la calma.)  
¡Y qué cosas dice y piensa!
- JULIA Lo seré. Pero volviendo  
a don Anselmo, quisiera  
saber qué asuntos le ocupan  
allá dentro, qué problemas  
resuelve, qué hondos misterios  
en su despacho penetra.  
¿Puede averiguarse?
- LEAN. Claro,  
y no es difícil la empresa.  
Para ver, basta mirar,  
si hay luz y la vista es buena.  
(Julia se levanta y se aproxima a la puerta del despacho.)
- JULIA Pues luz hay, y son mis ojos...  
(Mirando con curiosidad.)
- LEAN. ¿Qué digo? ¿soles o estrellas?  
(Consultando con Julia, con cierta sorna.)
- JULIA Mientras observo, usted puede  
decir lo que le parezca.  
Está leyendo.

LEAN. Muy bien. (Siempre sentado.)

JULIA Y meditando.

LEAN. Perfecta  
ocupacion.

JULIA Y al librote  
otra vez. (Pausa.)  
Y luego vuelta  
a meditar. (Pausa.)

Y sin fin  
alternando en la faena.  
(Vuelve al centro y se acerca a don Leandro.)  
Pero señor, ¿para qué  
estudia tanto? ¿Qué tema!  
¿qué terquedad! ¿qué manía!  
¿qué capricho o qué demencia!  
Es joven: cuarenta y ocho,  
¿pues en ser viejo se empeña!  
¿y muy pronto lo será  
con tanto atracón de ciencia!  
Era erguido y ya se encorva,  
perdiendo la línea recta,  
que es tan propia de los hombres  
de noble figura esbelta.  
Sus ojos eran brillantes,  
pero el estudio los seca  
de tal modo, que ya son  
cristales sin transparencia.  
La palidez le destiñe,  
se apoca su fortaleza,  
se apergamina, se encoge,  
envejece y se cuarteja.  
En resumen, hombre fué  
con todas aquellas prendas  
de gallardía, salud,  
talento, ingenio y riqueza,  
propias para acompañar  
a una mujer a la iglesia,  
y antes de cuatro o seis años,  
si el cielo no lo remedia,  
será momia que enterremos  
en alguna biblioteca.

LEAN. Observo que observa usted,  
puntualmente y a conciencia,  
las cualidades que adornan  
a nuestro amigo, y la idea  
me asalta...

JULIA ¿De que me gusta?



LEAN. De que la viudez le pesa,  
querida Julia, y que acaso  
en torno a la fortaleza  
de nuestro Anselmo, prepara  
sus dos o tres paralelas.

JULIA Como don Anselmo ha sido,  
pudo gustar a cualquiera,  
y aun hoy mismo, así, en conjunto,  
la proporción no es maleja.  
Pero ya es inexpugnable,  
conque es inútil la empresa.  
Y como será mañana,  
a mi ver, ruina completa;  
y como en torno a las ruinas  
no se trazan paralelas,  
resulta que son baldías,  
don Leandro, sus sospechas.

## ESCENA II

JULIA, DON LEANDRO y CRIADO, por el fondo con una bandeja  
y en ella una tarjeta

CRIADO ¿Don Anselmo? (Deteniéndose.)

LEAN. En su despacho.

CRIADO Han dejado esta tarjeta.

LEAN. Puede usted pasarla.

CRIADO Yo...  
no me atrevo. Le molesta,  
cuando está con sus estudios,  
que le interrumpan.

LEAN. La deja  
ahí encima, y cuando salga  
ya la verá.

CRIADO Con licencia  
(Deja la bandeja y la tarjeta sobre la mesa de primer  
término.)  
de ustedes. La trajo un joven...  
y los trazas no eran buenas.  
Pobretón: algo insolente:  
quiso verle. Por las señas  
viene a pedir.

LEAN. Bien está.

CRIADO Sí, señor. Será un cualquiera.  
(Retirándose.)

ESCENA III

JULIA y DON LEANDRO

JULIA No es muy flamante en verdad.  
(Cogiendo la tarjeta )  
«*Ramiro de Pablo y Peña.*» (Leyendo.)  
No le conozco: trasciende  
(Dejando la tarjeta.)

a pedigüeño a la legua.  
Como Anselmo es protector  
de la falange bohemia,  
a él acuden noche y día,  
el noble acero en la diestra.

LEAN. Es hombre de corazón,  
y sabe por experiencia,  
que si en el fondo del mar  
todo se revuelve y mezcla,  
el cieno con el coral,  
con el pólipo la perla,  
en los mares de la vida,  
y en sus fondos de miseria,  
también suelen revolverse  
por mil corrientes diversas,  
el vicioso y el honrado,  
el trubán y el calavera,  
inteligencias mezquinas  
y nobles inteligencias.  
Y Anselmo tiende su mano,  
y al que a su mano se aferra,  
le saca del lodazal  
y le protege y le eleva.

JULIA Sus sentimientos son buenos:  
eso ninguno lo niega.  
Hubiera hecho un gran casado;  
pero el amor no hizo mella  
en el buen señor, y ya  
hay que cantarle el *requiescat*.

LEAN. Usted sabe bien que Anselmo  
(Con cierta misterio y en voz baja.)  
amó una vez y de veras;  
que otro hombre le arrebató  
la gloria de su existencia;  
y que se metió en la vida  
como en desierto de arena,



solo, sin más compañía  
 que su amor y sus tristezas.  
**JULIA** ¿De esas historias, a mí,  
 qué me dirá que no sepa?  
 (En tono confidencial.)  
 Mi señor hermano y él  
 fueron rivales; y Petra  
 (Don Leandro asiente con la cabeza.)  
 prefirió a mi don Gaspar, (Lo mismo,)  
 que fué extraña preferencia; (Lo mismo.)  
 porque yo le juro a usted  
 que por cuanta plata encierran  
 las minas del Potosí  
 en sus filones y vetas,  
 ¡no me caso con mi hermano!  
**LEAN.** ¡Con su hermano! ¡qué ocurrencia!  
**JULIA** Buenc: ya usted me comprende;  
 caso de que no lo fuera.  
 Para ser un puerco espín,  
 como en cátedra se enseña,  
 solo le faltan las púas:  
 y le sobran en la lengua,  
 las que desechó la piel  
 por timidez o prodencia.  
**LEAN.** Pues no hable mal de su hermano,  
 (Mirando al fondo.)  
 porque pienso que se acerca.

## ESCENA IV

JULIA, DON LEANDRO y DON GASPAR

**GAS.** Muy buenas noches.  
 (Entra de muy mal humor y se pasea irritado.)  
**LEAN.** Muy buenas.  
**GAS.** ¡Muy malas! ¡Vaya una noche!  
 (Replicando con enojo.)  
**JULIA** ¿No viniste en coche?  
**GAS.** ¡En coche!  
 Si ya sabes que yo apenas  
 (Cada vez con peor humor.)  
 lo disfruto. Lo usas tú;  
 o se lo lleva Sofia;  
 o mi respetable tía;  
 o el hijo de Belcebú.

LEAN. Ese hijo será tu Juan,  
con que el padre...

GAS. Seré yo.

El hombre que más sufrió  
desde los tiempos de Adán.  
JULIA Siempre fuiste desdichado.

(Con tono de burla.)

LEAN. Rico: con buena salud:

(Lo mismo.)

una mujer de virtud  
y de hermosura dechado.

Un amigo y otro amigo:

Juan y Sofía y tu hermana:  
y por humildad cristiana,  
de mí propio, nada digo.

GAS. Si soy rico, más de un peje  
habrá que de mí se ocupe,  
que de mis haciendas chupe  
y después me despelleje:  
y así mi vida es fatal,

porque mi vida se pasa,  
poniendo a salvo mi casa  
del saqueo universal.

Si soy robusto, ya entiendo  
que tener coche es derroche,  
y va el prójimo en mi coche,  
y yo pédibus corriendo.

Consecuencia: que yo el trote  
de mis yeguas despilfarro  
para todos, y de barro  
me salpico hasta el cogote.

Si tuve mujer hermosa,  
tampoco la disfruté,  
que cuando en ella pensé,  
vi su nombre en una losa;  
bajo tierra sus encantos,  
dos estatuas alusivas

y un mantón de siemprevivas  
el día de Todos Santos.

Y del resto de la gente,  
de la hermana o del amigo,  
te diré que nada digo,

porque yo soy muy prudente.

Conque ya puedes sumar  
mis dichas de hombre y esposo,  
y tendrás lo venturoso  
que ha sido el pobre Gaspar.



- LEAN. ¡Hay sufrimientos horribles!  
(En tono de burla.)
- JULIA ¡Que no son para contados!  
(Lo mismo.)
- LEAN. ¡Hay seres muy desdichados!
- JULIA ¡Y hay seres muy insufribles!
- GAS. ¡Descomunales, soberbios!  
(Con tono de desafío.)
- ¿Y qué?
- JULIA Que sopla y diluvia,  
y el temporal y la lluvia  
te han desatado los nervios.  
Que en el frío está el busilis.  
Y en el hogar el consuelo.  
(Señalando la chimenea.)
- LEAN. Que en él se derrite el hielo.
- JULIA Y en él se calma la bilis.  
(Don Gaspar se aproxima a la chimenea. Pausa.)
- GAS. Pues mira, tienes razón.  
(A Julia, ya con otro tono.)  
Ya me siento más en caja.  
¡Pero qué noche! ¡Se raja  
el cielo con el turbión!
- JULIA Por el menor contratiempo  
(Acercándose a don Gaspar y en tono cariñoso.)  
te exaltas.
- GAS. Bien podrá ser;  
pero este tiempo, mujer,  
no es el tiempo de mi tiempo.  
Hoy llueve de otra manera:  
las nubes son de otro modo:  
hoy anda revuelto todo,  
diga el mundo lo que quiera.
- LEAN. Dices bien, es muy sensible  
ver al Cosmos tan mudable.
- JULIA Tan sólo es inalterable...  
un carácter insufrible.  
(Pausa. Don Gaspar se calienta en la chimenea.)
- GAS. ¿Y qué hace Anselmo?
- JULIA Leyendo.
- GAS. ¿Algún librote profundo?  
¡Para Anselmo se hizo el mundo!  
Sin embargo, no lo entiendo.  
No sé cómo hay un bendito  
que en un libro se consume,  
cuando todo libro, en suma,  
suele estar muy mal escrito.

JULIA Empiezo a leer y me exalta  
el no entender ni un renglón;  
y no es por la comprensión,  
que, a Dios gracias, no me falta.

Pues en clase no has tenido  
fama de muy avisado.

GAS. Porque fuí desaplicado;  
lo que es torpe no lo he sido.

JULIA ¡Nunca! Y tampoco modesto.

GAS. Yo no estudiaba... y sabía.

En cambio, *aquel* se comía  
(Señalando al despacho de don Anselmo.)  
siempre los libros de texto.

(En tono de mofa.)

Siempre fuí muy vanidoso,  
y en esto yo no le agravio:  
puso empeño en ser un sabio,  
y fué un sabio empalagoso.

Yo nunca le disputé  
el puesto de preferencia.

(Con desprecio.)

JULIA Eras hombre de conciencia.

GAS. ¡Darle un disgusto!... ¿Por qué?

Fué mi amigo, fué constante;  
yo le tenía afición,  
y, por buena educación,  
le dejé pasar delante.

(Siempre con desdén y suficiencia, en que se traslucen  
la envidia.)

Pero llegó cierto día,

(Con acento rencoroso.)

y con ansias verdaderas  
quise disputar de veras  
algo que mucho valía.

Y entonces quedó por necio  
y yo quedé vencedor:

de Petra buscó el amor  
y sólo encontró desprecio.

JULIA Tu arrogancia no convence:

té ayudaron tu riqueza,  
sus padres y su flaqueza.

GAS. Se vence como se vence.

El con su ciencia bendita,  
con su gloria de estudiante,  
con su carrera brillante,  
y yo con mi mujercita.

(Riendo.)



Pues no me lo perdonó.

(Ya de buen humor.)

El fué cual perro con maza,  
y en sus haciendas de Baza  
seis largos años se hundió.

Ni un mensaje, ni una letra,  
ni decirme, ¿qué tal vas?

Nada, que no le vi más  
hasta el funeral de Petra.

(Acercándose a don Leandro y Julia y hablando en voz  
más baja que antes; de cuando en cuando mira al  
despacho.)

Entró pálido y sombrío,  
y yo pienso que humillado:  
siempre estuvo arrodillado:  
le toqué y estaba frío.

Agitóse con violencia,  
y yo le dije: «No llores.»  
Para los grandes dolores  
nunca tuvo resistencia.

El rostro de llanto lleno  
ocultarme quiso en vano:  
al salir me dió la mano:

Anselmo en el fondo es bueno.

Le visité, y él a mí;  
vió a mis chicos: les besó;  
con ellos se encariñó,  
y vamos viviendo así.

JULIA

~~LEAN.~~

LEAN.

JULIA

Recuerdos de la bonanza  
aplacan la tempestad.

¿Por mucho tiempo?

En verdad

no tengo gran esperanza.

(Don Gaspar se pasea algo nervioso.)

GAS.

¿Pero se fué a Leganés

(Vuelve a su tono agresivo.)

ese pobre mentecato?

¿No le han dicho que hace rato  
que hemos llegado los tres?

¡Anselmo! (Asomándose al despacho.)

JULIA

(Queriendo contenerle.)

¡Pero, por Dios!

GAS.

Déjate de tonterías..

¡Anselmo!

ESCENA V

JULIA, DON GASPAR, DON LEANDRO y DON ANSELMO por la derecha primer término, con un libro en la mano y algo distraído

ANS. Muy buenos días.

GAS. Buenos días; sí, las dos de la tarde. Ni percibes la oscuridad que negrea, ni notas quién te rodea, ni sabes la hora en que vives.

ANS. Lo primero es lo primero: saber en qué instante vivo poco importa; si percibo que ya pasó, ¿qué más quiero?

GAS. Aunque modesto lo expreses, (Después de meditar.)

ya dijiste algo muy hondo.

Mas, para llegar al fondo, se necesitan tres meses.

¿Lo has entendido? (A Julia.)

JULIA Yo, no.

GAS. ¿Y tú lo entendiste? (A don Leandro.)

LÉAN. Acaso.

ANS. El que no entiende este paso (Riendo y dejando el libro.)

de locos, voy siendo yo.

GAS. Claro; tú ni oyes ni ves, y con tus sabias doctrinas en línea recta caminas camino de Leganés.

ANS. Como a la triste mansión (A don Gaspar.) vas también a paso largo, desde ahora te doy encargo de guardarme habitación.

GAS. Ya veremos en su día qué cerebro está más hueco; pero, entretanto, no peco nunca por descortesía.

JULIA Hace dos horas que estoy esperando su venida.

ANS. ¡Ay, señora de mi vida, ahora declaro que soy un necio, pese a quien pese, y que no tengo un adarme



- de juicio, y a empadronarme  
voy a Leganés con ese.
- LEAN. ¿Qué estudiabas?
- ANS. Un sin par  
libro de filosofía  
*sobre el deber.*
- GAS. ¡Bobería!
- para no deber pagar.
- ANS. Tú lo has dicho. (Con seriedad.)
- GAS. ¡Lindo fruto  
de algún librote tamaño!  
Lo que estudias en un año (Con suficiencia.)  
lo resuelvo en un minuto.
- ANS. ¡Qué remedio! La verdad  
no se puede oscurecer,  
y pocos logran tener  
tu enorme capacidad.
- GAS. Por subir nunca me afano.
- ANS. El águila siempre sube.
- JULIA Antes de estallar la nube, (A don Leandro.)  
ss siente el trueno lejano.
- ANS. ¿Y tus hijos no han venido?
- GAS. A Sofía llevó Juan  
de visitas, ya vendrán  
más tarde.
- ANS. ¿Te has convencido  
al cabo por mis razones,  
de que eran muy peligrosas  
para el chico, sus viciosas  
y *flamencas* aficiones?
- GAS. Es joven y es natural  
que se divierta.
- ANS. Es corriente:  
pero es persona decente  
y de alta clase social:  
sigue, aunque mal, su carrera:  
es rico, bien educado:  
desde niño se ha encontrado  
por su dicha en otra esfera;  
y no está bien que tu Juan  
se meta en una zahurda,  
y se propine una *curda*  
en *compaña* de un *barbián*.
- JULIA En eso tiene razón.  
(A su hermano, apoyando a don Anselmo.)
- GAS. Es manía.
- LEAN. No es manía.

JULIA

Se entrega a la *chulería*.

ANS.

Que será su perdición.

GAS.

¡El filósofo profundo!

¡El liberal exaltado!

¡El que siempre ha proclamado  
la igualdad en este mundo!

¡Y ahora en desdeñosas frases,  
busca artificiosas trazas,  
para dividir las razas  
y desmenuzar las clases!

(Con gran exaltación y tono agresivo.)

ANS.

Siempre fuiste palabrero

(También muy excitado, se ve que don Gaspar le irrita.)

y la maña no has perdido:  
siempre tu táctica ha sido  
hablar gordo y el postrero,  
y siempre ha sido su norma  
cubrir porque no se vea  
lo vacío de la idea  
con lo hinchado de la forma.

GAS.

Porque es persona decente  
mi Juan, según dices tú,  
no quieres, ¡por Belcebú!  
que se roce con la gente  
humilde.

ANS.

Pues no es verdad  
que yo pretenda tal cosa;  
la modestia es muy hermosa  
y es muy santa la igualdad;  
pero ha de ser, siempre y cuando,  
a ese nivel que pretendo,  
lleguemos todos subiendo,  
no si llegamos bajando.  
Acérquese cuanto quiera  
el más alto al más humilde;  
por su clase no le tilde,  
ni le ofenda, ni le hiera;  
y en pos de nobles ideales,  
sin distinguir jerarquías,  
agoten sus energías  
todas las clases sociales.  
Que mezclen sus sacrificios  
y que mezclen sus tristezas,  
pero no sus impurezas  
ni mucho menos sus vicios.  
La igualdad no está en la jerga



- que ladra la gente chusca:  
 al pueblo no se le busca  
 en los goces de la juerga:  
 y tu simpático Juan,  
 revuelve en lodo maldito  
 los vicios del señorito  
 con los vicios del barbián.
- GAS. ¡A mi Juan, no te consiento  
 (Acercándose airado a don Anselmo.)  
 que le trates de ese modo!
- JULIA Pero, hombre, después de todo,  
 si es colérico su acento,  
 es prueba del interés  
 que le inspira.
- GAS. Pues renuncio  
 a su bondad.
- ANS. Pues te anuncio  
 que yo soy aragonés;  
 que mi voluntad penetra  
 donde quiere: y no querría  
 ver, como he de ver un día...
- GAS. ¿A quién?
- ANS. A un hijo de Petra.  
 (Pequeña pausa.)  
 (A don Gaspar.)
- JULIA Te digo, por vez segunda,  
 que Anselmo tiene razón:  
 y que alguna desazón,  
 pero acaso muy profunda,  
 ha de darte ese muchacho.
- LEAN. ¡Anoche, cómo ha venido!
- GAS. ¿Cómo ha venido?
- JULIA ¡Perdido!
- ANS. Mucho más claro, ¡borracho!
- GAS. Pero si es, que esa porfía  
 en que necio se complace  
 contra mi chico, no nace  
 de amor, ni de simpatía.
- ANS. ¿Pues de qué? (Con asombro.)
- GAS. ¿Lo digo?
- ANS. Sí.
- GAS. ¡De odio!
- ANS. ¡Yo!.... ¡Solemne pausa!  
 (Burlándose de Gaspar.)
- GAS. ¡Odio! Lo dicho.
- ANS. ¿Y la causa?
- GAS. Que en mi Juan, me ves a mí.

Ans. ¡Tableau! (Riendo a carcajadas.)

**JULIA** (A parte a don Leandro.)

¿Quién sabe si atina?

LEAN. ¿Usted también? Qué locura!

(Don Anselmo le coge la mano a don Gaspar, con solitud cómica.)

Ans. ¡Cuarenta y dos!... ¡Calentura!

Tres gramos de antipirina.

(Don Gaspar separa la mano con enojo y se aparta de Anselmo.)

**JULIA** ¡Qué bien la edad se revela  
en los ímpetus y anhelos!

**LEAN.** Riñendo como chicuelos  
al escapar de la escuela.

**JULIA** ¡Un hombre de juicio y peso! (A su hermano.)

LEAN. ¡Un filósofo profundo! (A don Anselmo.)

ANS. ¡El... loco!

GAS. ¡Y él... iracundo!

LEAN. Y entrambos a dos sin seso.

**GAS.** Siempre su carácter fué arrebatado y violento.

Ans. Es verdad: hay un momento en que me ciego y no sé vencer mi naturaleza... o contener una frase.

**GAS.** Como que una vez en clase me hizo cascós la cabeza.

Ans. Fué tu condición traidoral!

GAS.           Y la tuya fué bravía.  
                  Y mi cráneo...

ANS. No tenía tanto espesor como ahora.

GAS. Lo que te pido y te ruego  
es que a Juan no le reprendas.

Ans. Lo que te pido es que atiendas mis consejos, porque ciego te tiene (aunque no te cuadre confiésalo) su cariño; y, cuando al mozo le riño, hago las veces de padre.

GAS.      Lo soy yo.

Ans. No lo parece  
según lo mal que le educas.

GAS. Inútilmente machucas,  
porque yo sigo en mis trece.  
Y con mi Juan, mucho tiento;  
mira que te certifico



- de todas veras, que el chico  
tiene poco sufrimiento.  
Yo tengo más, y con todo  
ya su limite rebasa.
- ANS. ¿Te marchas?
- GAS. Me vuelvo a casa.
- ANS. Muy bien hecho. De ese modo  
(Ya con mucha calma.)  
te refrescarás la piel  
con el frescor de la helada,  
y la sangre acalorada  
recobrará su nivel.
- GAS. Pues no me voy. Porque aquí (Volviendo.)  
aguardo a Juan y a Sofía.
- ANS. Mejor que mejor: sentía  
de veras, verme sin tí.
- GAS. Pues, querido, ilusión vana:  
porque me voy al despacho  
hasta que venga el muchacho  
a buscarme con su hermana.  
Vamos, Julia, y me leerás  
los periódicos.
- JULIA Muy bien.  
(Disponiéndose a acompañarlo.)
- ANS. Te recomiendo también,  
y en ellos lo encontrarás,  
un caso, que es un primor  
para tí.
- GAS. ¿Pues qué ha pasado?
- ANS. Un tigre que ha devorado  
en su jaula al domador.  
(Gaspar hace un gesto de enojo y sale con Julia.)

## ESCENA VI

DON ANSELMO y DON LEANDRO

- ANS. Y es el caso, que en el fondo  
el pobre Gaspar es bueno.
- LEAN. Y en el fondo, tú también;  
pero os juntaís... ¡y el infierno!  
Tú, que eres hombre de calma  
y de prudencia un modelo,  
que blasonas de filósofo  
y hablas siempre del respeto  
que todas las opiniones

merecen en buen derecho;  
tú, que supiste los ímpetus  
encadenar de tu genio,  
sujetando a la razón  
tu carácter rudo y fiero,  
¿por qué causa o qué motivo,  
o acaso por qué misterio,  
cuando te ves frente a frente  
de Gaspar, rompes el freno,  
y si él se muestra irascible  
te desatas tú violento?

ANS. Tienes razón; y hago mal:  
lo conozco y no me enmiendo.  
Soy su amigo y soy honrado,  
y tú sabes si le aprecio;  
pero su voz para mí  
es como el clarín guerrero:  
le escucho, y antiguas iras  
se revuelven en mi pecho.

LEAN. En fin, que no soy un santo,  
aunque me esfuerce por serlo.

LEAN. Y en lo que dice de Juan  
confiesa que está en lo cierto.

ANS. Mucho a Gaspar se parece:  
lo que fué en antiguos tiempos  
el padre, su propia imagen,  
es hoy el hijo en efecto.

Pero con todo, bien sabes  
que eran sanos mis consejos.  
y que si el chico no cambia  
de conducta, llegaremos  
a una catástrofe horrible,  
que él no teme y yo preveo.  
Pero en fin... punto y aparte.

(Se sienta junto a la mesa.)

¿Y tú, qué tal?

LEAN. Siempre bueno.

Ya me olvidaba: hace poco  
esa tarjeta trajeron.

ANS. (Cogiendo la tarjeta y leyendo con indiferencia.)

«Ramiro de Pablo y Peña.»

No conozco a este sujeto.

LEAN. Dijo el criado, que era un joven  
con cara de pedigüño,  
que deseaba hablarte. En fin,  
uno de tantos bohemios  
como a tí acuden.



ANS. (Tocando el timbre.) Aguarda.  
Si es un joven... he de verlo.  
(Con cierto interés.)

## ESCENA VII

DON ANSELMO, DON LEANDRO y CRIADO

ANS. Cuando vuelva el que ha traído  
esta tarjeta... al momento  
me avisa usted.

CRIADO Sí, señor. (Sale.)

## ESCENA VIII

DON ANSELMO y DON LEANDRO

LEAN. ¿Hay en puerta, según veo,  
otro protegido más?

ANS. ¡Y van tres en año y medio!  
Pocos son: yo más quisiera:  
(Con exaltación.)

LEAN. muchos más... pero no puedo.  
Ya me preguntaba ayer  
Gaspar, con burlón acento:  
«la plaza de secretario  
está vacante hace tiempo:  
salió el último un truhán,  
salió el penúltimo un trueno:  
holgazán el anterior,  
y el precedente mocero;  
conque a ver, ¿cuándo les da  
digno sucesor, Anselmo?»

ANS. Cada cual tiene en la vida  
(Con tristeza y discreción.)  
sus secretos.

LEAN. ¿Un secreto? (Con interés.)

ANS. O sus deberes.

LEAN. ¿Deberes  
tienes tú con todo el gremio?

ANS. Con todo joven que vea  
abandonado en el cieno  
de la vida, sí señor,  
tengo deberes: los tengo.

LEAN. ¿Pero son... así... en abstracto?

ANS. ¡Y quién sabe si en concreto!

LEAN. ¡Mi curiosidad excitas!

ANS. En el alma llevo un peso.

LEAN. Divídelo entre los dos:  
soy tu amigo verdadero.

ANS. ¿Por qué no?

LEAN. Pues ya te escucho.

ANS. Pues va de historia o de cuento.

Quizá son cavilaciones;  
quizá la edad y los nervios:  
quizá locuras... en fin,  
acércate más... y hablemos.

(Pausa. Se sientan muy juntos.)

Petra casó con Gaspar  
y se desplomó mi ser,  
que perderla fué perder  
toda esperanza de amar.  
El cuerpo con calentura,  
los sentidos excitados,  
pasé por todos los grados  
del furor y la locura,  
llevando en el corazón  
para mi eterno martirio,  
los despojos del delirio,  
las heces de la traición.  
Yo desprecié a las mujeres,  
yo codicié sus dolores,  
y sólo vi en sus amores  
ruin manantial de placeres.  
Claro que discurre así  
tan sólo el que está demente,  
pero así piensa el que siente  
el dolor que yo sentí.

LEAN. ¡Pobre Anselmo! ¡Ya lo sé!  
fué la ilusión de tu vida.

ANS. Y toda ilusión perdida,  
¡cómo quebranta la fe!  
Extremando sus rigores  
hasta el alma nos penetra...  
y así la traición de Petra  
vino a pagarla Dolores.

(Pequeña pausa.)

Era una chicuela airosa,  
de las que gastan pañuelo,  
con ojos color de cielo  
y cara color de rosa.  
Cuando su boca reía



y sus pupilas flameaban,  
los aires se iluminaban  
de noche como de día.  
Tal regocijo y viveza  
ni he visto nunca ni existe...  
pero al fin se puso triste  
y me cansó su tristeza.  
«Basta —pensé— ya no más.»  
Y entre traidor y cobarde,  
«volveré», dije una tarde  
y ya no volví jamás.  
Cumplí como caballero:  
de oro le mandé un puñado:  
pero después he pensado  
con asco en aquel dinero.  
Y así acabó de repente  
aquella pasión sencilla,  
entre la pobre chiquilla  
y el filósofo incipiente.  
Ella de veras me amó:  
no estaba bien educada;  
pero era buena y honrada,  
con más corazón que yo.  
¿Cuántos años hace?

LEAN.

ANS.

Veinte

o veintidós... cosa así...

LEAN.

¿Y ahora se despierta en tí  
la conciencia?

ANS.

Indiferente

y con lánguido desmayo  
va la nube peregrina,  
y de pronto se ilumina  
con la roja luz del rayo.  
Pero esta angustia que va  
extendiéndose en mí ser  
lentamente, no es de ayer;  
cuenta muchos años ya.  
Cinco o seis eran pasados  
del abandono de Lola,  
y su imagen triste y sola,  
en momentos muy contados,  
fugaz cruzaba ante mí  
como fantasma que vaga,  
cuando la vi en hora aciaga  
o imagino que la vi.  
Era una mañana fría  
y era un cuerpo casi inerte;

era un condenado a muerte  
 qué arrastraba su agonía.  
 Obligado Cirineo,  
 por compromiso y piedad,  
 con la Paz y Caridad  
 iba acompañando al reo.  
 Y entre el pueblo que vocea,  
 y el reo que desfallece,  
 mi conciencia se estremece  
 aferrándose a esta idea:  
 «¡Cuánto se debe sufrir  
 al tiempo de sentenciar,  
 y cómo podrán matar  
 hombres que deben morir.»

## ESCENA IX

DON ANSELMO, DON LEANDRO y CRIADO

CRIADO El joven de antes ha vuelto.  
 LEAN. Bien está, que espere un rato.  
 CRIADO Lo mete todo a barato  
 porque el mozo es desenvuelto.  
 Me dió esta carta... y espera...  
 (Don Leandro coge la carta y la arroja en la bandeja.)  
 ANS. Ya digo que espere un poco.  
 CRIADO ¿Y si alborota ese loco?..  
 LEAN. Entre todos le echais fuera.  
 (Sale el Criado.)

## ESCENA X

DON ANSELMO y DON LEANDRO

LEAN. Y sigue tu relación,  
 que interesándome va.  
 ANS. Me falta muy poco ya.  
 LEAN. Pues venga la conclusión. (Pausa.)  
 ANS. Arriba el espacio azul,  
 y abajo y hacia el madero,  
 nuestro fúnebre reguero  
 bajo el espléndido tul.  
 La procesión por la cuesta:  
 en doble hilera la gente:



y un rayo de sol naciente  
 que toma parte en la fiesta.  
 De pronto una voz oí,  
 voz que me hizo estremecer:  
 era una voz de mujer:  
 por instinto me volví.  
 Entre la turba apiñada,  
 echando el cuerpo adelante,  
 lleno de lianto el semblante.  
 sobre los piés empinada,  
 un pañuelo en derredor  
 del cuello, flojos sus lazos,  
 y alzando un niño en los brazos  
 para que viese mejor.  
 ¡imagen de mis amores  
 olvidados y perdidos,  
 vi, suspensos los sentidos,  
 la figura de Dolores! (Pequeña pausa )  
 De Dolores que procura  
 de puntillas sobre el suelo,  
 levantar al pequeñuelo  
 sujeto por la cintura,  
 gritando con voz chillona:  
 «¡Ay, niño del alma mía,  
 así puedes verte un día  
 si tu padre te abandona!»  
 Quise volver.. me volví...  
 logré encontrar su mirada;  
 pero la mano crispada  
 del reo se agarró a mí,  
 y en infame procesión,  
 seguimos hacia adelante,  
 el reo, el agonizante,  
 mucha gente en confusión,  
 y Dolores que pregona  
 sin cesar con voz sombría:  
 «¡Así puedes verte un día  
 si tu padre te abandona!»  
 ¿Y aquel niño, que Dolores  
 se empeñó en hacerte ver,  
 supones que pudo ser?...  
 El hijo de mis amores.  
 ¿Y no le buscaste?  
 Más  
 no pude haberle buscado:  
 todo inútil: no he logrado  
 volver a verle jamás.

LEAN.

ANS.

LEAN.

ANS.

Aquel niño será un hombre:  
 ¿vil... honrado?... ¡Qué profundo  
 problema, cuando en el mundo  
 se entra sin padre y sin nombrel  
 ¿Comprendes ahora el empeño  
 conque les doy protección  
 a todos? Pues la razón  
 es que persigue mi sueño  
 al sér que en mi desvarío  
 ni aun supe haber engendrado.  
 ¡No hay un hijo abandonado  
 que no me parezca el mío!  
 ¡El que la ocasión señala!...  
 (Enumerando con creciente exaltación.)  
 ¡El primero que se ofrecel...  
 ¡El que menos lo merecel...  
 ¡El que espera en la antesala!...  
 ¡Tú verás!

(Cogiendo la carta y leyendo el sobre.)

Pero, ¿qué es esto?

En este sobre, ¿qué dice?  
 ¿Será que al fin se realice  
 mi esperanza?... ¡Vamos prestol  
 (Deteniéndose al abrir la carta.)  
 ¡Un presagio! ¡Candidez,  
 preocupación, disparate!  
 (Riendo con risa forzada.)

LEAN.

ANS.

LEAN.

ANS.

¡Es que tu razón se abate!  
 ¡Que se acerca la vejez!  
 Vamos alla.  
 ¡Todo en vano!...

«A don Anselmo de Ulierte  
 para después de mi muerte:  
 entregada en propia mano.»  
 (Leyendo.)

Sin embargo, me da miedo.

«Después de mi muerte.» ¿Ves?

¡Eso dice!

LEAN.

ANS.

Abrela, pues.

Quisiera... pero no puedo.

(Rompe temblando el sobre; pero no acierta a sacar la carta.)

LEAN.

(Impaciente.)

Esa carta es un abismo,  
 por lo visto, sin medida.

ANS.

¡Cuántas veces en la vida  
 me ha sucedido lo mismo!



LEAN.

Vamos...

ANS.

Ya voy... (Leyendo.)

¡Dios del cielo!

¡Dolores!... ¡Dios de piedad!

LEAN.

¿De modo que era verdad?

ANS.

¡Ante mí se extiende un velo!...

¿Qué dice... qué dice aquí?

(A don Leandro.)

LEAN.

¿Tú quieres?...

ANS.

¡Sí, por favor!...

(Don Leandro va a leer. Don Anselmo se arrepiente, le quita el papel y lo aprieta contra su pecho.)

Perdona... no... que en rigor esto es sólo para mí.

«Esta carta muy cerrada

(Leyendo con ansia y trabajo.)

a Ramiro se la entrego;

él nada sabe; tú, luego,

verás lo que más te agrada.

Es breve mi despedida...

tengo sueño y tengo frío...

¡Nuestro Ramiro fué mío

mientras me duró la vida!

Estoy manchando el papel

con llanto... siempre llorona...

¡Perdona, Anselmo, perdona!

¡Por Dios, haz algo por él!

¡Anselmo, voy a morir...

por mi Ramiro lo siento:

por mí, nada... es un momento...

y estoy harta de vivir!»

(Cae llorando sobre la mesa.)

¡Ella, tierra... y él, conmigo!

¿A qué espero, si él aguarda?

Dirá el pobre: ¡Cuánto tardar!

¡Ya no tardar!... ¡Voy contigo!

(Levantándose con ímpetu.)

¿No ves lo que yo decía?

¡Que nos pese o nos halague,

no hay deuda que no se pague,

y hoy me reclaman la mía!

LEAN.

Alguien llega...

ANS.

Debe ser...

¿Cómo se llama?... ¡Ramiro!

LEAN.

¡Valor!

ANS.

Si llega y le miro ante mí, ¿qué voy a hacer?

¡Gozo, tiemblo y me estremezco...  
 dudo, vacilo y me ofusco...  
 temo que venga y le busco  
 y al buscarle, desfallezco!  
 (Cae en el sofá.)

## ESCENA XI

DON ANSELMO, DON LEANDRO, SOFÍA y JUAN

**SOFÍA** Buenas noches.  
**JUAN** Mi papel  
 de acompañante, termina.  
**LEAN.** Muy buenas. (Dándole la mano.)  
**JUAN** ¿Qué le fascina  
 que no atiende?  
 (A don Leandro, señalando a don Anselmo.)  
**ANS.** (Mirando de reojo.) Pues no es él.  
**LEAN.** Siempre está con sus ideales.  
**SOFÍA** ¿Piensa en algo muy sublime?  
**JUAN** Piensa en ver cómo suprime  
 los sentidos corporales.  
**LEAN.** Es posible.  
**JUAN** (A Leandro, en voz baja)  
 Yo preveo  
 que le tendremos que atar.  
**SOFÍA** ¿No nos quiere saludar?  
 (Acercándose cariñosa a don Anselmo.)  
**ANS.** ¿A vosotros? Ya lo creo.  
**JUAN** (Acercándose a él y con exageración cómica.)  
 Huya el cuerpo: doble el brazo:  
 llegue en firme y muy a punto,  
 que por las señas barrunto  
 que hay que parar *un sablazo*.  
**ANS.** No entiendo.  
**JUAN** (A su hermana, en voz baja.)  
 ¡Tiene salero  
 este Júpiter tonante!  
 Allá fuera hay un tunante  
 (A don Anselmo, en voz alta.)  
 que viene a pedir dinero.  
**ANS.** ¿Tú le conoces?  
 (Levantándose y con ansiedad.)  
**JUAN** ¡Por Dios!  
 ¿Si le conozco? ¡No es cosa!



¡Cuánta juerga escandalosa  
 (Al oído a don Anselmo.)  
 hemos corrido los dos!  
 El pobre está muy perdido: (Alto.)  
 tiene a los amigos hartos;  
 y a mí me debe unos cuartos...  
 que ahora se los he pedido.  
 Mal bicho y sin aprensión.  
 Juega, bebe, tira y ronca,  
 y se crece en una bronca,  
 porque tiene corazón.  
 ¡Pero eso que estás diciendo  
 (Con ira reconcentrada.)  
 es mentira!

ANS.

JUAN

¡Bien está!  
 ¿Es que comienza usted ya?  
 Yo digo que está ofendiendo  
 con su presencia esta casa:  
 digo de él lo que merece,  
 y usted no me lo agradece,  
 y siempre lo mismo pasa.  
 Porque es miserable acción  
 aplastar a un desdichado,  
 que aun vencido y humillado  
 te aventaja en corazón.  
 (Después, conteriéndose.)

ANS.

JUAN

Porque no juzgo decente  
 ofender de tal manera  
 a ese joven... o a cualquiera...  
 cuando no se halla presente.  
 Si usted no sabe... si allí...  
 allí mismo, en dos voleos,  
 echó cuatro chicoleos  
 a Sofía... y ante mí.

LEAN.

JUAN

SOFÍA

¿Pero es verdad? (A Sofía.)  
 (A Sofía.) Dilo, pues.  
 No dijo nada ofensivo.

Se conoce que es muy vivo;  
 pero estuvo muy cortés.

ANS.

Esa es la pura verdad:  
 ¡alguna flor a Sofía!  
 cualquiera se la diría  
 a los veinte años de edad.

JUAN

La galanteó sin rebozo:  
 con descaro la miró:  
 y cuando mira así, yo  
 sé lo que cavila el mozo.

Y para que no se engalle  
con sus groseros ensayos,  
voy hacer que dos lacayos  
me lo planten en la calle.

ANS.

¿A Ramiro?

JUAN

Justamente.

ANS.

¿Echarle tú?

JUAN

Por lo visto.

ANS.

¿De mi casa? ¡Vive Cristo,  
que sólo estando demente,  
viste la salida llana;  
pues me parece más cierta,  
que la suya por la puerta,  
la tuya por la ventanal

LEAN.

¡Por Dios, Anselmo!... (Conteniéndole.)

JUAN

¡No más!

¡El o yo!

ANS.

No des un paso.

SOFÍA

(A don Anselmo.)

¿Le conoce usted acaso?

ANS.

(Conteniéndose.)

Yo... no le he visto... jamás,  
pero que es muy pobre sé...  
sin padres... sin valimiento...  
¡y no sufro, ni consiento,  
que nadie le pisotee!

## ESCENA XII

SOFÍA, DON ANSELMO, DON LEANDRO, JUAN; por la derecha  
DON GASPAR y JULIA

GAS.

¿Qué ocurre?

JUAN

(Señalando a don Anselmo.)

¡Que me maltrata!

¡y que no lo he de sufrir!

GAS.

¿Lo ves? (A Julia.)

JULIA

(A su hermano.)

Déjanos oír.

GAS.

Pero en fin, ¿de qué se trata?

ANS.

¡De tu Juan!

JUAN

¡De su violencial

SOFÍA

No hay razón para ofenderse.

GAS.

¿Hay manera de entenderse?

LEAN.

Claro: teniendo paciencia.



ANS. Es que tu hijo tiene empeño  
 en que todo es tabla rasa:  
 y que dispone en mi casa,  
 como si fuera su dueño.  
 (Toca el timbre.)  
 Que entre ese joven.  
 (Al Criado que se presenta.)

JUAN Total:  
 que yo le echaba de aquí.  
 (A su padre.)

GAS. ¿Otro secretario?

JUAN Sí.

GAS. ¿Algún perdido?

JUAN Cabal.

LEAN. ¿Y le dirás?... (En voz baja a don Anselmo.)

ANS. (A don Leandro en voz baja.)  
 Desvaño:  
 hoy le hiciera desgraciado:  
 cuando llegue a ser honrado,  
 le diré que es hijo mío.

### ESCENA XIII

SOFIA, JULIA, DON ANSELMO, DON LEANDRO, DON GASPAR,  
 JUAN y RAMIRO, por el fondo

RAM. (Aparte.)  
 ¡Aquí está la niña hermosa!  
 ¡Entro en la casa con suerte!  
 ¿Quién es don Anselmo Ulierte?  
 (En voz alta.)

ANS. Servidor de usted.  
 (Todo este final se abandona al actor.)

RAM. (Aparte.) Famosa  
 presencia.  
 (En voz alta.) Pues yo traía  
 una carta.

ANS. Ya lo sé.

RAM. Que mi madre...

ANS. Pase usted  
 a mi despacho.

RAM. Venía...

ANS. Sí, señor; ya lo adivino.

SOFIA No tiene razón mi hermano.  
 (En voz baja a don Leandro.)

(Don Anselmo sin poder dominarse le coge la mano con arranque mal contenido.)

JUAN

(A su padre.)

¡Toma... que le da la mano!

ANS.

(Le hace entrar.)

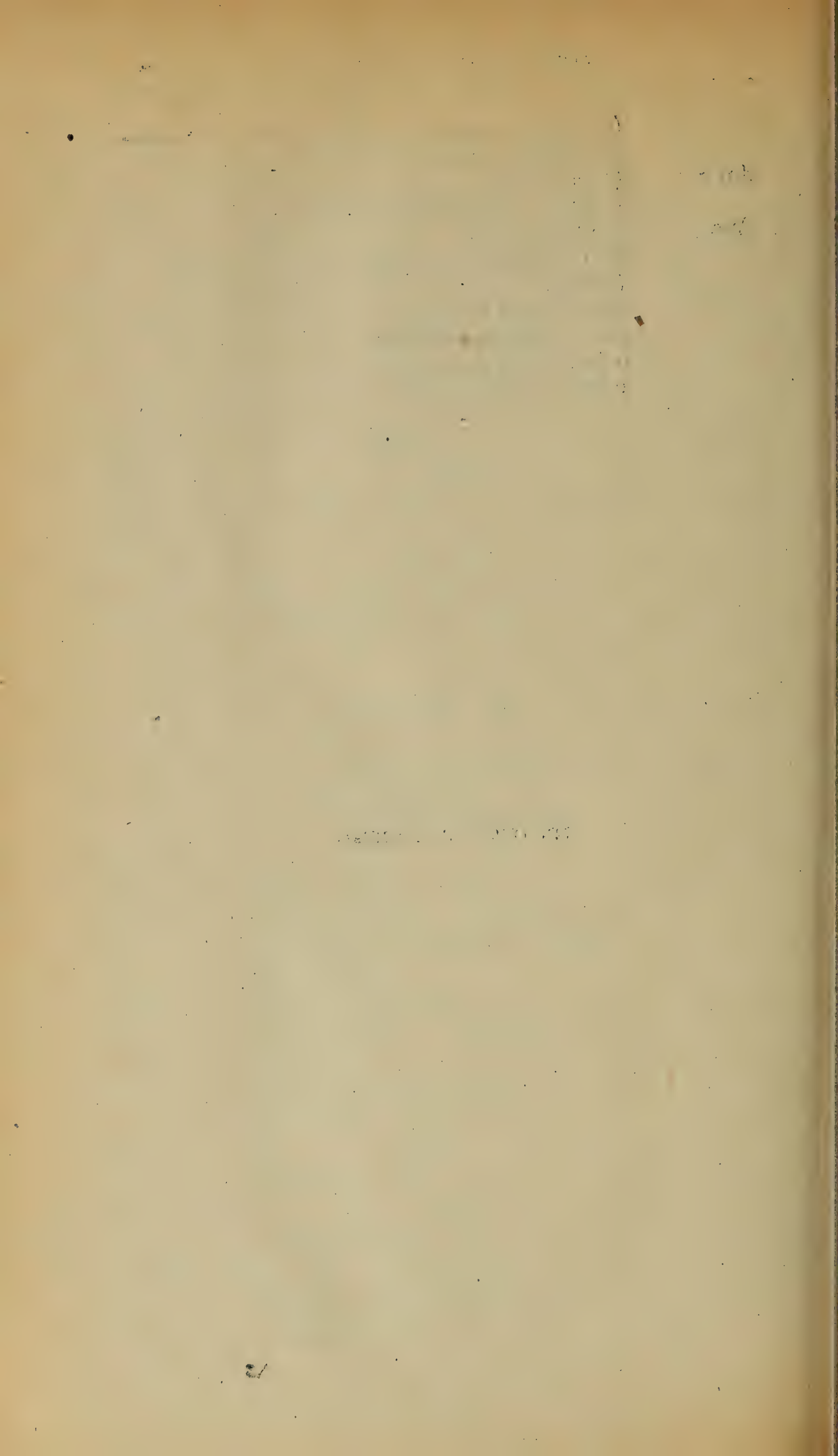
Es enseñarle el camino.

(Aparte.)

Apuré copa de hiel  
por mi abandono fatal:  
o le redimo del mal,  
o doy la vida por él.

FIN DEL ACTO PRIMERO







# ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón en planta baja que corresponde a una quinta de recreo de don Gaspar. Puertas laterales: dos a cada lado. Rompimiento de tres vanos en el fondo: se ve el jardín, y por el arco central una gran avenida, que se pierde en la espesura. Decoración lujosa: el centro despejado, para que se divise la avenida libremente: la habitación con los objetos propios de esta clase de edificios y de la época de verano.

## ESCENA PRIMERA

DON LEANDRO y JUAN

JUAN      Usted dirá lo que guste:  
sera un santo don Anselmo,  
y un sabio, y un ave fénix  
y un ciudadano perfecto;  
mas para mí siempre ha sido  
el posma más sempiterno  
que se encuentra en toda España  
de Cádiz al Pirineo.

LEAN.      Porque te quiere de veras,  
es contigo tan severo.

JUAN      Eso es un infundio.

LEAN.      ¡Juan,  
qué término!

JUAN      Pues un término,  
que por manera expresiva  
y clara, pinta un concepto.  
Pero si a usted no le agrada,  
diré en estilo académico,  
que don Anselmo por mí,  
desde que nos conocemos,



siente aversión invencible:  
*adversus me* siempre adverso.  
 Te equivocas.

LEAN.  
 JUAN

Pues mi padre  
 piensa lo mismo que pienso,  
 y me ha dicho que no sufra  
 sus homilias por más tiempo:  
 que ya soy mayor de edad  
 o que lo seré en Enero,  
 y que no es mi pedagogo  
 o mi tutor don Anselmo.  
 El quisiera sujetarme  
 a sus caprichos, y luego  
 como mi padre es tan débil  
 a pesar de su mal genio,  
 se ablanda, le busca y cede  
 y a las andadas volvemos.

LEAN.

Eran allá cuando chicos  
 amigos y compañeros.

JUAN

Pues será por lo que sea,  
 y acaso será por eso.  
 Es decir, que al mes cabal  
 de aquel disgusto, volvieron  
 a firmar treguas o paces;  
 y a su quinta de recreo  
 se trajo mi noble padre  
 a su amigo verdadero,  
 en cuanto llegó el verano  
 y con él, el veraneo.

LEAN.  
 JUAN

¿Te pesa?

¿No ha de pesarme?

Pudiera estar en el cielo  
 y estoy en el purgatorio,  
 si no estoy en el infierno.  
 ¡Pues cuando menos lo piense  
 le armo una bronca y me cuelo!  
 ¡Juan, por Dios!

LEAN.  
 JUAN

¡Qué superfinos  
 a todos nos vuelve el tiempo!  
 ¡Qué juiciosos y prudentes  
 cuando llegamos a viejos!  
 ¡Qué formales, cuando ya  
 no hay manera de no serlo!  
 (Paseando con enojo.)

LEAN.  
 JUAN

¡Si te oyera quien tú sabes!  
 ¡Ya me oirá si tiene empeño!  
 Y quien se empeña en que sean

(Volviendo a acercarse a don Leandro.)  
amigotes los *abuelos*,  
yo me lo sé, sí, señor,  
¡es Sofía!

LEAN. Lo comprendo.

JUAN Y yo también: que la niña  
¡tiene un trapo y un trasteo  
que ni el mismo Lagartijo!

LEAN. ¡Que es tu hermana!

JUAN ¿En qué la ofendo

si la comparo, señor,  
con el insigne maestro?  
Los dos echan *una larga*,  
los dos dan *pases de pecho*,  
y ella le lleva ventaja  
porque *mata recibiendo*.

LEAN. Si no te callas, me voy.

JUAN Cuente usted que soy un muerto.

Si estas son cuatro tontunas,  
si a mi hermana yo la quiero.

LEAN. Bien está. Y es natural  
por don Anselmo su afecto.  
El la profesa cariño  
de padre.

JUAN No se lo niego.

De toda nuestra familia,  
sólo por ella el severo  
filósofo se enternece  
y desfrunce el entrecejo.  
Pero hay más de lo que ustedes  
imaginan. Yo penetro,  
por mi experiencia y mi aquel,  
de mi hermana los proyectos.  
Yo a las mujeres conozco:  
cuando ellas vienen, yo vuelvo.

LEAN. Conoces otras mujeres;  
pero tu hermana, te advierto  
que no es de las que conoces.

JUAN ¿Usted también? Pues ya tengo  
tres mentores con mi padre,  
y me sobran dos y medio.  
¡Todas las mujeres son  
hijas de Eva!

LEAN. ¿Y qué tenemos  
con toda esa algarabía?

JUAN Que mi hermana trae revuelto  
a Ramiro, y qué Ramiro



la tiene sorbido el seso;  
 y que ella se echó esta cuenta:  
 don Gaspar y don Anselmo  
 celebran paces, y juntos  
 vienen a la quinta: bueno.  
 El secretario vendrá  
 a despachar, cuando menos  
 una vez al día: ¡bravo!  
 Y en este lugar ameno  
 continuamos nuestro idilio  
 entre flores y arroyuelos.  
 ¡Y gloria a los lindos mozos  
 y a las chiquillas de ingenio!  
 Desatinos, invenciones,  
 malicias.

LEAN.

JUAN

Ya lo veremos.  
 Por si acaso acaban hoy  
 la tramoya y el enredo.  
 Mi padre se encargará  
 de Sofía, y yo del necio,  
 que siendo lo que se sabe,  
 busca lo que ya sabemos:  
 mujer linda y rica dote,  
 posición y regodeo.

LEAN.

JUAN

Anda con cuidado, Juan.  
 Ni al secretario le temo,  
 ni al principal, que ya saben  
 que yo no soy un muñeco.

LEAN.

Ramiro no sufre insultos.

(En este momento entra don Anselmo y se aproxima sin que le vean.)

JUAN

Ni yo me achico, que llevo,  
 (Se acerca con intención y misterio a don Leandro.)  
 por si el mozo se desmanda,  
 como suele, un argumento  
 que convence. (saca a medias del pecho un puñal.)

## ESCENA II

DON LEANDRO, JUAN y DON ANSELMO, por lo izquierda, primer término, que es su cuarto

Ans.

Y además.  
 muy propio de un caballero.

(Interponiéndose. Al pronto queda callado y algo confuso Juan. Reponiéndose después de una pausa.)

JUAN        Antes llevaban tizonas.  
 ¿Qué más da? Hierro por hierro.  
 Todo es cuestión de medida,  
 y después en el jaleo,  
 cuanto más corto, más cerca;  
 cuanto más largo, más lejos.

ANS.        En eso verdad dijiste.

JUAN        Ya lo sé. (Riendo.)

ANS.        Te lo concedo.  
 De medida es la cuestión  
 para el uno y otro acero.  
 El puñal de la taberna,  
 para los ignobles huecos:  
 la espada para las nobles  
 anchuras del campamento.  
 Basta, vete.

JUAN        Poco a poco.

ANS.        Poco a poco, no por cierto:  
 deprisa, que aprisa vas  
 (Yendo hacia él y señalándole la puerta.)  
 a tu perdición por necio.  
 (Sale Juan protestando con un ademán.)

### ESCENA III

DON ANSELMO y DON LEANDRO

ANS.        A los dos seguir les miro  
 el sendero de la culpa,  
 y éste no tiene disculpa,  
 como la tiene Ramiro.

LEAN.       Con Ramiro, yo bien sé  
 que hay esperanza.

ANS.        No cedo,  
 y hago todo lo que puedo,  
 pero no sé si podré.  
 Hay en su fondo nobleza,  
 mas vivió entre podredumbre,  
 y es al cabo la costumbre  
 segunda naturaleza.  
 Abandonado a sí mismo,  
 como lo estuvo hasta el día  
 yo sé bien que rodaría  
 hasta el fondo del abismo.  
 Si yo no le saco a flote,  
 su fin claro se bosqueja:



- la muerte en una calleja  
o el presidio o el garrote.  
Es la sentencia cruel,  
es siniestra la palabra,  
pero cada cual se labra  
su tumba con su cincel.
- LEAN. Pues otra complicación  
vas a tener de cuantía.
- ANS. Ramiro adora a Sofía  
con todo su corazón.  
¿No es eso?
- LEAN. Tú lo dijiste.  
Y ella.
- ANS. Le quiere también.  
Pero esa noticia, quién  
sabe si es alegre o triste.
- LEAN. ¿Tú ignoras que odia Gaspar  
de muerte al pobre Ramiro?
- ANS. Es cierto; pero yo miro  
mar adentro, en ese mar.  
¿Cuándo pelagra el honor (Acercándose o él.)  
en una pasión maldita?  
Cuando al mal nos precipita  
una mujer sin amor.  
Pero, ¿cómo nuestro ser  
vence a su negro destino?  
Encontrando en su camino  
el amor de una mujer.  
Petra fué mi maldición  
y fué mi eterna agonía;  
acaso encuentre en Sofía  
Ramiro su redención.  
Por eso dudar me viste.
- LEAN. Pues ella viene hacia aquí.
- ANS. ¿Quién sabe si para mí  
viene alegre o viene triste!

#### ESCENA IV

DON ANSELMO, DON LEANDRO y SOFÍA, por la derecha, segundo  
término, que es su cuarto

SOFÍA (Alegremente a don Anselmo.)  
¿De la tarde la frescura  
no quiere usted disfrutar,  
conmigo viniendo a dar

un paseo por la anchura  
del valle? Yo nunca faltó,  
ni usted debiera en rigor.  
Conservan mucho el calor  
esas rocas de basalto.

ANS.

SOFÍA

Pues no lo noté.

ANS.

Yo sí.

Hay en la materia inerte  
diferencias de igual suerte  
que las que vemos aquí.  
Roca que pronto se enfría  
en la sombra reclinada;  
y otra que sigue caldeada  
al llegar la sombra umbría.

SOFÍA

Yo conozco una vereda  
todo cubierta de sombra:  
la retama por alfombra,  
por techumbre la arboleda.  
Y en las tardes del estío,  
de pájaros un enjambre.  
Les doy pan, matan el hambre  
y luego bajan al río:  
se bañan, templan la sed,  
y revuelan por los llanos  
más ligeros y más sanos  
y más alegres que usted.  
No soy digno, lo confieso,  
de esos goces, hija mía:  
la eterna sabiduría  
de Dios, fabricó exprofeso  
esos campos infinitos  
y esas veredas umbrosas,  
para las niñas hermosas  
y los pájaros bonitos.

ANS.

Y para usted.

SOFÍA

ANS.

No lo creo.

SOFÍA

¡A que sí!

ANS.

No me persuades.

SOFÍA

Es que allá en sus mocedades  
no habrá usted sido muy feo.  
Y ahora, ¿qué traza el pincel?  
Ahora es simpático y noble:  
con la majestad del roble,  
con el verdor del laurel.

LEAN.

SOFÍA

Algo es algo: ya vendrán

LEAN.

(A don Anselmo.)

otros juicios menos suaves.



- ANS. Los viejos, ya tú lo sabes,  
tomamos lo que nos dan.
- SOFÍA ¡Ya trabajó usted de sobra!  
(Acercándose a él cariñosa.)  
ya está usted fatigado.  
¡Todo el día lo ha pasado  
(A don Leandro.)  
consultando obra tras obra:  
o escribe que escribirás:  
o meditando o leyendo!  
Vamos, que yo no lo entiendo;  
¿no se cansa usted?
- ANS. Jamás.
- LEAN. Ni desiste, ni se enfía:  
ni el cansancio le da el alto,  
una roca de basalto  
como hace poco decía.
- SOFÍA ¡Qué cabeza! ¡Yo le admiro!
- ANS. Y además despaché solo  
mis cartas.
- SOFÍA ¡Un protocolo!...  
Como ha faltado Ramiro...  
¡Qué holgazán! ¡Vaya un descarol!  
Se propinó una licencia.
- ANS. ¿Con que has notado la ausencia  
de ese joven?
- SOFÍA Está claro.  
La huelga del caballete (Con enojo.)  
dió principio desde ayer;  
y hoy sigue, debe usted ser  
con él mucho más severo.
- ANS. Tienes razón: me decido.  
Su carácter no me agrada:  
no me sirve para nada;  
por lo tanto, le despido.
- SOFÍA (Acongojándose mucho.)  
¡Eso no! ¡Basta un regaño  
para que no se desmande!  
(Suplicándole casi con lágrimas.)  
¡Me da una pena muy grande  
causar al pobre ese daño!  
Sin su noble protección  
de usted y sin su firmeza,  
él, con tan mala cabeza  
y con tan buen corazón,  
¿qué hará solo por el mundo,  
que a cada momento ofrece

- a todos, según parece,  
tanto abismo y tan profundo?
- ANS. ¡Es preciso! (Fingiéndose enojo.)
- SOFIA ¡Dios me asista!
- ANS. ¡Lo he resuelto! (Lo mismo.)
- SOFIA ¡Y fué por mí!
- (Llorando.)
- ¡Y él que le quiere a usted!
- ANS. ¿Sí?
- ¿De veras?
- (Con ansia y alegría olvidando su comedia.)
- SOFIA ¡Salta a la vista!
- Dice en su lengua—resabio  
(Entre llanto y malicia.)  
de su mala educación—  
«me ha sorbido el corazón  
ese demonio de sabio».
- ANS. ¡Demonio de sabio!... ¡Espera,  
(Fingiéndose enojo.)  
ya tendrá lo que conviene!  
¡Demonio de sabio! ¡tiene  
(Aparte, enternecido.)  
mucho gracia ese tronera!  
El lo dijo: *le he sorbido  
el corazón...* y aún ignora...  
¡Qué chiquilla... pues no llora!  
Nada, nada... le de-pido.  
(Transición; en voz alta.—Paseándose con enojo.)  
¡Es honrado y es leal! (En son de protesta.)  
¡Quién lo sabe!
- SOFIA ¡No, por Dios!
- ANS. Tenemos que hablar los dos.  
(Con tono cariñoso y grave a Sofía.)  
¿Quieres dejarnos? (A don Leandro.)
- LEAN. Sí tal.
- Me voy por esa vereda  
que tanto agrada a Sofía;  
porque suceder podría  
que Ramiro le conceda  
la misma predilección  
y le tenga el mismo apego:  
conque hasta luego.
- ANS. Hasta luego.
- LEAN. ¿Preparas?... (En voz baja a don Anselmo.)
- ANS. (Lo mismo a don Leandro.)  
Su confesión.  
(Este sale por el fondo.)



## ESCENA V

SOFIA y DON ANSELMO

ANS.

(Aparte.)

¡Teme la pobre perderle  
y le defiende a su modo:  
pues señor, después de todo,  
ya *somos dos* a quererle.  
Yo no sé por qué me espanto  
ni de su suerte me quejo:  
alguno muere de viejo  
que no ha conseguido tanto.

(Acercándose a Sofía y hablando con dulzura.)

¿Te inspiro confianza yo?

(En voz alta.)

SOFÍA

¡Sí, señor; confianza enteral  
Es decir... de una manera  
que de otra manera, no.

ANS.

Si soy severo y adusto:  
si no me ablando ni cedo...

SOFÍA

En vez de confianza, miedo...  
Conque ahora escoja a su gusto.

(Pequeña pausa.)

ANS.

Le tienes amor, Sofía.

SOFÍA

¡Jesús y qué mal pensado!  
Es pobre y es desgraciado:  
y me inspira simpatía.

ANS.

La simpatía que llora,  
la simpatía que embriaga;  
que en el sueño no se apaga  
y despierta con la aurora;  
que nunca lo malo ve  
y que abrillanta lo bueno;  
y que se agita en el seno  
abrazándose a la fe;  
que no puede estar en calma  
hasta que no hace su nido  
allá en lo más escondido  
y más ardiente del alma;  
que es en la ausencia dolor  
y en el retorno placer,  
no se llama en la mujer  
simpatía... sino amor.

SOFÍA

Claro que ha de resultar...  
pintándolo de ese modo;

porque yo he sentido todo  
lo que acaba de explicar.

¡Sí... nos amamos los dos!

(Con arranque de confianza.)

¡Y sólo en usted confío!

¡Don Anselmo... padre mío,  
no se enoje usted, por Dios!

ANS. ¿Pero tu razón no ve  
que ese amor es insensato?

SOFÍA Insensato si es ingrato;  
pero amándome, ¿por qué?

ANS. Es violento y es liviano,  
y es un joven pervertido;  
¿tú sabes cómo ha vivido?

SOFÍA Vamos, sí; como mi hermano.

(Pequeña pausa)

Y mi papá, que yo creo  
que en estas cosas es ducho,  
le mimó y le quiere mucho;  
conque no será tan feo  
ese modo de vivir

como a nosotros nos suena;  
pero usted, por darme pena  
no me lo quiere decir.

ANS. Tu padre está encariñado  
con su Juan, según parece.

SOFÍA Pues más compasión merece  
el que vivió abandonado.

¿Quién su voluntad locuela  
educó con el ejemplo?

¿Su madre le llevó al templo?

¿Le envió su padre a la escuela?

ANS. (Dejándose llevar.)

En eso tienes razón.

En su existencia sombría  
ha puesto, lo que tenía:  
un hermoso corazón.

SOFÍA Y si usted hubiera vivido  
como él, casi en la orfandad,  
vamos a ver, la verdad,  
al cabo, ¿qué hubiera sido?

ANS. (Dejándose llevar del todo.)

Con el fuego exuberante  
que en mis venas siento arder,  
hubiera llegado a ser  
mucho peor que ese tunante.

SOFÍA Bueno, pues yo no le igualo



a usted en entendimiento,  
pero talento...

ANS. (Con entusiasmo y orgullo.)

¡Talento  
tiene y mucho!

SOFÍA Y lo que es malo  
de veras... ¡no lo es Ramiro!

ANS. ¿Quién esa infamia propala?

SOFÍA ¡Gente ciega!

ANS. ¡Gente mala!

El cariño que le inspiro  
prueba de un modo evidente,  
según dijiste hace poco,  
que sabe amar ese loco.

SOFÍA ¡Que sabe amar! ¡Justamente!  
(Con acento de triunfo.)

ANS. Pues si ama a su protector  
Ramiro de esa manera...

SOFÍA Merece que se le quiera  
cuando nos brinda su amor.  
(Palmoteando de contento.)

ANS. (Aparte.)

Me ha pegado a la pared.

¿Qué estás diciendo, Sofía? (Alto.)

SOFÍA Lo que al principio decía  
y lo que ahora dice usted.

ANS. (Alto.)

Hemos ido muy aprisa:  
yo me he dejado llevar...  
pero fuerza es recordar,  
que es obligación precisa,  
aunque tu amor la rechace,  
a tu padre la obediencia:  
y que tu padre en conciencia  
ha de oponerse a ese enlace.

SOFÍA El se opondrá, sí, señor:  
lo que es eso no lo dudo:  
y por eso a usted acudo;  
¿será usted mi protector?  
(Haciéndole mimos.)

ANS. ¿Contra tu padre?

SOFÍA ¡Caball!

¿Pues contra quién ha de ser?

ANS. Es faltar a mi deber.

SOFÍA ¿A su deber? ¡No se cuáll!

ANS. El no tiene una carrera:  
no conoce ningún arte:

- no brilla en ninguna parte  
ni sube a ninguna esfera.
- SOFÍA Que tiene, afirmó su labio,  
disposiciones famosas:  
le enseña usted cuatro cosas  
y ya le tenemos sabio.
- ANS. Aunque es despejado y diestro, (Sonriendo.)  
no se aprende tan de prisa.
- SOFÍA ¡Tan de prisa!... ¡Me da risa!  
¿ni teniendo tal maestro?  
(Acercándose a él con zalamería y haciéndole mimos.)  
Don Anselmo vencido y conmovido profundamente,  
dice lo que sigue con calor.)
- ANS. (Si tiene confianza en mí,  
si nueva vida comienza  
el día que me convenza  
que se ha hecho digno de ti,  
¡yo te juro por mi honor,  
por todo lo más sagrado,  
por *cuento amé en lo pasado*,  
(Estrechándola sus brazos y besándola en la frente.)  
que protegeré tu amor.  
(Sofía da un grito de gozo y le abraza.)  
Yo supe lo que es amar:  
yo he sufrido mis dolores:  
y no quiero que tú llores  
como me hicieron llorar.
- SOFÍA ¡Qué bueno es usted! (Llorando.)
- ANS. Por Dios,  
seca, hija mía, tu llanto.
- SOFÍA Y seremos entre tanto  
para Ramiro, los dos...
- ANS. Yo, el protector cariñoso  
el amigo... el consejero...
- SOFÍA ¡El padre!...
- ANS. Sí, lo prefiero.  
Tú su norte luminoso.  
(La escena está casi a oscuras.)

## ESCENA VI

DON ANSELMO, SOFÍA, DON GASPAR, JUAN; después JULIA.  
Durante esta escena va anocheciendo lentamente

- GAS. (A Juan)  
Vuelve adentro, y a mi hermana  
a esta sala la conduces.



Todos aquí: con chapuces  
y enredos nada se gana.

(Sale un momento Juan.)

¿Juntitos?

(Don Anselmo y Sofía forman un grupo a la izquierda.)

SOFÍA

Sí, señor.

GAS.

Ya.

¿De conciliábulo estáis?

¿Algo malo proyectáis!

SOFÍA

No, señor.

GAS.

Ya se verá;

y muy clarito y muy pronto.

JULIA

Muy buenas.

(A don Gaspar, señalando a don Anselmo.)

¿Qué pensativo!

SOFÍA

(En voz baja a don Anselmo)

Yo con suavidad me esquivo,  
que su cólera no afronto.

ANS.

Una retirada honrosa

ante fuerzas superiores,

(Señalando a don Gaspar, Juan y Julia, que cuchichean.)

los capitanes mejores

la tuvieron por gloriosa.

(Sofía, con mucha suavidad quiere ir a su cuarto.)

GAS.

Hazme el favor de quedarte. (A Sofía.)

Y tú, quédate también:

(A don Anselmo, que a su vez se dirige a su cuarto.)

y hablemos claro.

ANS.

Muy bien:

no hay óbice por mi parte.

(Todos se sientan en dos grupos: don Anselmo y Sofía a la izquierda, los demás a la derecha.)

GAS.

(A don Anselmo.)

Que no eres muy partidario,

observo con alborozo,

de ese antipático mozo

que hiciste tu secretario.

¿Acerté?

(Volviéndose a Julia para que le dé su opinión.)

JULIA

Pienso que sí.

GAS.

¿Te parece? (Lo mismo a Juan.)

JUAN

No hay cuestión.

ANS.

Siempre tu penetración

ha sido digna de ti.

GAS.

Antes lo pasabas todo:

tu amanuense fué tu amigo,

y así jugaban contigo...  
 pero señor, ¡de qué modo!  
 Con éste siempre ceñudo,  
 siempre implacable y severo,  
 y al descuido más ligero  
 le niegas hasta el saludo.  
 Luego arguyo con razón  
 diciendo que has comprendido  
 que éste es un sér pervertido  
 indigno de protección.  
 ¿No es así? Tal me parece.  
 (Volviéndose a todos y contestándose a sí mismo.)

¿Digo bien? No digo mal.

ANS. Es que trato a cada cual  
 conforme a lo que merece.

GAS. Muy atinado y muy cierto.  
 En tu corazón, querido,  
 toda mi vida he leído...

ANS. Sí, como en un libro abierto.

(Con ironía: ya sabe que los libros abiertos para don Gaspar son como si estuviesen cerrados.)

GAS. Pues el prólogo hizo punto  
 en este punto, y ahora  
 penetro sin más demora  
 en el fondo del asunto.  
 ¿Qué es Ramiro? Un tarambana.  
 Tú no le tienes apego;  
 pues bien, Anselmo, te ruego  
 que le despidas mañana.

ANS. ¿Y la razón? (Procurando contenerse.)

GAS. ¿No la dije?

JULIA ¡Personaje de tramoya!

GAS. ¡Para tu casa, una joya!

JUAN ¡Para secretario, un dije!

GAS. ¡Necio, bergante y truhán!

JUAN ¡Un tramposo y un perdido!

ANS. ¡Todo eso lo habrá aprendido  
 (Con ira reconcentrada y levantándose.)  
 cuando acompañaba a Juan!

GAS. De Juan no se trata aquí.

JUAN Ni yo de sufrido peco.

ANS. ¡Ni yo sufro que un muñeco  
 alce la voz ante mí!

GAS. Pues el muñeco, a mi ver,  
 ha crecido, y no me explico...

ANS. Como le encontré tan chico  
 (Conteniéndose. Con dulzura y tristeza.)



- cuando murió tu mujer,  
acostumbrarme no puedo  
ni a dejar de reprenderle,  
ni gran respeto a tenerle,  
ni a tenerle mucho miedo,  
(Se deja caer en el sillón.)
- JULIA No hay para qué levantar  
por nada esa polvareda.  
Se trata de que usted acceda  
a lo que exige Gaspar.  
La cosa no es de cuantía,  
pues hablando sin rebozo  
bien se nota que ese mozo  
no le inspira simpatía.
- SOFÍA ¡No acceda usted!  
(En voz baja y con tono suplicante.)
- ANS. Yo te fío  
que la petición no cuaja.  
(Con desprecio.)
- GAS. (A Sofía.)  
¿Qué estás diciendo en voz baja?
- SOFÍA Nada digo, padre mío.
- GAS. ¿Qué decides? La noticia  
venga pronto, a cualquier precio.
- ANS. Que por un capricho necio  
no cometo una injusticia.
- GAS. No es capricho.
- ANS. Lo parece.
- GAS. Hay motivo y muy formal.  
Si te empeñas, diré cuál.
- ANS. Saberlo no me apetece.
- GAS. Pues si no lo has sospechado,  
torpe eres, por vida mía.  
Oye bien: puso en Sofía  
los ojos ese menguado.  
¡Lo ignorabas!
- ANS. Lo sospecho.
- GAS. ¿Y bien?
- ANS. Comprendo en rigor  
que te opongas a ese amor,  
y respeto tu derecho.
- GAS. Pues ella, en su ceguedad,  
yo sé que le corresponde.
- SOFÍA ¡Padre del alma!
- GAS. Responde.
- ANS. Y responde la verdad.  
La verdad es lo primero.

- SOFÍA ¿Y si se enoja también?  
 ANS. Aunque se enoje.  
 SOFÍA Pues bien...  
 perdón, padre... yo le quiero.  
 GAS. ¡Ya está patente la trama!  
 (Volviéndose y levantándose. Todos se levantan.)  
 ¿Y ahora le despides?  
 ANS. No.  
 GAS. ¿Pues no ves que me ofendió?  
 ANS. ¿En qué ofende quien bien ama?  
 GAS. (Con asombro a su hijo.)  
 ¿Habla en serio?  
 JUAN (Aparte a su padre.) Está demente.  
 GAS. ¡Esto colma la medida!  
 ANS. ¡La medida en esta vida  
 se colma tan fácilmente!  
 GAS. Lo que busca ese tunante  
 (A cada insulto, don Anselmo se revuelve pugnando  
 por contener su ira.)  
 es que le pongan a flote.  
 ANS. Posición, familia...  
 JUAN ¡Y dote!  
 ANS. Y yo, en cambio, busco aguante.  
 GAS. ¿Qué resuelves?  
 JUAN No te humilles,  
 ni le supliques ya más.  
 GAS. ¡Por última vez!  
 ANS. Jamás.  
 GAS. Anselmo, no te encastilles  
 por tu terca condición  
 en tamaño desatino.  
 ANS. Yc sigo siempre el camino  
 que me marca el corazón.  
 GAS. Bien está.  
 JULIA Lo que hemos dicho.  
 JUAN No hay otro acomodamiento.  
 En los claustros de un convento (A Sofía.)  
 te pasará ese capricho.  
 SOFÍA Puedo alejarme de aquí...  
 (Llorando.)  
 puedo privarme de verle...  
 pero dejar de quererle,  
 ya no depende de mí.  
 JULIA Con la oración y el ayuno  
 el espíritu descansa.  
 JUAN Miren la gatita mansa  
 cómo la educó ese tuno.



ANS. Hacer con ella podéis (Estallando.)  
por su bien... ¡cuanto queráis!  
¿la lleváis?... ¡pues la lleváis!  
pero no la atormentéis. (A cariciándola.)

SOFÍA No tema usted, nadie alcanza  
(Llorosa, abrazando a don Anselmo)  
a matar lo verdadero:  
si él me quiere y yo le quiero,  
¡aun nos queda la esperanza!

JUAN Pero entre los dos, tu hermano.  
¡Cálmese!  
(A su padre que quiere ir a Sofía.)  
¡Y al porvenir!  
¡que yo le haré desistir  
a ese mozo por mi mano!  
(Agitando el brazo y con insultante ironía.)

ANS. ¿Es amenaza?

JUAN ¡Amenaza!  
Con gente de su ralea  
mejor medio no se emplea  
ni se encuentra mejor traza.

ANS. Si a un hombre a quien yo concedo...  
(Ya fuera de sí.)  
bien o mal... mi protección,  
os atrevéis sin razón...  
¡no esperéis que me esté quedo!  
Ni el mozo con su insolencia, (A Juan.)  
ni tú con tu cara adusta (A don Gaspar.)  
me imponéis, que no me asusta  
nada, sino mi conciencia.

¡Y tengo muy avisado,  
porque nadie se querelle,  
que no sufro que atropelle  
ninguno a este desdichado!  
¡Tú insultarle, buena pieza! (A Juan.)  
¡o tú, pantera de Javal! (A don Gaspar.)  
¡Donde el filósofo acaba,  
el hombre de sangre empieza!

GAS. Me agrada encontrarte así.  
¡Nos veremos!

JUAN ¡Nos veremos!

GAS. Por esta noche acabemos.  
Vámonos. Tú, por allí.  
(A su hija señalándola su cuarto.)

ANS. Adiós, pobre niña.

SOFÍA Adiós.

GAS. Vete a tu cuarto, Sofía.

(Sofía se va hacia su cuarto. Don Gaspar, Juan y Julia por la derecha, primer término.)

¡Que nos odiabas sabía!

(Desde la puerta a don Anselmo.)

ANS.

¡Sí... de veras... y a los dos!

JUAN

Yo me marchó por ahí,

a tomar un rato el fresco... (A su padre.)

Y si rondando le pesco (A parte.)

ha de acordarse de mí.

(Sale al jardín.)

## ESCENA VII

DON ANSELMO y después RAMIRO. Ya casi de noche; durante esta escena anochece por completo

ANS..

¡Humillarle de esa suertel

¡afrentarle de ese modol...

yo puedo sufrirlo todo..,

¡pero no soy piedra inerte!

Y que a ese mísero ser,

que lleva la sangre mía,

sólo porque ama a Sofía

se le quiera escarnecer...

¡para eso no hay santidad

ni humana paciencia cabel

¡mañana, mañana sabe

todo el mundo la verdad!

Y la mentira deshecha

y todo el mundo advertido,

al que le mire torcido

le pongo el alma derecha.

(Ramiro entra por el fondo.)

¿Quién es?... ¡Ramiro!

RAM.

Yo soy.

ANS.

¿No viniste ayer?

RAM.

Cumpliendo

sus órdenes. y aun no entiendo

que hago mal en venir hoy.

ANS.

(Con aparente enojo.)

Declara que mi presencia

te molesta y te fatiga.

RAM.

¿Cómo quiere usted que diga

tal desatino, en conciencia?

ANS.

Si no me puedes querer:

si soy adusto y severo:



siempre riño, siempre quiero  
que cumplas con tu deber.

Y esto, voto a Belcebú,  
no ha de ser muy divertido  
para un mozo que ha vivido  
a la manera que tú.

(Fingiendo cada vez más enojo.)

RAM.

(Aparte.)

¡Cómo ruge y cómo ronca,  
y qué modo de mirar!

Nada, que me quiere armar  
el buen señor una bronca.

(Alto y con tono respetuoso.)

¡Yo no sé de qué manera  
a su enojo dí motivo!

ANS.

Es que si cien años vivo  
no encuentro uno que me quiera.

¡Confíesame que prefieres  
tu libertad a mi amparo!

¡Confiesa que soy muy raro!

¡Confiesa que no me quieres!

RAM.

(Con emoción y carácter digno.)

Yo a estas cosas no respondo:  
yo no soy un zalamero;  
pero cuando quiero... quiero  
y me lo guardo en el fondo.

ANS.

Tiene mucha dignidad:

tiene mucho corazón:

y bien claro su emoción

dice, que dice verdad.

(Aparte, con alegría y observándole.)

RAM.

(Con un arranque de grosera franqueza.)

Si su protección le pesa,  
cántemelo usted de plano,  
y echemos la última mano  
con las cartas en la mesa.

ANS.

(Fingiendo gran enojo.)

¿Dónde aprendiste ese estilo  
que te deja orondo y ancho;  
en una timba, de gancho,  
o en un burdel, de pupilo?

(Ramiro hace un movimiento de ira, pero se contiene  
y dice con profunda emoción, casi con lágrimas.)

RAM.

¡Don Anselmo, va de dos  
y resisto con trabajo:

don Anselmo, estoy muy bajo,

pero no tanto, por Dios! (Pequeña pausa.)

Usted, gracias a mi madre,  
me protegió, lo concedo...  
pero hay cosas, que no puedo  
sufrirlas más que de un padre.

(Nueva pausa.)

Conque no tanto, no tanto...  
me aplasta desde su altura...

(Se vuelve para secar algunas lágrimas.)

ANS.

(Observándole a hurtadillas.)

¡Sabe llorar! ¡Qué ventura! (Aparte.)

¿Estás secándote el llanto? (Alto.)

(Asomándose por un lado entre gozoso y builón.)

RAM.

(Volviéndose con energía y secándose de prisa el  
llanto.)

¡Y lo ha podido pensar!

¡Qué cara de regocijo!

(Aparte con asombro.)

Nada, este señor, de fijo,  
se goza en verme llorar...

(Pausa.)

De una vez: claro, ¿qué pasa?  
que ya me tiene nervioso.

ANS.

Tu pasado es lastimoso:  
todos te odian en la casa.

RAM.

¡Todos, no! (sin poder contenerse.)

ANS.

(Con severidad.) Menos Sofía.

RAM.

¿Sabe usted?...

ANS.

Ha confesado.

RAM.

Desde que hemos enpezado...  
la verdad: me lo temía.  
Y en todos la indignación  
será...

ANS.

(Con exaltación.)

¡No tienes ideal...

(Cambiano de tono y fingiendo aire severo.)

La que mereces que sea  
por tu triste condición.

RAM.

(Con exaltación creciente.)

¿Me la dió mi voluntad  
esta condición acaso?

¿No tropecé a cada paso  
con el hambre y la orfandad?

Sin ayer, sin porvenir,  
sin nadie que nos acuda;  
yo, niño; mi madre, viuda;  
¡harto hicimos con vivir!  
Y si a estas fechas no llevo



el corazón ya podrido,  
tenga usted por entendido,  
que a mi madre se lo debo.

(Con recuerdo de ternura.)

¡Y con su Ramiro, cómo  
la pobre estaba de hueca!  
¡Un corazón de manteca...  
pero unas manos de plomo!  
En la cárcel encerrado  
estuve con otros chicos.

ANS.

¿Por qué?

RAM.

Por hacer añicos  
cuatro faroles del Prado.  
Robé un pañuelo al salir  
y a casa me lo llevé.  
Mi victoria relaté,  
y aun antes de concluir,  
ya de mi madre el cabello  
sobre mi rostro bullía,  
y sus dos manos sentía  
atenazándome el cuello.  
Cerré los ojos y cuando  
el sentido recobré,  
en sus brazos me encontré  
y ella ¡llorando, llorando!  
«¿Te arrepientes?» —dice. — «Sí.»  
«¡Dilo otra vez!» —y se obstina.  
Y yo: «No llores, tontina,  
que lo robé para ti.»  
Al otro día mi madre  
vendió su único tesoro:  
un hermoso collar de oro  
que le regaló mi padre.  
Y de este modo hubo tela...  
(Con triste ironía.)  
y la palabra retiro  
si no es muy culta.

ANS.

RAM.

¡Ramiro!  
Para mandarme a la escuela.  
¿Sabe acaso don Gaspar,  
cuando así me condenó,  
lo que mi madre sufrió,  
lo que tuve que luchar?  
Nuestra vida fué un desangre  
perpetuo en ruda pelea.  
¿Pues qué quieren, que yo sea  
un príncipe de la sangre?

- ANS. Lo que ellos quieren no sé:  
pero sé lo que yo quiero.
- RAM. Pues venga, que no me altero:  
claro: ¿me despide usted?
- (Don Anselmo se queda mirándole entre risueño y compasivo.)
- Si no es nada extraordinario:  
lo exigen: la cosa es llana.
- ANS. Pues lo exigen, y mañana  
*¡no serás mi secretario!*
- RAM. No lo seré; ya lo dijo. (Con tristeza.)  
No lo seré.
- ANS. No, señor.
- Porque será algo mejor: (Aparte.)  
mi propia sangre: mi hijo.
- RAM. ¡Qué necio soy: yo creí (Aparte.)  
que iba a darme otra respuesta!  
Poco trabajo le cuesta  
el desprenderse de mí.  
Inclinaron la balanza.  
(Alto, con triste resignación.)
- ANS. Lograron tu despedida.
- RAM. ¡Qué imposible es en la vida  
(Con desesperación.)  
realizar una esperanza!
- ANS. Dicha que no tiene anhelo,  
casi no tiene sabor:  
por la cuesta del dolor  
se va camino del cielo.
- RAM. Es muy áspera y muy brava,  
por más que usted la suavice;  
y esa cuesta que usted dice,  
para mí nunca se acaba;  
¡y aunque acabe, necesito  
para que alguien me reciba,  
trepar en llegando arriba  
por un muro de granito!
- ANS. ¡Al torreón, por las escalas;  
al muro, por las almenas;  
cuando nos pinchan las penas,  
es cuando abrimos las alas!
- RAM. ¡La esperanza está muy lejos!  
(Con desaliento.)
- ANS. ¡Quien la busque, que batalle!
- RAM. Usted me planta en la calle,  
pero da buenos consejos.
- ANS. Tú, callar y obedecer,



- (Con una mezcla inexplicable de ironía, regocijo, malicia y enojo.)  
que yo sé lo que me digo.  
Y adelante, y por testigo  
al tiempo. Y hasta más ver.
- RAM. ¡Pero yo entendí!... ¡Parece  
(Con nueva esperanza.)  
que he de seguir en mi puesto!
- ANS. ¡Eso, nunca!
- RAM. ¿Pues qué es esto? (Con asombro.)
- ANS. Este es... lo que usted merece.  
(Con fingido enojo.)  
Perdió su colocación  
para siempre.
- RAM. ¡De manera!...
- ANS. ¡Que si no me marchó fuera... (Alto.)  
se desborda el corazón! (Aparte.)  
(Sale por la izquierda.)

## ESCENA VIII

RAMIRO. Es completamente de noche; sale la luna e ilumina la mitad de la escena, la puerta de Sofia y la calle central del jardín

No le entiendo. Yo creía  
en su cariño... ¡qué niño!  
Sólo me queda un cariño:  
uno solo, ¡el de Sofia!

## ESCENA IX

RAMIRO; después SOFIA

- RAM. (Cautelosamente se acerca al cuarto de Sofia.)  
Tiene luz, no tiene sueño.  
Silencio, reposo y calma.  
(Observando alrededor.)  
Sofía... niña del alma...  
(En voz baja, junto a la puerta.)  
Sofía... mi dulce dueño...  
(Dando unos golpecitos a la puerta.)  
Despierta... no estés dormida,  
mira que llama a tu puerta  
quien no halló ninguna abierta  
en todas las de la vida.

SOFÍA (Saliendo con precaución.)

¡Ramiro!

RAM. Ven.

SOFÍA ¡Tengo miedo!

¡Si tú supieses, Ramiro!

RAM. Yo sólo sé que te miro,  
y que al mirarte no puedo  
ni sentir otro temor  
ni entender más desventura  
sino perder tu hermosura  
o que me roben tu amor.

(La luna ilumina, como se ha dicho, parte del jardín, entra por el rompimiento del fondo y cae sobre el grupo de los dos.)

SOFÍA No es eso, que si eso fuera  
yo temblando no estaría;  
te dije que te quería,  
y te querré hasta que muera.

RAM. Bien dicho, boca chiquita  
y dulce como ninguna.

¡Hasta se alegra la luna  
cuando te ve tan bonita!

¡Mira, mira qué curiosa!  
¡Cómo rompe aquel celaje,  
y con blancuras de encaje  
baña tu cara de rosa!

SOFÍA ¡Tengo miedo!.. ¡Cuánta luz!

RAM. De esos astros son derroches,  
que son muy claras las noches  
en este cielo andaluz.

Pero si la luz te asombra  
o la claridad te ofende,  
tu mano a mi mano prende  
y vámonos a la sombra.

(Se pasan al otro lado donde no llega la claridad de la luna.)

SOFÍA ¡Soy, mi bien, tan venturoso!

¡Vas a ser tan desdichado  
cuando yo te haya contado  
lo que ocurre!

RAM. Caviloso

me van poniendo, Sofía,  
los anuncios de esa historia,  
que si yo repico a gloria,  
tú das toque de agonía.

SOFÍA ¡Ay, Ramiro, qué aflicción!

¡Mi padre lo sabe todo!



RAM. ¡Y qué importa! De ese modo  
ahorramos la relación.

SOFÍA ¡Y se oponen!

RAM. Es natural,  
eso siempre lo he creído.  
El recuerda lo que he sido  
y acaso me juzga mal.  
O acaso acierta de lleno,  
que si no fuera por ti,  
yo conozco que hay en mí  
más de malo que de bueno.  
Si miro al mundo, la calma  
se me convierte en tortura,  
bebo sombras y negrura  
y se me ennegrece el alma.  
Pero si en ti se recrean  
mis ojos buscando galas,  
del corazón las dos alas  
como la espuma blanquean.

SOFÍA Pero su enojo es tan fuerte  
que dice que ha de alejarme  
de ti; que quiere llevarme...  
y que ¡adiós, hasta la muerte!  
(Llorando.)

RAM. Pues mal hace; yo lo digo:  
que aunque corregirme quiero,  
cuando yo me desespero  
¡me aconseja el *enemigo*!  
Unido a ti, puedo ser...  
lo que cualquiera sería;  
pero si pierdo a Sofía  
ya nada puedo perder;  
y todo en mí se desquicia:  
todo eso en que se recrea  
don Anselmo, toda idea  
de honradez y de justicia  
se desvanece en el viento  
como fuego de artificio;  
me hace caricias el vicio,  
la tentación vuelve, y siento  
como si un negro crespón,  
red de sombra y de tristeza,  
me subiese a la cabeza  
del fondo del corazón.

SOFÍA ¡No digas eso jamás!

RAM. ¡Si es lo que siento!

SOFÍA

Ahora sí

- que tengo miedo de ti  
y temo no verte más.
- RAM. Pues ven conmigo: la luz  
del cielo sobre tu rostro.  
(Pasan al claro de luna y él la contempla con amor.)  
Por ti yo todo lo arrostro:  
llevaré alegre mi cruz:  
les daré sin replicar  
sangre, suspiros y llanto:  
seré mártir, seré santo,  
¡pero he de verte en mi altar!
- SOFÍA Bien está, ya es otra cosa:  
así tranquilo, sereno.  
Si en el fondo eres muy bueno.
- RAM. ¡Tú, muy buena y muy hermosa!
- SOFÍA Pues don Anselmo juró  
protegernos... (Movimiento de Ramiro.)  
cuando seas ..  
lo mismo que tú desees:  
una persona de pro.  
Cuando borres tu pasado  
y labres tu porvenir:  
en fin... vamos al decir...  
¡cuando estés regenerado!  
Y tan juicioso te vea  
y tan diferente en todo...  
él lo dijo de este modo...  
que digno de mí te créa.  
(Ramiro escucha con desconfianza y duda irónica.)
- RAM. Eso mi esperanza trunca;  
porque si lo dijo así,  
y he de ser digno de ti,  
es como decir que nunca.
- SOFÍA ¡No es eso!
- RAM. Linda ventaja  
la que brindarme te escucho.  
(Con enojo.)
- SOFÍA Al pronto se pide mucho,  
(Con terquedad y malicia.)  
y luego siempre hay rebaja.
- RAM. Promesas... promesas son.  
Desengáñate, Sofía:  
de esta amorosa porfía  
nadie tiene compasión.
- SOFÍA ¿Pues qué se hace?
- RAM. Resistir.
- SOFÍA ¿Pero a quién?



- RAM. Pues a tu padre.  
SOFÍA No digas eso.  
RAM. A una madre  
fuera distinto. Morir  
vió cada cual a la suya,  
como yo he visto a la mía,  
y nunca te exigiría  
que afligieses a la tuya.  
La madre es el sér perfecto;  
en el padre hay mas desvío:  
como no conocí al mío,  
no sé lo que es ese afecto.  
SOFÍA No estamos conformes, no.  
Su cariño es muy profundo.  
RAM. ¡Pues para ti en este mundo  
lo primero he de ser yo!  
¿Soy lo primero?  
SOFÍA Desiste  
de esa pregunta. (Algo mimosa.)  
El primero  
en su clase.  
RAM. Yo te quiero  
sobre todo cuanto existe.  
Yo prescindo del honor.  
Yo escrúpulos pulverizo,  
yo lo imposible realizo  
para conseguir tu amor.  
¿El bien? Pues realizo el bien.  
¿El mal? Pues realizo el mal.  
Todo para mí es igual  
como tú me digas: ven.  
SOFÍA Es cariñosa y adusta  
tu pasión, así pintada:  
en cierto modo me agrada  
y al mismo tiempo me asusta.  
Te querré toda mi vida  
sin llegar a tal extremo,  
que en el amor, bien supremo,  
el mal no tiene cabida.  
RAM. ¡Puede ser! Y tu candor  
a veces me hace pensar  
si es que el bien a germinar  
empieza en forma de amor,  
como la única semilla  
que entre zarzas y maleza  
pudo romper la corteza  
de esta miserable arcilla.

SOFÍA ¡Gracias a Dios! Ahora sí  
que pensamos de igual suerte.  
RAM. Pues mal rayo y mala muerte  
al que te aparte de mí.  
SOFÍA ¡Escucha!...! ¿No oyes un paso  
así como cauteloso? (Escuchando.)  
RAM. ¡En el jardín! (Escuchando.)  
SOFÍA Es forzoso  
que te deje.  
RAM. En todo caso  
nos volveremos a ver  
mañana.  
SOFÍA Como yo pueda...  
RAM. ¡Sucedá lo que suceda,  
Sofía, me has de querer!  
SOFÍA No dejaré de quererte  
mientras viva. ¿Y tú?  
RAM. Sofía,  
¡yo, mucho más todavía!  
¡Si es posible, aun en la muerte!  
(Sofía entra en su cuarto.)

## ESCENA X

RAMIRO y JUAN. Este entra poco a poco y le sorprende a Ramiro,  
cogiéndole por un brazo, junto a la puerta de Sofía

JUAN Al fin te cogí, Ramiro;  
mi sospecha era fundada.  
RAM. La mano muy descansada  
por el pronto. (Rechazándole.)  
Que si miro  
por una parte quién eres  
y me inclino a la prudencia,  
tú sabes por experiencia  
que a muy poco que te alteres  
me va a dar un salto el alma,  
y voy a alterarme más;  
conque, me voy o te vas,  
y acabe la noche en calma.  
JUAN ¿Quieres perderme de vista?  
Mal disimulas el miedo.  
(Cogiéndole.)  
RAM. Lengua corta y brazo quedo,  
¡que soy algo camorrista!  
JUAN Cuando hay mozos que preparen



- tu valor y lo remojen,  
y mozas que se acongojen  
y amigos que te separen.
- RAM. ¡Y cuando nadie me ve  
más que el necio que me insulta!  
¡Cuando la noche sepulta  
para siempre al que maté!
- JUAN ¡Estás de veras matón!
- RAM. Estoy como siempre estuve.  
Pero hasta aquí me contuve:  
aprovecha la ocasión.  
(Chascando los dedos para decir que se marche.)
- JUAN ¿Para buscar compañía  
(En voz baja e insultante.)  
y para que alguno acuda,  
gritas tanto?
- RAM. ¡Quién lo duda!
- JUAN Por miedo a tu valentía.
- JUAN Pues oye lo que te digo,  
pero bajito y callando.
- RAM. Ya me tienes escuchando.
- JUAN Vaya un consejo de amigo.  
Vas a dejar tu acomodo  
con don Anselmo, ¿comprendes?  
Abres las alas y tiendes  
el vuelo de cualquier modo,  
que eso a mí me importa nada,  
hacia donde más te agrade.  
Con tal de que se traslade  
muy lejos en la jornada  
tu interesante persona,  
y busques otro consocio,  
queda resuelto el negocio  
y mi padre te perdona.
- RAM. Bien está por la sentencia  
y bien por el pregonero.  
Y mi delito es que quiero  
a tu hermana.
- JUAN Y tu insolencia  
más que tu traición me hiere,  
pues proclamándola va.
- RAM. Entonces, ¿cómo será  
decirte que ella me quiere?
- JUAN Será el infamante sello  
que nos marca y nos ultraja.
- RAM. Y ahora lo digo en voz baja,  
que mañana a voz en cuello.

- JUAN      Agudo puñal con filo  
corta seguro y veloz  
en la garganta la voz.  
(Golpeando la navaja o puñal que lleva en el pecho.)
- RAM.      Eso me tiene tranquilo;  
que aunque sientas los agravios  
y te requeme el ultraje,  
todo el fuego del coraje  
se te marcha por los labios.  
Que te falta corazón,  
que riñes con catalejos,  
y cortas siempre de lejos  
y sólo con la intención.
- JUAN      Bravucón de las afueras,  
para correr como un galgo,  
¿quieres probar lo que valgo?
- RAM.      Probaré lo que tú quieras;  
pero antes escucha un poco.  
Quiero y codicio a Sofía  
y tu hermana será mía  
aunque des de necio en loco,  
y aunque se oponga tu padre  
y con él el mundo entero.  
¡Por aquel beso postrero  
(Besando los dedos en cruz.)  
que al morir me dió mi madre!
- JUAN      ¿Conque te dió un beso?
- RAM.      (Haciendo ademán de sacar el puñal.)  
¡Acaba!
- JUAN      Pues aunque viviese ahora  
aquella buena señora,  
ya más besos no te daba.
- RAM.      ¡Cobarde, gritas de más!  
¡Viene gente!
- JUAN      Vamos fuera.  
¡Al huerto... a la carretera...  
al infierno!
- RAM.      Tú verás  
que deprisa das en él.
- JUAN      En marcha y no te sofoques.  
(Poniéndole la mano en un brazo.)
- RAM.      Vamos, pero no me toques  
antes de tiempo la piel.  
(Salen por el jardín; se les ve alejarse.)



## ESCENA XI

DON ANSELMO y DON LEANDRO

- ANS. Su voz te juro que oí  
y además la voz de Juan.
- LEAN. Soñaste, porque no están.
- ANS. Tienes razón; yo creí  
escuchar ruido confuso  
de riña.
- LEAN. Pues no fué cierto.  
¡Si tú dormido o despierto,  
fuiste siempre un pobre iluso!
- ANS. ¡Todo en silencio y en calma!  
¡Qué azul el cielo y qué hermoso!  
¡Yo quisiera ese reposo  
del espacio para el alma!  
Pero eso no puede ser;  
no hay quien lo pasado borre.  
(Pausa.)  
¿Qué sombra es esa que corre?  
¿Qué es aquello?
- LEAN. Voy a ver.
- ANS. Observa... mira...
- LEAN. Ya miro.
- ANS. ¡Es un hombre!
- LEAN. Así parece.
- ANS. A esta parte se guarece.
- RAM. ¡Ira del cielo!  
(Entra corriendo y mirando atrás.)
- ANS. ¡Ramiro!

## ESCENA XII

DON ANSELMO, DON LEANDRO y RAMIRO

- ANS. ¿De dónde vienes?
- RAM. No es nada.
- ANS. Algo será... tú corrías.
- RAM. Qué sé yo... locuras mías.
- ANS. ¡Tienes la voz alterada!  
(Ramiro observa el jardín.)
- LEAN. ¡Y mira al jardín! (A don Anselmo.)
- RAM. No hay más  
que lo dicho.

ANS. ¡Saber quiero (Imperiosamente.)  
la verdad!

(Ramiro no cesa de volverse hacia el jardín.)

RAM. Que es traicionero (En voz baja.)  
y puede venir detrás;  
y como el arma perdí,  
es bueno estar prevenido.

ANS. (Con suprema angustia.)

¿Reñisteis?

RAM. Hemos reñido.

LEAN. ¿Con Juan?

ANS. Responde.

RAM. Pues sí.

ANS. ¿Y qué?

RAM. Que al fin soy quien soy;  
y nada... al primer encuentro,  
es claro... me colé dentro...  
yo siempre al cuerpo me voy.  
¡Mi costumbre! Es un desaire  
para quien no viste sayas,  
estarse trazando rayas  
con el cuchillo en el aire.  
¡Y él a tierra!

ANS. ¡Desdichado!

(Con supremo horror.)

¿Muerto?... ¿Herido?

RAM. No lo creo;

fué la fuerza del voleo  
que dió con él de costado.  
Pero hay que estar muy alerta,  
porque es bicho de intención,  
y a la primera ocasión  
se hace la gallina muerta.  
El agarra bien la aguja:  
no respira... el otro avanza...  
y en creyendo que le alcanza...  
¡hasta el mango!... ¡es un granuja!  
¡Infeliz!... ¡dónde has caído!  
¡qué lodazal!

ANS.

LEAN. ¡Qué lenguaje!

RAM. Es la fuerza del coraje.

ANS. ¡Huye... vete... estás perdido!

RAM. Si no es nada; juraría  
que ya se puso de pié.

¿No lo dije?... (Señalando a la calle central.)

¿Usted le ve?

Viene pensando «¡Es la mía!»



- ANS. No importa... por mi ventana  
al campo... y luego no pares...  
después por los olivares  
al pueblo... y éste, mañana  
(Señalando a don Leandro.)  
te dirá lo que ocurrió.
- RAM. ¡Si fué Juan!... ¡si es el culpable!
- ANS. ¡Obedece, miserable!  
(Empujándole con violencia.)
- RAM. ¡Aún es más fiera que yo!  
(Mirándole con cierto terror.—Sale por la izquierda.)

### ESCENA XIII

DON ANSELMO, DON LEANDRO, después JUAN, a quien se le ve avanzar por la calle del centro, herido y vacilando, pero con su puñal en la mano

- ANS. ¡Ya llega!
- JUAN ¡Socorro, a mí!  
(Gritando desde el jardín.)
- ANS. ¡Mirale... viene espirante!
- JUAN ¡Padre... mi padre... al instante!  
(Entra haciendo esfuerzos por gritar; viene moribundo.)
- ANS. ¡Juan!... ¡Dios del cielo!  
(Sosteniéndole entre él y don Leandro.)
- JUAN ¡Por ti!
- ANS. Oye... si a ese desdichado... (A Juan.)  
si a mi Ramiro denuncias...  
si una palabra pronuncias (A don Leandro.)  
de las que aquí has escuchado...  
o si negais la invención  
que ahora forjo y me figuro...  
con este hierro... lo juro...  
¡me atravieso el corazón!
- JUAN ¿Quieres salvarle?
- ANS. ¡Eso quiero!  
¡salvarle de cualquier modo!  
¡honra, nombre, vida, todo!  
¡te doy mi ser por entero!  
¡No le pierdas!... ¡De rodillas  
te lo pido!... ¡por tu madre!
- JUAN ¿Por qué?
- ANS. ¡Porque soy su padre!
- JUAN ¡Su padre!... ¡Pues maravillas  
hiciste en él por la traza!

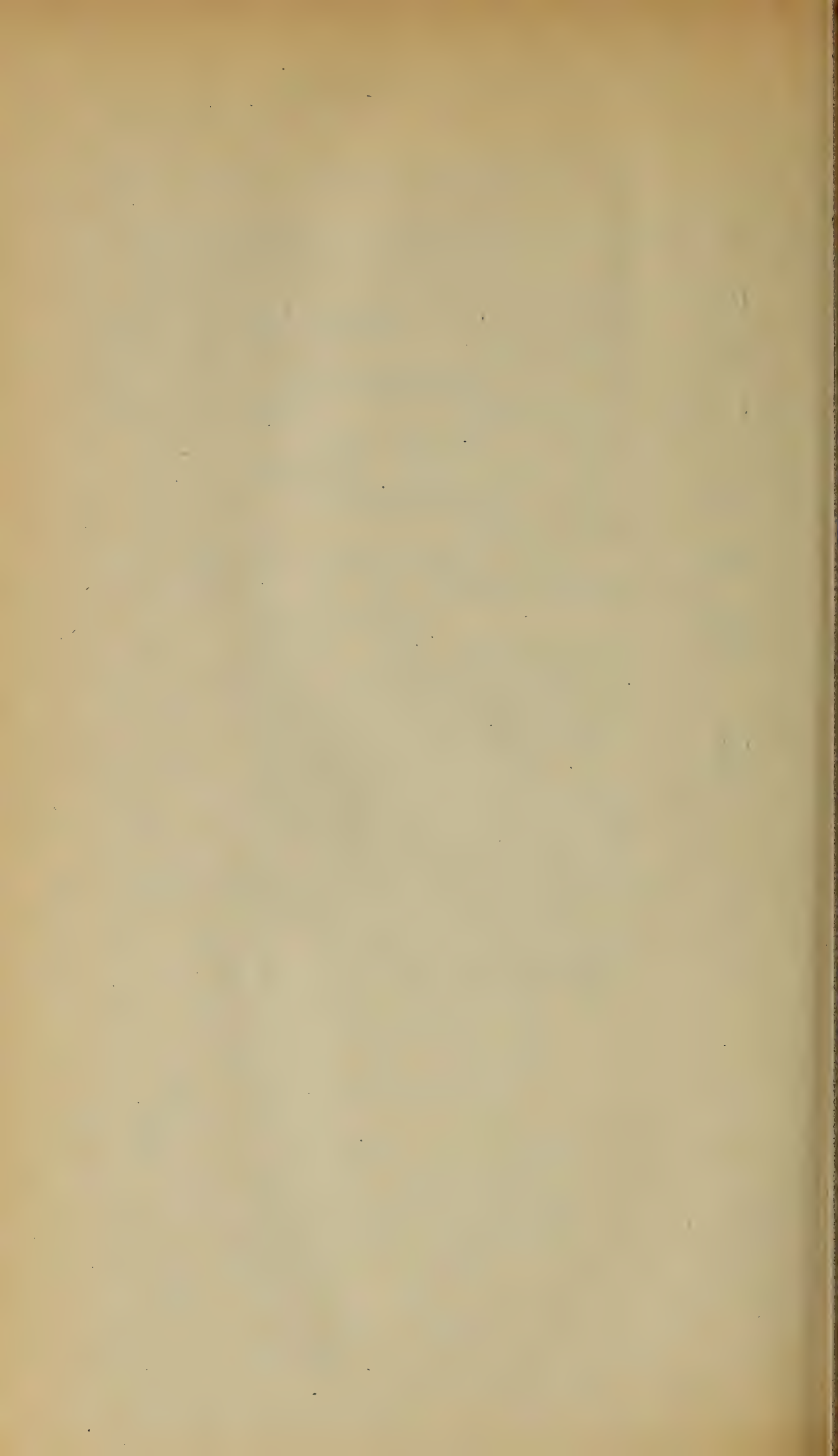
ESCENA XIV


DON ANSELMO, JUAN, DON LEANDRO, DON GASPAR y SOFIA

- GAS. ¡Juan!... ¡hijo mío! (Corriendo a él.)  
 ANS. ¡Perdón!  
 SOFIA ¡Hermano!  
 ANS. ¡Por compasión!  
 JUAN (A don Anselmo.)  
 ¡Maldito... y toda tu raza!  
 (Hace el último esfuerzo y cae muerto.)  
 GAS. ¡Qué es esto... no... tú morir!  
 ANS. (Aparte a don Leandro.)  
 ¡Tú, silencio!  
 GAS. ¡Hijo querido!  
 ¿Quién ha sido?  
 SOFIA ¿Quién ha sido?  
 ANS. El no lo puede decir,  
 aunque claro lo indicó  
 con su postrera amenaza,  
 ¡me maldijo y a mi raza!  
 GAS. ¡Sí... lo recuerdo!... ¡Tú!  
 ANS. ¡Yo!  
 ¡Le reprendo y él me afrenta!  
 Le pego... ¡blande el puñal!  
 Luchamos... ¡lucha fatal!  
 la hoja empuja... ¡está sangrienta!  
 GAS. ¡La impunidad no te halague!  
 ¡ya la muerte te acaricia!  
 ANS. ¡No la rechazo: es justicia!  
 ¡Quien tal hizo... que tal pague!

FIN DEL ACTO SEGUNDO







# ENTREACTO <sup>(I)</sup>

---

La decoración del acto primero. Los balcones cerrados. Son las primeras horas de la mañana

## ESCENA PRIMERA

DON ANSELMO, DON LEANDRO y RAMIRO, como si viniesen de camino, un CRIADO entra delante de ellos

CRIADO      Perdone usted, don Anselmo... Como nada sabíamos... como nadie nos avisó... claro está, nos coge usted por sorpresa. (Se adelanta y abre el balcón.)

ANS.            ¿Vino alguien a buscarme?

CRIADO      No, señor. ¿Quién ha de venir? Es muy temprano.

ANS.            Basta. El que ha de venir ya vendrá. Retírese usted.

CRIADO      Sí, señor.

## ESCENA II

DON ANSELMO, DON LEANDRO y RAMIRO. Don Anselmo se asoma al balcón y observa con ansia la calle. Don Leandro se deja caer en un sillón. Ramiro, en pie, queriendo decir algo y sin atreverse

LEAN.          ¡Válgame Dios, qué viaje!... ¡qué conflicto!... ¡y qué desgracia!... (Aparte.)

RAM.          ¿Don Anselmo... me permite usted... y us-

---

(1) Este «entreacto» tiene por único objeto desvanecer varias dudas de la crítica. Puede representarse o no representarse: a gusto de las empresas.



ted perdone... una pregunta? Nada más que una pregunta.

ANS. (Volviéndose.) Pregunta lo que quieras.

RAM. Pues a decir la verdad, estoy aturdido. Ni sé lo que me pasa, ni lo que nos pasa a todos; porque a todos nos pasa algo: tan fijo como esa luz.

LEAN. Ya lo sabrás, pobre Ramiro: ya lo sabrás. (Aparte.)

RAM. Vamos a ver, don Anselmo: pongamos las ideas en orden. Y empecemos por el principio. Usted me despidió: no me quejo: acaso lo he merecido. Ello es que usted me dijo, airado como nunca, y con un entrecejo tempestuoso, que daba espanto: «Ramiro, vete: perdiste tu colocación: desde mañana no serás mi secretario.» No lo seré: conforme: está usted en su derecho: claro, este es mi sino. no hablemos más del asunto. Después me encontré con Juan: y él, provocativo, y yo con la sangre que Dios quiso darme... nos enredamos de palabras y al fin reñimos. Hasta aquí todo me parece claro y natural. Dos hombres son dos hombres; yo no he perdido mis mañas, y él adquirió las que no debía tener; y nos encontramos, que fué encontrarse la yesca con el fuego. Bueno: al jardín nos fuimos, y al primer envite dí con él en tierra. A tierra, sí; pero fué la violencia del encontronazo; que yo estoy seguro que no le herí... y si no le herí... no le maté... ¿Verdad, que no? (Con ansiedad.)

ANS. No: yo te lo aseguro; créeme. No, Ramiro; no has sido tú. Si tú hubieses sido, ¿por qué había de ocultártelo? ¿Qué eres tú para mí?

RAM. Nada; ya lo sé. (Con tristeza.)

ANS. Pues entonces, ¿por qué dudas?

RAM. Ya no dudo; cuando usted lo dice, claro que es así. (Con alegría.) Toma, ¡si yo lo sabía! Cuando veníamos en el tren, al romper el alba, y en cuanto se colaron en el coche sus primeros rayos, me miré con mucha precaución las manos y la ropa. Y nada, nada ni una gota de sangre.

ANS. ¡No, sangre, no; no es posible! (Con ansiedad y observándole.)

RAM. ¡Cá!, limpio como un corderillo... que esté muy limpio. ¡Y qué tontería!... (Riendo.) ¿Pues no le vi yo, después de la brega, venir a paso de lobo por la calle del centro? Vamos, que con todos estos escrúpulos me va dando vergüenza de mí mismo.

ANS. Acaba.

RAM. Pues adelante. Usted me empujó hacia su cuarto, ¡con unos ademanes y unos modos!... y yo, aunque no soy muy dócil, ni muy sufrido, obedecí maquinalmente. ¡Nada, que se me ha impuesto usted! «Me ha mandado que *salte*», me dije a mí mismo: y miré hacia fuera y a nadie vi, y salté por la ventana. «Me ha mandado que corra», continuó repitiendo mi individuo a mi propia persona: y me dí a correr como no recuerdo haber corrido jamás. ¡Ea, un mandria! Ví mi sombra a la luz de la luna pasar por los claros del olivar, y créame usted, no me figuré que era una liebre porque era muy grande: pero lo que es un corzo bien podía serlo. Y no era miedo: era que usted me había dicho, «¡a correr!» y corría.

ANS. (Dejándose caer en un sillón.) ¡Desdichado!

RAM. Sí, señor, muy desdichado; pero no es culpa de un hombre, si todo se le pone de malas.

LEAN. No más, Ramiro.

RAM. Corriente: no hablemos de mis desdichas, pero hablemos de nuestro viaje. Y el diablo cargue conmigo, señor don Anselmo, si entiendo una palabra de toda esta trifulca. Tan aprisa iba, que pronto se acabó el camino. Llego al pueblo, me meto en casa y no habían pasado dos horas y no había podido yo coger el sueño, aunque siempre me coge él a mí antes de que yo le coja a él, cuando ya estaban ustedes aporreando mi puerta. Bajo, me trincan, me llevan a la estación, pasa el tren ascendente, a él subimos, arranca la máquina y a Madrid a todo vapor. Por más que preguntaba, ustedes como muertos. «Silencio, silencio y obedezca.» Y yo, *mutis*. Pero si no dije palabra, pensé mucho, todo el camino vino mi cabeza con más hervidero que el de la máquina del expés. «Señor, ¿qué es esto? ¿Es que



- entre los dos me llevan a la cárcel para entregarme al juez y amarrarme al palo?»
- ANS. ¡Calla... no... no digas eso, Ramiro!
- RAM. ¿Verdad que no? ¿Que usted no es capaz?... (Con ternura y tristeza.) Una cosa es reñirme, y aun enviarme noramala, y otra cosa es perderme. Además, ¿yo qué hice? Unas palabras con Juan, no es motivo...
- ANS. (Aparte a don Leandro.) ¡No puedo más, Leandro; no puedo más! (En alta voz.) Acaba.
- RAM. Pues al romper el día les miré a hurtadillas, y con lo pálido de la primera luz estaban ustedes amarillos, como muertos, y lúgubres como condenados. Tanto, que yo pensé: «nada, matóme Juan sin yo notarlo, y al infierno me llevan estos en tren exprés y en departamento de primera, que sin duda no merezco menos por mis buenas obras.» ¿Eh, acertó Ramiro? (Procurando reír.) Yo bromeo, pero otra me queda dentro. Conque don Anselmo, explíqueme este enredo y sáqueme, por las ánimas que yo no saqué, de este laberinto de confusiones.
- ANS. Sí; lo sabrás todo y muy en breve: no hay tiempo que perder. Pero aguarda unos instantes: debo hablar con Leandro. Retírate, y dentro de diez minutos me verás por última vez.
- RAM. ¿Por última vez?... ¿Es decir, que sigue usted enojado?
- ANS. ¡Ramiro!.. (Conteniéndose.) ¡Obedece: la desobediencia es maldita de Dios! Aguarda a que te llame.
- RAM. Bien está. (Retirándose.) ¿Dice usted que diez minutos?
- ANS. No más.
- RAM. Corriente... ya me voy... sí, señor. No dirá usted, cuando me pierda de vista, que no fui dócil en mis postrimerías. (Retirándose. Aparte.) ¡Válgame Dios, qué hombre!... Unas veces creo que me odia, otras veces... vamos, parece que le soy simpático. ¿Quién le entiende? (Sale por la derecha.)

## ESCENA III

DON ANSELMO y DON LEANDRO

LEAN. Gracias a Dios que puedo hablarte a solas: Anselmo, ¿qué intentas?

ANS. ¿Pues no lo sabes? Lo que dije ante aquel cuerpo sangriento, eso sostendré ante mis jueces, ante el mundo entero.

LEAN. ¿Que tú fuiste el asesino de Juan?

ANS. Si yo lo soy, ¿porqué no he de decirlo? Lo soy, no me repliques, no pretendas convencerme. Yo le di muerte, esto es claro como la luz del sol. (Se pasea con gran agitación.)

LEAN. Lo único que yo veo claro, es que has perdido el juicio.

ANS. ¿Porque quiero salvar a ese desdichado? Entonces no está en su juicio ningún padre.

LEAN. Es que todo tiene sus límites, y la verdad tiene sus fueros, y el asesino es aquél.

ANS. (Corriendo hacia don Leandro y tapándole la boca.) ¡Calla, calla! No es cierto; el insensato lo eres tú; tú el calumniador, y yo el criminal. No mata el hierro que se clava en el pecho, sino el brazo que lo empuja. No mata el brazo, que sólo es servil ejecutor de la voluntad que se lo ordena. No mata la voluntad cuando la voluntad no existe, sino la atmósfera que envuelve, la costumbre que arrastra, el ejemplo que incita, la fatalidad que se impone. ¿Y quién abandonó a Ramiro en esa atmósfera, quién le entregó al mal ejemplo, quién le arrojó a los impulsos fatales del instinto brutal? Yo: pues yo soy el asesino. ¿Le recogí? ¿le eduqué? ¿fui un padre para mi Ramiro? ¡Ay! ¡Es preciso ver las cosas como son, hay que subir hasta la fuente! Yo arrojé al niño al mar de la vida, sus olas le precipitaron contra un hombre, al chocar destruyó una existencia; pues yo soy el responsable, yo solicité aquella voluntad, empujé aquel brazo, clavé aquel hierro y di muerte a Juan; niégame esto y diré que eres un imbécil!



- LEAN. Exageraciones, delirios, argucias. Las personas sensatas no discurren así.
- ANS. Tanto peor para las personas sensatas. Si el ser sensato es ser egoísta y cobarde, desprecio a los sensatos y todavía no me desprecio a mí.
- LEAN. ¡Ah! ¡Qué Anselmo de mis pecados! ¡Qué hombre!
- ANS. No digas ¡qué hombre! Di en todo caso ¡qué padre! Tampoco; di más bien *un padre* a quien le muerde la conciencia y a quien le rebosa el corazón. ¡Yo te digo que no consiento que acuse a mi Ramiro un fiscal, ni que le sentencie un juez: que no quiero que la justicia humana, con la sequedad y la torpeza que son inevitables, cuando para juzgar se mira un código y no se ve un alma, aplaste para siempre a mi Ramiro; que no sufro, que *allá* me lo arrojen ocho, diez, doce años, una vida entera, una eternidad, entre malhechores, entre malvados, ¡a ese lodazal que se llama presidio! Hoy es un hombre: ¿cómo me lo devolverían? ¡Sólo al pensarlo siento como si corriesen por todas mis venas cristales de hielo, y como si pellizcasen mis carnes pinzas enrojecidas de metal!
- LEAN. Vamos, Anselmo, pobre amigo, un poco de calma.
- ANS. Pero, Leandro, responde: si mi Ramiro sufre una condena, ¿qué será de él?
- LEAN. Lo que tú dices: con su carácter, con su perversa educación, con sus pasiones... ¡hombre a fondo!
- ANS. ¡Ah, lo confiesas!
- LEAN. Pero si la condena la sufres tú por él, ¿qué será de tí? ¡Qué vergüenza! ¡Qué tormento!
- ANS. ¡Vergüenza! ¡Tormento! Apariencias sociales, mentiras humanas. Muchas hay que brillan más en la frente, que corona de monarca. Cumpla yo mi deber, y yo seré el juez, y todos los demás serán ante mí los desdichados y los culpables. Salvo a mi Ramiro: a tu cuidado lo encomiendo: se regenera: se une a Sofía, es honrado, es feliz. Pues no me compadezcas: envidíame. Vengan dolores, vergüenza, escarnios, hiel y vi-

nagre; que todas esas amarguras yo las recogeré en mi corazón y serán mieles y dulzores para mi Ramiro.

LEAN. Eso es hablar entre las nubes; eso no lo comprende nadie.

ANS. ¿Pues para qué guardan entonces su entendimiento?

LEAN. ¡Ay de ti cuando toques la realidad!

ANS. ¿Punza y desgarras?

LEAN. Horriblemente.

ANS. Pues que me punce y me desgarras a mí, no a él. Le salvaría a costa de un crimen. Mira tú si le salvaré a costa de un sacrificio. ¡Mi Ramiro, mi pobre Ramiro en repugnante prisión, cargado de hierros, entre seres abyectos, degradándose su alma poco a poco, engranando su conciencia con otras conciencias negras y podridas! ¡No, eso no! ¡El, que tanto me quiere! ¡Porque me quiere mucho! ¿No lo oíste? ¡Qué cosas me dijo! «Usted no me entregaría a los jueces, aunque yo hubiese hecho algo malo; despedirme... bueno; pero perderme... no, ¿verdad que no?» ¡Mira, sentí como si todas mis entrañas se deshiciesen en lágrimas y en ternura! (Cae sobre la mesa profundamente conmovido y oculta el rostro entre las manos.)

LEAN. ¡Silencio! Puede oírte.

ANS. Es verdad. Tendré calma. Vamos, ya pasó. (Secándose los ojos.) El tiempo apremia. Hemos ganado algunas horas: mientras el juez acude allá, mientras instruye las primeras diligencias y toma declaraciones a uno y a otro y me sigue la pista y avisa a Madrid... yo aprovecho estas dilaciones y redondeo mi plan. ¡Eh! (Mirando por la ventana.) Mira... aquellos hombres vigilan esta casa... ¿no te parece?

LEAN. ¿Qué sé yo? (Mirando también.) Puede ser. ¡Ay, Anselmo, Anselmo!

ANS. Concluyamos. (Acercándose a una mesa, abriéndola y buscando algo en un cajoncillo secreto.)

LEAN. ¿Qué buscas?

ANS. Algo importante. ¡Sí, aquí está! (Cogiendo una carta, la del primer acto. Acercándose a don Leandro.) Es la carta de Dolores. El juez vendrá, se apoderará de mis papeles, y, si encuentra éste, Ramiro no tiene salvación. ¡Ah, los sa-



buesos! Yo los haré perder la pista. Toma, guárdala: es un depósito sagrado. Puedo destruirla; pero no, ¿quién sabe? ¿Quién puede leer en lo futuro? No sucederá: ahora menos que nunca; pero déjame esta esperanza. Guárdala, Leandro, guárdala.

LEAN. (Guardando la carta.) ¡Que todo lo que me pides fuera como estol!

ANS. Gracias, Leandro. (Abrazándole.) Ahora ya estoy tranquilo.

LEAN. Pues hablemos con mucha calma y mucha tranquilidad.

ANS. Cuanto quieras; ya sólo me resta una cosa: esperar a que vengan a buscarme.

LEAN. Te has encariñado con esa idea fantástica y no comprendes que es imposible.

ANS. ¿Por qué, pobre Leandro?

LEAN. ¿Quién ha de creer que diste muerte a Juan? ¡Un desafío entre el joven flamenco de veinticuatro años y el filósofo de cuarenta y ochol! ¡Y a puñal, a la luz de la luna! ¡Vamos, que no hay paciencia para oír tales desatinos!

ANS. Pero ¿quién ha dicho tales desatinos? Porque, en efecto, no hay paciencia para oírlos.

LEAN. Sí, ya lo sé, ya te oí: una disputa, un golpe, una amenaza: él con el hierro desnudo, tú pugnando por quitárselo... y después una casualidad, una desgracia. Cualquiera cosa; ni aun eso lo cree nadie.

ANS. ¿Nadie? ¡Todo el mundo! ¿No lo creyó Gaspar? Pues tú verás cómo lo cree Ramiro. Y, sobre todo, el fiscal de la causa, que es lo que importa. Ya nos gozaremos en el castillejo de terribles acusaciones que levante contra mí. ¡Si me parece que le oigo! ¡Sí, ya me toma por su cuenta! Mi juventud borrasca, mi carácter indómito, mis esfuerzos inútiles para templarlo, mi antigua rivalidad con Gaspar, que, según el representante de la ley, siempre bramó sorda en el fondo de mi pecho. Y esto lo confirmará Gaspar mismo, y Julia, y cuantos nos conocen. Se demostrará hasta la evidencia, con asentimiento de todo el mundo, que yo odiaba a Juan porque creía ver en él la reproducción de su padre, allá en los tiempos en que nos

disputábamos el amor de Petra. Esto lo ha creído siempre Gaspar, y tú mismo me lo dijiste un día como dudándolo.

LEAN.

¡Calla, por la Virgen Santísima!

ANS.

Si yo fuese mi propio acusador, ¿qué cosas diría contra mí! ¿Cómo pintaría mi supuesta lucha con Juan; mis pasiones y mis odios despertando ante la imagen viva y juvenil del que me arrebató el cariño de la mujer a quien adoraba: la primera intención, la de parar el golpe del mozo, convirtiéndose en ansia loca de devolverlo! ¿Cómo clamaría al fin de algún soberbio período: «Sí, en aquel momento ese desdichado no creía matar al hijo, creía matar al padre.»

LEAN.

No hay quien te escuche con calma.

ANS.

Lo que no hay es quien me conteste. Pues poco antes de la muerte del pobre Juan, ¿no reñí con él y con su padre? ¿No estuvimos a punto de venir a las manos? ¿No les dije que les odiaba y ellos me creyeron? ¿No me anunció veces mil Gaspar que iba a tener un disgusto con su hijo? ¿Pues olvidar todos estos antecedentes, que dan verosimilitud a mi fábula, es ser olvidadizo de veras. Para no dar a todo este armazón la fuerza lógica que tiene, es preciso ser muy necio o conocer la urdimbre, y sólo tú la conoces. Cuando se conoce la verdad, todo lo que no sea ella, parece inverosímil; pero cuando se ignora, todo desatino parece punto menos que evidencia.

LEAN.

Esas serán conjeturas; pero, ¿y las pruebas?

ANS.

¿Pues no me encontró la familia junto al cadáver de Juan? ¿Pues no confesé yo y confesaré cien veces? ¿Pues el moribundo no me acusó ante su padre, ante Sofía, ante todos? La víctima acusa: el criminal confiesa. ¿Qué más pruebas!

LEAN.

¿Qué, Juan te acusó?

ANS.

¡Ah, mi buen Leandro, tú vives en Babia! ¿No lo recuerdas? ¿Qué pobre crítico hubieses hecho y qué fiscal tan inocentón!

LEAN.

No sé lo que quieres decir.

ANS.

¿Las últimas palabras de Juan no fueron para maldecirme y a toda mi raza? ¿Si otro fué su matador, ¿por qué maldecirme a mí?



- LEAN. Porque le dijiste que Ramiro era tu hijo.
- ANS. Pero eso no lo saben ellos: ¡ni lo sabrá el juez, ni lo sabrá el fiscal, ni nadie! ¡Ah! Todo lo tengo bien pensado: la lógica es lógica y se impone, al menos a los seres racionales.
- LEAN. ¡Ah, qué hombre! Parece que todo esto te regocija: lo dices fríamente, mides y pesas por quilates la máquina de tu locura, como el que se prepara a representar una farsa y calcula los aplausos.
- ANS. Sí, con mimo, con cariño, con regocijo, porque veo con evidencia que voy a salvarle. ¡Engañar a todos, vencerles, imponer mi voluntad, arrancar de las zarpas sociales a esa criatura! En el fondo de esta lucha hay un placer acre, doloroso, pero sublime. Sí, todos los pormenores los estudio como el más refinado jugador de manos. El criminal prepara su crimen, yo preparo mi sacrificio. ¿Y he de ser más torpe que el ladrón o el asesino vulgar? Mira, en todo pienso; me salpiqué de sangre: mira, recogí los dos puñales, y... (Mirando a todas partes y en voz baja.)
- LEAN. ¿Y que?
- ANS. Que nadie los encontrará. ¡Yo convicto, yo confeso, todo contra mí! Y aquél, contigo, regenerado y feliz. Lo he dicho: será: venceré: que me prueben lo contrario.
- LEAN. Me confundes y me aturdes.
- ANS. ¡Vamos, ya no te parece tan imposible ni tan absurdo mi plan!
- LEAN. Pues con todo eso que dices, es imposible y es absurdo. Nadie acepta tu fábula.
- ANS. Por Dios, que eres testarudo: siempre vuelves al principio. ¿No han de creerme, cuando yo me acuso, yo mismo? ¿Pues estoy loco? ¿He mostrado jamás instinto suicida? ¿Puede adivinar nadie mi sacrificio? Sólo en una de estas tres hipótesis podrían dudar de mi palabra. Y yo demostraré que estoy en la plenitud de mi razón: hablaré con calma, discurriré con lógica severa, mejor que todos ellos, haré alarde de mi ciencia y de mis medios intelectuales: ¡ah! nosotros a quienes llaman sabios, somos muy vanidosos. De suerte que el caso de locura es inadmisibile. (Con tono burlón y sombrío de triunfo.) Y que

un hombre como yo no busca medios indirectos de suicidarse, ya lo demostraré también. Ya verás cómo me defiendo: cómo doy a entender que tengo apego a la vida y a la libertad, cómo acudo a todos los recursos imaginables para salvarme: confesaré que di muerte a Juan, pero por caso fortuito; ni siquiera imprudencia temeraria: defensa legítima. Sólo que el fiscal, dados mis antecedentes, no me creará, y verá en mí el asesinato de intención, con circunstancias agravantes. Desengañate, tampoco es admirable la hipótesis del suicidio: lo tengo todo bien pensado, y até bien todos los cabos de esta red en que a mí propio me he cogido. (Exaltándose más.)

LEAN. Pero, en cambio, es admisible la hipótesis de que por alguien te sacrificas.

ANS. ¿Sacrificarme? ¿Por quién? ¿Sabe nadie que riñó Ramiro con Juan? Y dado que lo supiesen, ¿a quién se le ocurre que yo, (Con triste ironía.) por un extraño, por uno de tantos escribientes como he tenido, por el que en la apariencia menos simpatías me ha inspirado, por un joven a quien acababa de despedir de mi servicio; a quién se le ocurre, repito, que por él iba yo a dar mi posición, mi libertad, mi honra, mi vida acaso? ¡Esto sí que es insensato, absurdo, ridículo! Al que discurra así, bien le cabrá el cerebro en la cáscara de un cañamón por cráneo. (Con soberano desprecio.)

LEAN. Supongamos que todo eso es verdad: de nada te sirve, porque cuentas sin mí, que lo sé todo...

ANS. ¡Contigo, que nada sabes, que nada has visto, que acudiste como Gaspar y Sofía a los gritos de Juan! ¿Comprendes? (Con violencia extrema) Contigo cuento, sí: como se cuenta con el compañero de la niñez, con el hermano, con el ser de alma noble, que sabe que yo, al sacrificarme, cumplo con un deber sagrado, pago una deuda, y salvo a mi gijo, y me salvo a mí mismo de la desesperación. (Acento insinuante y cariñoso.)

LEAN. ¡Anselmo!

ANS. Si le denuncias, nos pierdes a los dos; si ca-



llas, a los dos nos salvas. Escoge. (Cambiando de tono.) Pero si por ti condenan a mi Ramiro... ¡maldita sea la amistad de nuestra vida! ¡Maldito yo por todo lo que hice por ti; por la confianza que en ti tuve, por el estúpido cariño que te profesé! ¡Maldito tú, incapaz de comprender nada grande! ¡Maldito tú, traidor y desleal y Judas!... (Amenazándole con furor: don Leandro muestra miedo y angustia ante la ira de don Anselmo.)

LEAN. ¡Anselmo, por Dios!... ¡Por Dios, no digas eso!...

ANS. ¡Habla! ¡Habla! ¡y verás lo que es de mi Ramiro y lo que es de tu Anselmo!

LEAN. Pero aunque yo ceda... aunque yo te obedezca... (Ya dominado.) aunque convenzas a todos, ¿cómo podrás convencer a Ramiro?

ANS. Eso corre de mi cuenta: por el pronto tú eres mío, ¿verdad? (Abrazándole.)

LEAN. Yo soy un necio y un cobarde que jamás tuvo voluntad.

ANS. Tú eres el hombre más bueno que conozco: tú mi hermano, mi salvador. Gracias, Leandro. Ahora él. (Acercándose a la derecha y abriendo la puerta.) ¡Ramiro!... El tiempo apura. (Se asoma al fondo con ansiedad.) No; todavía no vienen. (Vuelve a la derecha.) ¡Ramiro!... ¡Ramiro!...

## ESCENA IV

DON ANSELMO, DON LEANDRO y RAMIRO

RAM. Don Anselmo...

ANS. ¿Deseabas saber la verdad? Vas a saberla.

RAM. Gracias a Dios. Vamos a lo importante, a lo que me tiene inquieto. Ya me ha dicho usted que no... pero quisiera oírlo otra vez. ¿Juan no está herido? ¿Eh? ¡Esta es la cuestión!

ANS. Las cosas sucedieron como tú nos dijiste. Cayó del golpe: nada más. Después... tú le viste... venía a buscarte como tú sospechabas.

RAM. ¡No se lo dije yo! ¡Vaya, se me ha quitado un peso! Tenía miedo... no por mí... sino por Sofía. ¡Sangre de Juan en mis manos...

nuestro amor imposible!... Prefiero la muerte; de veras: no son palabras, usted no me conoce bien. Yo me parto el corazón en menos tiempo que lo digo.

ANS. Pues regocíjate y adelante: a otra: puedes seguir con tus costumbres infames.

RAM. ¡Don Anselmo!... Esta vez tiene usted razón; pero yo le juro a usted que he de enmendarme. ¡Palabra! ¡y choque usted! (Tendiéndole la mano.)

ANS. ¿Contigo? (Le va a tender la mano; pero la retira.)

RAM. ¿Qué? ¿le da a usted vergüenza? Pues otras veces...

ANS. No, no puede ser. Otras veces, sí; hoy, no.

RAM. ¡Don Anselmo! Mi mano...

ANS. Está limpia de sangre todavía: no por méritos tuyos, sino por pura casualidad: lo sé. No es mano de asesino: no está manchada.

RAM. ¿Entonces?

ANS. La mía lo está: no debes tocarla con la tuya: soy hombre de conciencia.

RAM. ¡La de usted! ¡Por Dios santo que no lo entiendo! ¿Es que se burla usted de mí? (Con estupor.)

LEAN. ¡Piensa lo que vas a decirle! (Alto a don Anselmo.)

ANS. La verdad.

RAM. ¡Nada, nada... ¡Que es una broma! ¡Pero está usted pálido como un difunto! (Cogiéndole la mano.)

ANS. ¡Ramiro! (Queriendo retirarla.)

RAM. ¡Esté como esté, no la suelto! ¡Heladal... ¡Como el frío de la muerte!... ¡Como la de mi madre cuando le dí el último beso!

ANS. ¡Oye! Cuando huías...

RAM. ¡Poco a poco: yo no he huído nunca! Usted me empujó... ¡y allá va Ramiro!

ANS. Sí: yo te arrojé de aquella casa... convenido.

RAM. Es que las cosas son como son. Y si supiesen los compañeros, que yo huí de Juan...

ANS. ¡Basta! ¡Siempre esos alardes de matón y de bravo! ¡Ah... miserable! ¡Acaso tu fiebre se comunicó a mi brazo! ¡Acaso eres tú la causa de mi crimen!

RAM. ¿De su crimen de usted? (Con asombro.) ¿Ha dicho de su crimen? (A don Leandro.)



LEAN. ¡Anselmo!...

ANS. Déjame... (En voz baja.) Déjame fingir: tú verás si me cree.

RAM. ¿Pero qué está usted diciendo? ¡Es que nos hemos vuelto locos!...

ANS. Escucha hasta el fin... Asómbrate cuanto quieras; pero silencio. ¡Calla, calla... tú que trajiste la maldición a mi casa y el infame contagio de tu sangre! (Cae sobre la mesa.)

RAM. ¡Virgen Santísima, qué cosas dice! (En voz baja a don Leandro.) ¿Perdió el juicio?

LEAN. Acaso.

ANS. ¡Dios mío, Dios mío, esto es superior a mis fuerzas! (A don Leandro en voz baja.) ¡Insultos en mis labios, cuando están hirviendo en mi boca los besos!... ¡Maldiciones, cuando le bendigo con toda mi alma!... Sin embargo, es preciso... ¡es preciso que no sospeche mi ternura! Adelante, adelante con mi horrible comedia.

LEAN. ¡Ya ves lo que has hecho! (A Ramiro, que los contempla con asombro.)

RAM. ¿Pero yo qué hice?... ¿Qué es esto?... Don Anselmo... Qué mirada... ¿Qué hay en esa mirada?

ANS. Escucha lo que te digo. Tú eres mi ruina y mi desesperación. ¿Sabes tú lo que es la desesperación? Haber sido lo que fui... ¡y ser lo que soy!... ¡y lo que seré muy pronto, cuando vengan esos hombres!

RAM. ¡Válgame mi madre, que ha sucedido lo que dije: perdió la luz natural este buen señor!

ANS. Sí; la perdí. Cuando un ser como tú, un hombre corrompido, hace lo que yo hice pocas horas ha... nada; ¿qué importa? un eslabón más a su cadena: otro trofeo más de sus hazañas. Pero cuando un hombre como yo, por ceguedad, por desgracia, porque el infierno lo dispone, mancha sus manos... ¡Ah, Ramiro, Ramiro! (A parte.) ¡Ay, Leandro, Leandro! ¿me creerá? (Con angustia.) ¡Atiende: huiste... sí, huiste... porque vosotros los bravucones algunas veces tenéis miedo y huís.

RAM. Bueno, como usted quiera.. ¿y qué más?

ANS. Que Juan se encontró conmigo. Venía... como tú: los dos iguales.

- RAM. ¿Y qué?  
ANS. Que yo le traté como a tí; aún peor, porque estaba muy excitado.
- RAM. ¿Y qué?  
ANS. Le conocí desde chico: le miraba como si fuese hijo mío, y le trataba muchas veces con dureza, con excesiva dureza.
- RAM. Ya lo sé; no es usted blando.  
ANS. Hice mal, muy mal; porque al fin yo no era su padre... Pero, ¿qué quieres? la costumbre. ¿Qué ruido es ese? (Yendo al fondo.) ¿Vienen ya?
- RAM. ¿Pero quién?  
LEAN. (Acercándose también al fondo.) No, Anselmo, no!  
¡Dios mío! ¡Dios mío!  
ANS. (Volviendo.) No; todavía no.
- RAM. Vamos, acabe usted, que algo muy horrible veo así como entre nieblas.  
ANS. ¡Pues le reprendí! ¡le insulté! ¡le llamé lo que a tí muchas veces: matón despreciable! ¡muñeco ridículo! ¡desperdicio del Rastrol! ¡espantajo de tabernas!
- RAM. ¡Ya, ya... ya le dijo usted cosas! No, todo eso no me lo ha llamado usted a mí nunca.  
(Con cierta excitación.)
- ANS. ¡Pues aún dije más... más todavía!  
RAM. ¿Y él?...  
ANS. El... al fin era un hombre... ya lo había olvidado: creí que era... como era en otro tiempo... ¡un chiquitín!
- RAM. ¿Pero qué hizo?  
ANS. ¡Ah... contestarme con insolencia! ¡afrentarme con vuestros términos groseros y repugnantes! ¡qué se yo... si me llamó... ¿Cómo me llamó?... no me acuerdo... Se me subió la sangre a la cabeza... no vi claro... le vi chiquito, muy chiquito ante mí... y le golpeé en el rostro.
- RAM. ¡Ah, don Anselmo, eso no se hace con un hombre! A eso se contesta, sea usted quien fuere... (Don Anselmo le observa con atención y alegría al ver que le cree.)
- ANS. Como él me contestó... blandiendo sobre mí el puñal, que todavía conservaba en la mano. Quizá no tenía intención de herirme... pero se vino sobre mí.
- RAM. Lo comprendo... lo comprendo.



- ANS. Y yo le cogí por la muñeca... de este modo... (Cogiendo a Ramiro.) Y luchamos... yo, por quitarle el hierro... él porque no se lo quitase... y caímos... y al caer la retorcí el brazo... y el puñal quedó de punta... y él cayó encima... y recogí el puñal... y estaba rojo... mucha sangre... mucha... ¡Mira cómo me salpicó!
- RAM. ¿Y Juan? (Con horror.)
- ANS. ¡A mis pies!... Sin vida... una masa sangrienta, lo que fué un hombre.
- RAM. ¡Qué horrible, don Anselmo, qué horrible! (Separándose de él y cubriéndose el rostro.) ¡De modo que usted... usted... don Anselmo... es un asesino... como pudiera serlo yo!
- ANS. (Aparte a don Leandro.) ¡Lo ha creído, ya lo ves, lo ha creído!
- RAM. Y ahora, ¿qué va a suceder?
- ANS. Lo que sucede en estos casos. Lo que hubiera sucedido contigo, si hubieses dado muerte a Juan. La vida de un hombre es sagrada: no se mata impunemente, Ramiro. Ahora... el juez... la cárcel... el juicio... la sentencia... el abismo. En las manos, sangre; en la conciencia, un crimen; en la frente, un borrón.
- RAM. Pero usted... ¿con usted no harán eso!
- ANS. ¿Quién soy yo? ¿Qué privilegio tengo? Ya verás cómo vienen a buscarme dentro de poco.
- RAM. ¡No, don Anselmo!... ¡A usted, no!... ¡Con usted no se atreverán!
- ANS. ¡Pobre Ramiro!... (Aparte a don Leandro-) (¡Pobre Ramiro!)
- RAM. En todo caso yo diré la verdad. Que reñí con Juan.
- ANS. ¿Para qué dirás eso? (Con angustia.)
- RAM. Toma, para decir la verdad.
- ANS. ¿Pero tú crees que con eso me salvas?
- RAM. ¡Qué sé yo! Me parece que no he de salvarle; pero no lo sé.
- ANS. ¿Pero tú dudas de lo que te he dicho? (Con sonrisa irónica, despreciativa.) ¿Crees que por salvarte forjé esa historia? ¡Oh!... ¡Yo por tí! (Esforzándose por fingir.)
- RAM. Eso no. ¡Qué disparate! ¿Usted por mí?
- ANS. ¿Pues qué soy yo para usted?
- ANS. ¿Para mí? Nada, o poco más. Fui hace muchos años amigo de tu familia; tu madre,

moribunda, te recomendó a mí; te tuve a mi lado como había tenido a otros muchos... por lástima... (Con afectado desdén.) nada más que por lástima.

RAM. Es cierto.

ANS. Te traté peor que a todos, porque tu carácter bravo me irritaba. (Como antes.)

RAM. Es cierto.

ANS. Me vi obligado a despedirte.

RAM. Es cierto.

ANS. Entonces, ¿a qué viene el hablar de tu riña con Juan? ¿Crees hacerme un favor? No los necesito.

RAM. Ya verán los jueces lo que deben hacer.

ANS. Oye. Te prohibo... ¿lo entiendes bien?... te prohibo que cuentes esa riña a nadie... ¡A nadie! ¡Lo mandó! (Con tono enérgico.)

RAM. ¿Por qué? ¿A usted qué le importa? ¿No dice usted que la verdad es lo primero? ¿Que lo primero es el deber? Pues a cumplirlo.

ANS. ¿Te has propuesto volverme loco? Escucha: yo quiero a Sofía como si fuese mi propia hija: yo quiero que sea feliz. (Con ansiedad.)

RAM. ¡Muy bien dicho! ¿Pero qué tiene que ver Sofía con que yo declare?

ANS. Es que yo sé que Sofía te ama y que no puede ser feliz más que contigo.

RAM. ¡Ah! ¿Usted cree eso? (Con alegría.)

ANS. Y tú también lo crees. Pues bien, si se sabe que reñiste con Juan, si te ves envuelto en mi proceso... porque los jueces son muy suspicaces y muy curiosos... entonces ¡renuncia para siempre a Sofía!

RAM. ¡Eso no! ¡Vive el cielo... renunciar a ella!

ANS. Ahí tienes por qué te mandó que calles. Si hablas, no me salvas; y te pierdes y la pierdes para siempre. Y a mí nada me importa... ¿comprendes?... me importa poco... es decir... no me importa mucho... lo que sea de ti... Ya te lo he dicho... para mí... eres... un extraño... un ser insignificante... ya ves que hablo con franqueza...

RAM. Ya lo veo.

ANS. ¡Pero ella! ¡Mi Sofía me importa mucho, más que todo en este mundo y no quiero verla desgraciada! ¿Penetras ahora en el fondo de mi pensamiento?



- RAM. ¡Sí, señor!
- ANS. ¿Y me obedecerás?
- RAM. Lo que usted dice es muy razonable. Sin embargo...
- ANS. ¡Por ella!... ¡Te lo suplico! ¡Suplicarte yo a ti!... ¡Mira tú que suplicarte yo!... ¡Por ella, Ramiro!
- RAM. ¡Por ella todo! No sólo esto... que en el fondo... no es nada malo.. digo me parece...
- ANS. No lo es: yo soy hombre de conciencia, y te juro que no lo es.
- RAM. Entonces... (Dudando.)
- ANS. Entonces... ¿qué? (Con ansiedad.)
- RAM. ¡Algo me dice que no tiene usted razón! (Con nuevo arranque)
- ANS. ¿Qué entiendes tú de honra ni de deber! (Con desesperación mal contenida.) ¡Ah! ¿Quieres que dude de ti Sofía? ¿Quieres que te odie?
- RAM. ¡Mil rayos! ¡Eso no! ¡Perder su cariño, nunca!
- ANS. ¡Pues obedece!
- RAM. ¡Sea! Callaré.
- ANS. ¡Gracias al cielo!
- RAM. Pero cuánto trabajo por hacer una cosa... que no es mala... yo, que hice tantas que no eran muy buenas.

## ESCENA V

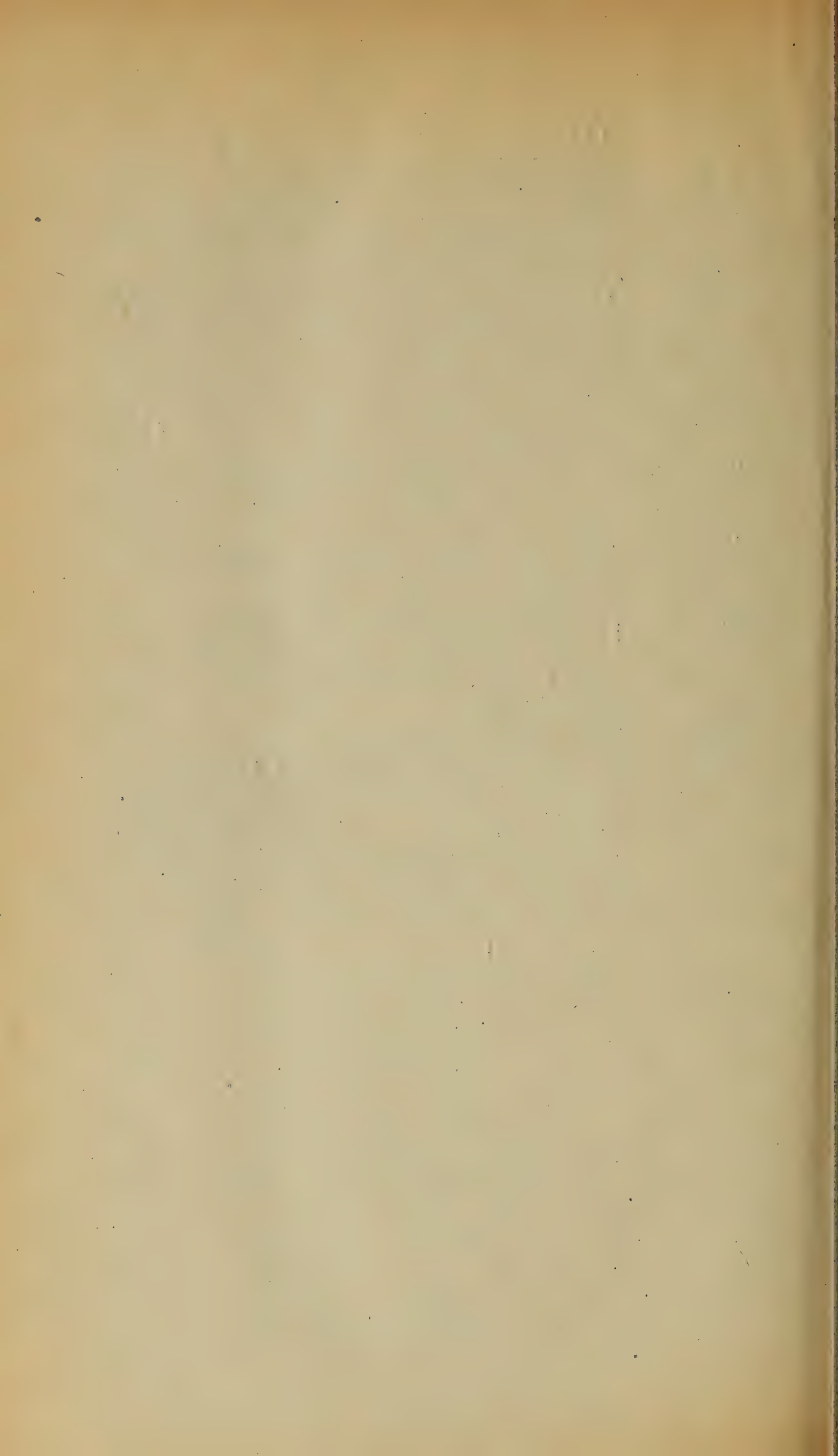
DON ANSELMO, DON LEANDRO, RAMIRO y CRIADO por el fondo

- CRIADO (Con gran azoramiento.) Señor... señor... vienen a buscarle a usted... unos señores... que son cosa de justicia... la casa está cercada.
- ANS. Lo sé. Llévalos al salón. Voy al momento. (Sale el Criado.) Ramiro... ya no nos veremos más. Leandro, cuida tú de él. (A Ramiro.) Nuestras vidas se unieron un punto: hoy se separan de nuevo. A pesar de todo lo que te he dicho... siento por ti... algo de simpatía... no diré cariño... ya ves tú... no hay por qué... ¡pero mucha simpatía... muchal!...
- RAM. ¡Don Anselmo!...
- ANS. Tienes buen fondo. No, Ramiro, no eres malo. Puedes llegar a ser mucho. ¿Lo serás?
- RAM. (Con energía.) Lo seré.

- ANS. ¡Ya sabes... por ella, Ramiro! ¿Quieres darme tu mano?
- RAM. ¿Quiere usted darme los brazos?
- ANS. ¡Ramiro!... (Se abrazan.) Adiós. Lucha por Sofía... merécela... hazla feliz... Adiós para siempre. (Se dirige a la puerta.)
- RAM. ¡Vamos, que no es posible que se lo lleven a usted esos hombres! Son unos mandrias, los conozco. ¡Deme usted un hierro, y en un dos por tres limpio la casa! (Con arranque grosero, pero noble)
- ANS. Ramiro, ¿es ese tu arrepentimiento? ¿Son esas tus promesas?
- RAM. ¡Si son unos pelgares, si mil veces les zurré a esos de la justicia! ¡Un arma, un arma! (Como antes.)
- ANS. ¡Silencio, quieto!... ¡Leandro, adiós! (Se abrazan.)
- LEAN. ¡Anselmo, mi amigo, mi hermano!
- RAM. ¡Y me he de estar así!... ¡Iré con usted!
- ANS. ¡No; te lo prohíbo! .. Llevo mejor compañía que la tuya... mi conciencia.
- LEAN. ¡Pobre Anselmo!
- RAM. ¡Pobre don Anselmo!
- ANS. (Aparte.) ¡Hazle feliz, Dios mío! ¡Te doy por él todo lo que me diste... la vida, la honra!... (Alto.) No me sigais... Ahí... quietos... Quiero ir solo... me espera el sacrificio... Por última vez, adiós, Ramiro. (Sale. Ramiro quiere seguirle. Don Leandro le contiene.)

FIN DEL ENTREACTO





---

# ACTO TERCERO

---

La escena representa un salón lujosísimo en casa de don Leandro y de Ramiro. Puerta en el fondo que da a las antesalas. A la derecha dos puertas; la de primer término da al despacho de don Leandro; la de segundo término a sus habitaciones. A la izquierda, en primer término, un balcón. Butacas, sofás, sillas, una mesa o secreter de lujo. Es la caída de la tarde. Han transcurrido ocho años desde el acto anterior.

## ESCENA PRIMERA

SOFIA; después JULIA. Sofia sentada y pensativa. Julia entra por el fondo

JULIA            Adiós, Sofía.

SOFÍA            Adiós, Julia.

JULIA            ¡Jesús, qué tiempo! ¡Está helando!  
                    Tu padre tiene razón:  
                    la tierra se ha desquiciado:  
                    este tiempo no es el tiempo  
                    de mis juveniles años.

(Se acerca a un espejo para quitarse el sombrero.)

SOFÍA            ¿Cambia lo que nos rodea,  
                    o es que nosotros cambiamos?

JULIA            ¡El planeta, que ya es viejo,  
                    caduco y acartonado!  
                    Nosotras aun somos niñas,  
                    y guapas, según reparo  
                    en el cristal de este espejo  
                    y en tu rostro sonrosado.  
                    Tú, veintiséis... poco más,  
                    y yo... veintinueve escasos.



SOFÍA Tú siempre de buen humor.

JULIA Con afligirme, ¿qué gano?

Pues hija, subí a tu casa

(Sentándose a su lado.)

a buscarte, y el criado

me dijo que con tu padre

hacía ya largo rato

que habías salido.

SOFÍA Sí.

Ramiro mandó a buscarnos

con gran premura.

JULIA Lo sé.

¿Conque el pobre don Leandro

se halla tan grave?

SOFÍA Muy grave.

Le dió un síncope y pensaron

que en él se quedaba. Anoche

Ramiro estuvo velando

al infeliz, y dos veces

creyó que de entre las manos

se le escapaba la vida

de aquel cuerpo aniquilado.

Está muy triste, muy triste,

el pobre Ramiro.

JULIA Claro,

para él ha sido en la vida

casi un padre el buen anciano.

Después de aquella tragedia...

ya sabes, la de tu hermano...

que son por mi cuenta... seis...

no... mucho más... ¿cuántos años?

SOFÍA Ocho. (Tristemente.)

JULIA Cabal. ¡Qué cabeza!

Ocho, y nueve este verano.

Pues bien, de entonces acá,

¡qué paternales cuidados

ha tenido con el mozo!

¡Oro, consejos, amparo,

cariño, solicitud;

y ésta, su casa, en que estamos,

que ha sido para tu novio

como el puerto para el náufrago!

Y como Ramiro tiene

un corazón tan honrado,

en gratitud y en ternura

paga su deuda.

JULIA Gallardo

SOFÍA

es tu futuro; y ahora  
que está ya domesticado  
y que la piel de salvaje  
se suavizó con los años,  
te digo que es un partido  
sin igual para un reclamo.

Mucho hizo su protector  
por Ramiro; pero al cabo  
él no hizo menos por sí.  
Y malamente le aplaudo,  
que en sí no pensó jamás  
al subir por su calvario.  
Fué por mí: por nuestro amor:

(Acercándose a Julia y hablando con pasión y orgullo.)

por este cariño santo,  
que creciendo cada día  
vivirá lo que vivamos.  
¡Qué lucha desesperada!  
¡Qué constancia en el trabajo!  
¡Qué fuerza para vencer  
su carácter tememario!  
¡Qué mirar al porvenir,  
qué romper con lo pasado!  
¡Qué buscar por entre sombras  
sendero, camino y paso!

JULIA

¡Mucho, mucho! Lo confieso,  
es una alhaja; un dechado  
de perfecciones; querida,  
guárdale como oro en paño.  
Y si en lo moral progresa,  
en lo físico ha ganado  
¡un ciento por ciento! Mira,  
¡que aquel mirar de costado!  
¡y aquella sonrisa triste!  
¡y aquellos dos ojos pardos!  
Supiste más que nosotros;  
¡picaruela, has acertado!  
Y él ha sido de constancia  
un modelo, lo declaro.

SOFÍA

Cuántas veces me decía  
en algún encuentro rápido:  
«espera, que llegaré,  
espera, que voy trepando;  
no te canses de esperar,  
que vengo de muy abajo.»  
Y yo: «no temas, Ramirc;



- no temas, que no me canso:  
viva o muerta me hallarás  
en mi puesto y aguardando.»
- JULIA ¡Un par de amantes, señor,  
como no se usan hogaño!
- SOFÍA Y llegó Ramiro a mí,  
y por fin nos encontramos:  
él su palabra cumplió,  
yo mi palabra he guardado.  
¡Qué dichosa voy a ser!...  
¡y él siempre dice otro tanto!  
¡Muy dichosos, muy dichosos!  
¡pero bien lo hemos ganado!,  
¡que en la senda que trajimos  
muchas lágrimas quedaron!
- JULIA Como, aunque pronto será  
la boda, no estáis casados,  
vuestro amor sigue vistiendo  
vestidura de romántico.
- SOFÍA Vino a aplazar nuestra boda  
la enfermedad de ese anciano.
- JULIA De todos modos son días  
los que faltan.
- SOFÍA Que son años  
para los dos, te lo juro.
- JULIA Y tal vez para mi hermano,  
que está con tu prometido  
de veras encariñado.
- SOFÍA Es cierto: le quiere mucho.
- JULIA Es que la verdad... mirando  
las cosas a sangre fría,  
el novio es que ni de encargo.  
Un talento financiero  
de primer orden... y es claro,  
muy rico.
- SOFÍA Muy rico, sí;  
pero además muy honrado.
- JULIA Y además gran orador,  
severo, correcto, clásico,  
con lo cual tiene en política  
camino triunfal y franco.  
Cortés, sin humillación,  
y si llega un lance, bravo  
como ninguno: en su día  
les dió de frente a tres zánganos  
tres estocadas soberbias;  
y así, en horas veinticuatro,

fué célebre, caballero,  
 respetable y respetado.  
 Y en fin, para ser cabal,  
 y esto acaba su retrato,  
 fiero y amable a la vez,  
 muy soñador y muy práctico;  
 dulce, siniestro, tristón  
 como un héroe de Lord Byron.  
 Te digo yo que en mi tiempo  
 ¡y que yo tuve buen gancho!,  
 ejemplar de tal valor  
 no vi nunca en el mercado.  
 El, sobre todo, es muy bueno.  
 Sobre todo, no es ingrato.  
 Don Anselmo... ya ves tú,  
 no hizo por él, que sepamos,  
 gran cosa. Paga mezquina,  
 malhumor, mucho trabajo;  
 pues, no obstante, así que pudo,  
 movió a Roma con Santiago  
 para abreviar su condena.  
 ¡Lo que él luchó con mi hermano  
 para alcanzar su perdón!  
 ¡Ruegos, súplicas y llanto!  
 ¡Pero a buena parte fué!  
 ¡Todo en vano!  
 ¡Todo en vano!  
 Nunca perdona Gaspar,  
 que es testarudo y pelmazo,  
 y que se pasa la vida  
 en rumiar odios y agravios.  
 ¡El adoraba a su Juan!  
 ¡Fué una desdicha!...  
 Está claro,  
 ¡una desdicha muy grandel  
 Pero, en fin, lo que ha pasado,  
 ha pasado, ¿y qué recurso?  
 El mundo es dulce y amargo:  
 memoria para lo bueno,  
 olvido para lo malo;  
 el presente se trampea,  
 y a vivir mientras vivamos.  
 Pues no hables más de ese asunto,  
 porque viene.

SOFÍA  
 JULIA

SOFÍA  
 JULIA

SOFÍA  
 JULIA

SOFÍA



## ESCENA II

SOFIA, JULIA y DON GASPAR por la derecha, segundo término

GAS.

¡Bien estamos!

¡Bravamente, bueno, bueno!

Pero, señor, ¿hasta cuándo  
he de sufrir yo disgustos,  
penas, dolores y estragos?

SOFÍA

¿Qué ocurre, papá?

GAS.

¿Qué ocurre?

Que se nos muere Leandro.

Es decir, que hay, cuando más,  
para tres días o cuatro.

(Pequeña pausa.)

Tuve amigos a montón,  
unos malos y otros buenos:

los buenos eran los menos,

porque sí, porque lo son.

Los malos son de Caifás

y Judas imitadores,

y como son los peores,

es claro que son los más.

Con diferente intervalo

les cantan el *Miserere*,

pues siempre el bueno se muere

y nunca se muere el malo.

Leandro y Anselmo... son dos

amigos de la niñez.

JULIA

¡Ese recuerdo otra vez!

SOFÍA

¡Padre! (Suplicando.)

GAS

¡Silencio!

SOFÍA

¡Por Dios!

GAS.

(Señalando al interior.)

Sin carácter; frente angosta

el uno .. ¡pero un bendito!

Y ahora que lo necesito

se nos marcha por la posta.

El otro, que es un alud,

una tromba y un ariete,

tan fresco con su grillete

y con tan buena salud.

Y ni aun eso, que la pena

fué pamplina y burla fué,

y a estas fechas yo bien sé

que se acaba su condena.

JULIA Ocho años sin libertad  
no es burla muy divertida.  
GAS. ¡Y mi pobre Juan, sin vida  
por toda una eternidad!  
¡Mi Juan... mi orgullo... mi gozo!  
¡Qué talento y qué figural  
De niño, una miniatura,  
y un Apolo cuando mozo.  
¡Yo enloquezco! ¡Yo deliro  
cuando pienso en su agonía ..  
y al cavilar que hoy sería  
lo mismo y más que Ramiro!  
¡Mucho talento los dos!  
Pero Juan, ¡con grán ventaja!  
¡Este, trabaja y trabaja!...  
¡Juan, a la gracia de Dios!  
Por lo demás, parecidos  
en el carácter y en todo:  
empiezan del mismo modo,  
por ser los dos dos perdidos.  
Los dos la misma pasión  
y la misma inteligencia,  
y los dos sin experiencia  
y con mucho corazón.  
De esta manera me explico,  
por este consorcio santo,  
el que yo le quiera tanto  
a ese demonio de chico.

SOFÍA ¿Es verdad? (Con tono alegre.)

GAS. ¡Por Dios, Sofía!

¿Hay acaso quien lo dude?  
Pues desde un principio, ¿pude  
mostrarle más simpatía?

SOFÍA Es cierto.

JULIA Pues no sé cuándo,  
porque yo no lo recuerdo.

GAS. Al principio no era cuerdo  
que yo me mostrase blando.  
Yo estaba muy satisfecho;  
pero enojos he fingido,  
hasta verlo convertido  
en un hombre de provecho.  
Sólo el que Anselmo mostrase  
poco apego a su escribiente,  
era razón suficiente  
para que a mí me agradase.  
Conque vamos poco a poco



en esto de la memoria,  
cuando recuerdo una historia,  
pocas veces me equivoco.  
Puedo en las almas leer;  
tengo un corazón sin par,  
y sé cuándo debo odiar  
y cuándo debo querer.

### ESCENA III

DON GASPAR, SOFÍA, JULIA y CRIADO

CRIADO      Un pobre, señor, insiste  
                 en que ha de ver al señor.  
JULIA        Diga usted que está peor.  
CRIADO      Ya lo dije y se resiste.  
                 Que es asunto de conciencia,  
                 que ya don Leandro lo sabe.  
GAS.         No hay otro asunto más grave  
                 que el de perder la existencia.  
JULIA        Que se marche.  
CRIADO      Pues no quiere:  
                 que hablará con don Ramiro.  
GAS.         ¡Impertinencia que admiro!  
SOFÍA        Que está ocupado: que espere.  
                 (Sale el Criado.)

### ESCENA IV

SOFIA, JULIA y DON GASPAR

GAS.        Alguno de la pandilla  
                 a que Ramiro socorre:  
                 siempre que las calles corre  
                 de la muy heroica villa,  
                 lleva dos o tres detrás,  
                 sablistas de profesión,  
                 atisbando la ocasión,  
                 que no perdonan jamás.  
                 Quiso Anselmo socorrer  
                 a jóvenes sin fortuna;  
                 caridad inoportuna  
                 por su modo de escoger.  
                 Y Ramiro favorece  
                 a los viejos, sobre todo;

pero lo hace de tal modo  
que el diablo se lo agradece.  
Gentes hambrientas y listas  
cruzando las escaleras:  
con el viejo, calaveras;  
con el joven, petardistas.  
El viejo, que espera al joven;  
el joven, que espera al viejo:  
algo así como un espejo  
para que los dos se emboben.  
Pues señor, será manía,  
mas si llego a la vejez,  
he de escribir a mi vez  
libros de filosofía.

Poca cosa: unos esbozos  
con tres o cuatro figuras  
en que pinto las locuras  
de los viejos y los mozos.  
La sociedad nos enseña  
miserias a cada paso.

JULIA

GAS.

¿Pues mi corazón acaso  
es de piedra berroqueña?  
Prudente... eso sí; prudente,  
a la par que cauteloso.  
¿Pero quién a bondadoso  
me ganó ni a complaciente?  
¿Soy malvado por oficio?  
¿Soy un alma empedernida?  
¿No ha sido toda mi vida  
un perpetuo sacrificio?

SOFÍA

(Acariciándole.)

GAS.

¡Es verdad, padre del alma!  
Es que hay gentes maliciosas,  
y en oyendo ciertas cosas...  
vamos... que pierdo la calma.  
Pues ahora mismo el encargo  
de un amigo moribundo  
a pesar de mi profundo  
dolor y del llanto amargo,

(Con voz llorosa.)

que los cóncavos me seca,  
cuando en sus huecos ahonda  
y a pesar de que me ronda  
una terrible jaqueca,  
¿no voy puntual a cumplir  
arreglando sus papeles?

(Sofía le consuela y acaricia.)



(A Sofía.)  
 ¡No sospeches, no receles  
 lo que yo voy a sufrir!  
 Sofía Ten valor: espera un poco.  
 Gas. Tu súplica, niña, es vana.  
 A valor nadie me gana.  
 Julia Ni a resistencia tampoco.  
 Gas. Pues cuando venga el postrero  
 instante del pobre amigo;  
 cuando a mi pesar testigo  
 llegue a ser del trance fiero,  
 ¿no estaría más a gusto,  
 sin perjuicio del paciente,  
*sufriendo tranquilamente*  
 en mi casa este disgusto?  
 Pues no señor; satisfecho  
 (Con emoción entre cómica y verdadera.)  
 no estaría de mi acción,  
 ¡porque tengo un corazón  
 que no me cabe en el pecho!  
 (Se marcha por la derecha primer término, secándose  
 los ojos.)  
 Sofía ¡Tiene razón! ¡Te bendice,  
 padre del alma, mi amor!  
 (Le manda un beso.)  
 (A Julia.)  
 Julia ¡Es un angel del Señor!  
 (Aparte.)  
 Y, sobre todo, él lo dice.

## ESCENA V

SOFÍA y JULIA

Sofía ¡Pobre don Leandro!  
 Julia De modo,  
 ¿que no hay esperanza ya?  
 Sofía ¡En el cielo... que a él irál  
 En la tierra acabó todo.  
 Julia Voy a verle. ¿Tú no vienes?  
 Sofía Antes estuve, y salí  
 muy mala. Casi perdi  
 el sentido.  
 Julia No te apenes,  
 por Dios, con tanta violencia.

El va delante, querida;  
pero todos en la vida  
llevamos nuestra sentencia.

(Le da un beso y sale por la derecha, segundo término.)

## ESCENA VI

SOFÍA; después RAMIRO por donde salió JULIA

- SOFÍA      Ya la tarde va cayendo;  
                  (Acercándose al balcón.)  
                  ya la noche va llegando;  
                  la luz del cielo bajando  
                  y las tinieblas subiendo.  
                  Para mí la vida empieza;  
                  para aquél, la noche fría:  
                  todo rayo de alegría  
                  tiene un fondo de tristeza.  
                  Así son las dichas todas  
                  de los míseros mortales:  
                  ¡tan tristes sus funerales!  
                  ¡Tan alegres nuestras bodas!  
                  (Ramiro entra preocupado y triste con una pequeña  
                  llave en la mano )
- RAM.      Dijo que en el secreter.  
                  (Sin reparar en Sofía.)
- SOFÍA      Ramiro...
- RAM.      ¿Qué, vida mía?...  
                  (Reparando en ella.)  
                  ¿Estabas aquí?... Venía  
                  pensando qué podrá ser  
                  un encargo que me dió  
                  hace poco el pobre enfermo.  
                  (Pausa. Se seca los ojos. Sofía le consuela.)  
                  «Oye, Ramiro: si duermo...  
                  y no despierto... llegó  
                  el instante... no te apures.»  
                  Y le ahogaban los sollozos.  
                  «¡Conque a la vida los mozos,  
                  y adelantel! Y que procures  
                  cumplir siempre como honrado:  
                  porque es seguro, seguro,  
                  que al empezar lo futuro  
                  se liquida lo pasado.»



- Alzó los párpados flojos,  
contrajo la frente helada,  
y la mano descarnada  
pasó por los turbios ojos.  
Y agregó: «que en este instante  
en que al parecer se olvida,  
no hay un rincón de la vida  
que no se ponga delante.»
- SOFÍA ¡Pobrecillo! ¡Si un crisol  
de honradez fué en la jornada!  
El no verá rinconada  
que no esté llena de sol.
- RAM. Pues verás. «En mi existencia,  
me dijo, muerde una duda:  
y ante la verdad desnuda,  
voy a lavar mi conciencia.  
¡Tengo un *papel* para ti!  
¡Si tú vieras lo que luchol»  
Y me acariciaba mucho...  
y habló, pero no entendí.  
Me hizo esta llave coger;  
gritó: «¡Qué torpes los jueces!»  
Y repitió muchas veces  
la palabra *secreter*.  
¡Después me ciñó los brazos,  
con ansia besó mi frente,  
desfallecido y doliente  
aflojó los dulces lazos:  
y dejé ¡tristes despojos!  
en sus manos y en su cuello  
y en su nevado cabello  
todo el llanto de mis ojos.
- SOFÍA Vamos, Ramiro, valor.
- RAM. Sabes lo que hizo por mí.  
Por él he llegado a ti;  
por él conquisté tu amor.
- SOFÍA En cambio, bien le has pagado:  
bien, Ramiro, le quisiste.
- RAM. ¿Pero qué misterio existe  
en eso que me ha contado?  
¿Cuáles las dudas, Sofía,  
que le atormentan sutiles?
- SOFÍA Escrúpulos infantiles,  
delirios de la agonía.
- RAM. Eso debe ser, porque él  
es muy bueno.
- SOFÍA Casi un niño.

RAM. Todo lealtad y cariño.  
Sin embargo... ese papel ..

SOFÍA ¿Te preocupa?

RAM. Lo confieso:

¡y es una puerilidad!

SOFÍA No me explico tu ansiedad.

RAM. Si no es ansiedad... no es eso.

SOFÍA ¿Por qué entonces te entristeces  
si no hay causa ni ocasión?

RAM. Pues dime: ¿por qué razón  
habló tanto *de los jueces*?

SOFÍA ¡Son recuerdos que le oprimen  
de un pasado que lamenta!

¡Y vino a dar, por la cuenta,  
en don Anselmo y su crimen!

Dijo, y acaso es verdad,  
que en riña no le mató,

que al desarmarle le hirió  
por pura casualidad;

y en su pobre fantasía,  
que se precipita y hunde,

todo lo mezcla y confunde  
la niebla de la agonía.

RAM. Puede ser.

SOFÍA (Con cariñosa insistencia.)

Pues sí señor.

Conque así, no te preocupes.

Sólo quiero que te ocupes  
de su muerte... y de mi amor.

¿Algo puede ya en el mundo

(Acercándose a él con mimo.)

estorbar nuestra ventura?

RAM. ¡Separarnos! ¡Qué locura!

(Cogiéndola con arranque de pasión.)

¡Ni el mar con ser tan profundo;

ni con ser tan ancho el suelo!

¡Ni el hombre con sus maldades,

ni todas las voluntades

y las potencias del cielo!

Al sospechar, no al temer,

que algo entre los dos se cruza,

todo el infierno me azuza

iras de mi antiguo ser.

¡Tantos esfuerzos soberbios;

tanto abrevarme de penas;

tanto abrasarme las venas

y retorcerme los nervios!



Ocho años pensando en ti:  
 ayer un paso, otro más:  
 ¿subirás?... Sí, subirás.  
 ¡Otro esfuerzot! ¡Otro!... ¡Subí!  
 Y al terminar mi calvario  
 y encontrarte enamorada,  
 ¡tu velo de desposada  
 convertirse en un sudario!  
 Tu amor me atrajo, y en él  
 para trepar me sostuve.  
 ¿Me llamas? Ramiro sube.  
 ¿Me faltas? ¡A mi nivel!  
 Y aunque ya no soy el mismo,  
 aun no he podido olvidar,  
 Sofía, que al empezar  
 mi nivel era el abismo.

SOFÍA

No digas eso; tu acento  
 nuestra dicha no acibare:  
 si hay algo que nos separe  
 será ese mal pensamiento.

(Rechazándole enérgica.)

RAM.

¡Ni pensamiento, ni ser,  
 ni ese, ni otro, ni ninguno!  
 Y ¡ay! si se interpone alguno  
 por maldad o por deber.  
 Si el mundo se conjurara,  
 si su rumbo se torciera,  
 ¡más! si mi padre volviera  
 a la vida y se cruzara  
 colérico entre los dos...  
 yo el fruto de su ternura,  
 yo su sangre, yo su hechura...

SOFÍA

¡Calla!... ¡no acabes por Dios!  
 (Tapándole entre cariñosa y espantada la boca.)

## ESCENA VII

SOFÍA, RAMIRO y CRIADO

CRIADO

Ese señor quiere entrar.

RAM.

¿Quién?

SOFÍA

Un pobre que ha venido.

CRIADO

Dice que está decidido.

Nada... que tiene que hablar  
 con don Leandro o con usted.

RAM. No es posible.  
 CRIADO Ya lo sabe:  
 ya le dije que está grave  
 el enfermo.  
 RAM. Bueno, ¿y qué?  
 (Impaciente.)  
 CRIADO Que no ceja en su faena.  
 Jura ¡que a pesar de todo!  
 Y se angustia de tal modo  
 que, la verdad... causa pena.  
 No es muy viejo, pero está  
 por lo visto *trabajado*.  
 Ya tiene el pelo nevado:  
 ¡y qué suspiros que da!  
 SOFÍA Recíbele: su dolor (A Ramiro.)  
 necesitará consuelo.  
 RAM. Ya tiene un ángel del cielo. (A Sofía.)  
 Pues que pase. (Al Criado.)  
 CRIADO Sí, señor.

## ESCENA VIII

SOFÍA y RAMIRO

SOFÍA ¿Recobró su juicio el loco?  
 ¿Dirás esas cosas feas?  
 RAM. No las diré.  
 SOFÍA Pues no creas  
 las que yo dije tampoco.  
 (Sale Sofía por la derecha segundo término.)

## ESCENA IX

RAMIRO y DON ANSELMO después por el fondo, en la forma que  
 su inspiración dicte al actor. Empieza a oscurecer

RAM. ¿Fué delirio?... ¿Es un arcano?  
 ¿Y si es misterio... es tan grave?  
 En dando vuelta a la llave  
 puedo tenerlo en mi mano.  
 (Se acerca al secreter, lo abre y empieza a buscar papeles.)  
 ¿Por unos cuantos renglones  
 tan sombríos pensamientos?



- ¡Qué necios presentimientos  
y qué locas aprensiones!  
(Don Anselmo ha entrado ya, pero se detiene tímido y conmovido.)
- ANS. ¡Señor!... ¡Ramiro! (En voz baja y temblorosa.)
- RAM. ¿Quién es? (Alto.)  
Será el pobre que esperaba (Aparte.)  
allá fuera. Que deseaba (Alto.)  
con vivísimo interés  
hablarme usted, me dijeron,  
sin perder un sólo instante.
- ANS. Sobre un asunto importante,  
sí, señor... y no mintieron.
- RAM. Pase usted... (Aparte.) Está cortado.  
¡Y puedo servirle yo!  
(Alto. Continúa buscando papeles.)
- ANS. ¡Ahí le tienes!... ¡Ya llegó  
(Aparte a sí mismo.)  
aquel día tan deseado!...  
¡Hace tanto que no lloro,  
que hasta que el alma rebose!...
- RAM. Tome usted asiento y repose,  
Le hice esperar... lo deploro.
- ANS. ¡Qué noble cortesanía!  
(Aparte, avanzando unos pasos; pero no se sienta aún,  
sino que contempla a Ramiro. Poca luz en la sala.)  
¡Y qué acento reposado!  
¡Transformado!... ¡Transformado  
por completo!... ¡Lo sabía!  
(Con supremo triunfo.)
- RAM. Su pobre juicio padece (Aparte.)  
debilidad o extravío.
- ANS. ¡Mi recompensa, Dios mío! (Aparte.)  
(¡Me la diste!...) (Vacila y está a punto de caer)
- RAM. ¡Desfallece!  
(Corre a sostenerle: don Anselmo se afianza a él, pero  
con la cabeza caída y el cuerpo encorvado, de modo  
que Ramiro no le ve el rostro. Pequeña pausa, que se  
entrega a los actores.)
- ANS. ¡No eran mis cabellos canos,  
ni estaban muertos mis ojos,  
ni eran mis párpados rojos,  
ni eran callosas mis manos,  
ni era mi acento tan triste,  
ni llevaba seis o siete  
cicatrices del grillete  
cuando tú me conociste!

- RAM. ¡Don Anselmo!...  
(Contemplándole un instante.)  
¡Desdichado!  
¡Cuánto, cuánto habrá sufrido!  
(Le coge las dos manos con efusión, pero sin darle los brazos.)
- ANS. ¡El infierno en que he vivido  
es mejor para olvidado!  
(Pausa.)  
¡Y los brazos no me ofrece! (Aparte.)  
¡Sólo mis manos oprime!
- RAM. Toda culpa se redime.
- ANS. No siempre, según parece.  
(Separa sus manos violentamente de Ramiro y se deja caer en el sillón.)
- RAM. Tres veces a verle fuí,  
ninguna me recibió.
- ANS. Era que, sin duda, yo  
no quería verte allí.  
Sin embargo... a tu merced  
estoy muy agradecido.
- RAM. Valor... y todo al olvido.  
(Acercándose a él cariñoso y cortés.)  
En un hombre como usted...  
de su noble entendimiento  
y su honrada fortaleza,  
si es posible la tristeza,  
no lo es el abatimiento.  
Ni fué tan grande su culpa.
- ANS. Tan grande como el martirio.
- RAM. Un momento de delirio  
encuentra siempre disculpa.  
Y en cuanto a mí... ¿qué decirle?  
De mi casa y de mi hacienda  
disponga usted como entienda  
que más pueda convenirle. (Pausa.)
- ANS. ¡Hay algo más doloroso  
que el más doloroso anhelo!  
¡Algo más frío que el hielo!...  
¡Tu acento ceremonioso!  
(Ramiro quiere disculparse. Don Anselmo le contiene y se levanta.)  
¿Qué sabes tú, que me humillas  
por la afrenta... ¡que acepté!  
ni quién debe estar en pie,  
ni quién estar de rodillas?  
(Después del esfuerzo viene el abatimiento.)



- RAM. ¡Don Anselmo!... (Con asombro.)  
 ANS. ¡Qué locura!  
 RAM. ¡Por favor!...  
 ANS. ¿Me habrá entendido?  
 (Aparte, con espanto.)  
 RAM. ¡Ofenderle no he querido!...  
 (Con tono dulce, casi suplicante.)  
 ANS. ¡Si esta pobre criatura (Aparte.)  
 ni es injusta, ni es cruel!  
 ¡Si mi mentira creyó:  
 si no sabe quién soy yo:  
 si no sabe quién es él!  
 RAM. ¡Es usted harto severo!  
 (Conmovido.)  
 Un sacrificio cualquiera  
 pida usted; que si hay manera  
 de mostrar cuánto le quiero,  
 verá usted que su cariño  
 recuerdo y su protección.  
 ANS. Es verdad, tienes razón:  
 si es que casi soy un niño.  
 Y ya comprendo las cosas;  
 ¡pero estoy tan humillado!  
 ¡Vengo tan necesitado  
 de palabras cariñosas!  
 RAM. ¡Si yo las siento también  
 en mis labios!... ¿Quiere un beso...  
 como a un padre?  
 ANS. ¡Sí... pues eso!  
 (Ramiro le abraza y besa en la frente.)  
 ¡Ahora sí que vamos bien!  
 RAM. ¿Pues cómo a olvidarme voy  
 de quien me tendió su mano?  
 A usted y al mísero anciano  
 (Señalando hacia dentro.)  
 debo todo lo que soy.  
 ANS. ¿A los dos? (Con enojo y celos.)  
 RAM. Dicho sin dolo  
 ni cumplimiento fingido.  
 ANS. El mi mandato ha cumplido,  
 de manera que a mí solo.  
 RAM. (Con sorpresa.)  
 ¿Que su mandato cumplió?  
 ANS. Es decir... yo le rogué...  
 Es que hablo... sin saber qué..  
 Dijiste bien... él... y yo.  
 (Ramiro le contempla algunos instantes.)

RAM. ¡Pero si yo no he dudado!

(Con cierto asombro)

¿Por qué esfuerza de ese modo?

ANS. ¡Si es que lo confundo todo!

¡Si es que vengo trastornado!

RAM. Bien está. (Pensativo.)

ANS. ¡Ues ya no voy

más adelante. Maté:

me prendieron: confesé:

y vine a ser... lo que soy.

RAM. Lo que fué: lo que en la frente  
lleva escrito: un hombre honrado.

ANS. No hablemos de lo pasado:  
hablemos de lo presente.

¿El pobre Leandro?

RAM. No hay ya  
esperanza.

ANS. ¿Su razón  
conserva? ¿Su situación  
comprende? ¿Conocerá,  
si estrecho su cuerpo inerte  
con esfuerzo convulsivo,  
el que está muriendo vivo  
al que está viviendo muerto?

RAM. Pienso que sí.

ANS. (Levantándose.) Vamos, pues.

RAM. Ahora... no. Yo se lo ruego.

(Muy cortado.)

ANS. ¿Por qué razón?

RAM. (Lo mismo.) Será luego.

ANS. ¿Pero y si es tarde después?

(Queriendo marchar.)

RAM. Están dentro don Gaspar  
y Julia... y también Sofía.

ANS. Entonces, no. No podría  
verlos.

(Pequeña pausa. Don Anselmo se pasea con precipitación.)

¡Pero quiero entrar!

(Con nuevo arranque.)

No será malo que explores...

(Queriendo enviarle adentro.)

RAM. (Procurando convencerle.)

Echaremos un mal lance.

ANS. Necesito a todo trance...

(Cogiéndole por un brazo.—Aparte.)  
de la carta de Dolores.



RAM.

(Aparte.)

¡Qué arretrato de furor!  
¡y qué inquietud tan extraña!

ANS.

(Aparte.)

Yo le engañaré con maña...  
con la verdad, sí, señor. (Alto.)  
Oye y perdona mi tema:  
cuando me ví procesado...  
hay que hablar de lo pasado,  
y aunque la palabra quema  
mis labios... voy adelante:  
discurrí... que el juez vendría  
a mi casa... y que podría  
cierto papel importante...  
puramente personal...  
una memoria sagrada...  
una carta reservada...  
ir a manos del fiscal.  
Pues bien, la carta cogí  
y a Leandro se la confié:  
y fué después... lo que fué:  
y ya sabes... dónde fuí.

RAM.

¿Y qué puedo yo?...

(Ya Ramiro, desde antes, viene receloso; su ansiedad  
cada vez es mayor.)

ANS.

Tú puedes  
lo que yo no puedo: entrar,  
y en voz baja preguntar;  
y si a mi súplica accedes,  
puedes la prenda querida  
devolverme antes que muera,  
¡que por tenerla yo diera  
lo que me resta de vida!

RAM.

Pues don Gaspar ha ordenado  
sus papeles allá dentro.

ANS.

(Con desesperado asombro.)

¿Quieres arrojarme al centro  
del infierno condenado  
sin piedad ni redención?  
¡pues repite esa palabra,  
que ella sola forja y labra  
mi eterna condenación!

RAM.

Es que además me ha confiado  
un papel interesante.  
Ahora mismo en el instante  
en que usted llegó, ocupado  
estaba en buscarlo.

(Pausa. Don Anselmo se acerca y le mira algunos momentos.)

ANS. ¡Pese  
al diablo, se hizo mi gusto!  
¡Pero me has dado un buen susto!  
El papel que busco es ese.

(Poniéndole la mano en el hombro. Movimiento de asombro de Ramiro.)

¿Le echaste encima la vista?

(Mirándole fijamente.)

RAM. No, señor.

ANS. (Mirándole de nuevo.)

No me equivoco.

¿Ni lo encontraste?

RAM. Tampoco.

ANS. Ya daremos con la pista.

(Señalando al secreter.)

¿Aquí dices?

RAM. Sí, señor.

(Don Anselmo se sienta ante el secreter, y empieza a buscar, inclinándose mucho, porque hay poca luz. Ramiro en pie, a su lado, observándole.)

Pero he de observar...

(Queriendo detenerle con mucho respeto.)

ANS. Después.

RAM. ¿Será este pliego?

(Ramiro también empieza a buscar con ansia.)

ANS. ¿No ves  
que yo no le doy valor?

(Arrojándole a su lado con desprecio.)

¡Yo conozco bien la hechura!

(Con risa nerviosa.)

RAM. La noche casi ha cerrado.

ANS. Estoy muy acostumbrado  
a ver en toda negrura.

RAM. Traerán luz.

ANS. (Llora.) Hay luz bastante.

RAM. Para usted, no.

ANS. Bien me humillas:

¡unas cuantas lagrimillas;

(Secándose los ojos.)

que se me ponen delante!

RAM. ¡A ver este sobre!

ANS. ¡Al fin!

(Quiere apoderarse de él: Ramiro le contiene.)

RAM. Un momento. (Toca el timbre.)

ANS. ¡Por favor!



RAM.

Después.

(Conteniéndole dulce y respetuosamente.)

LUCES. (Al Criado que se presenta)

CRIADO

Sí, señor.

ANS.

¿Qué intentas? ¡Abuso ruin  
de mi confianza, sería  
penetrar en mi secreto!

(Pausa. El Criado entra las luces.)

RAM.

Abuso que no cometo  
ni jamás cometería.  
Misterios de los demás,  
aun sin deberles merced,  
los respeto: los de usted  
he de respetarlos más.

ANS.

¿Entonces?

RAM.

Don Leandro dijo,  
que el papel me interesaba:  
usted otro papel buscaba;  
pues son diversos de fijo.  
No es posible que a los dos  
al mismo tiempo interese.

(Mostrando la carta.)

ANS.

El mío, Ramiro, es ese.

RAM.

Hasta ahora, lo sabe Dios.

ANS.

¡Una carta es lo que busco!

RAM.

Mi escrito tal vez lo sea.

ANS.

Pues déjame que lo vea.

RAM.

Sí, señor; pero me ofusco  
o es natural que le arguya.

ANS.

¡Ten piedad de mi agonía!

RAM.

La conservo si es la mía:  
se la entrego si es la suya.

ANS.

¡Yo primero!

(Queriendo coger la carta.)

RAM.

¿Por qué no  
he de verla yo primero?

ANS.

¿Por qué?... Porque yo no quiero.

(Queriendo coger la carta.)

RAM.

¿Y por qué no he de ser yo?

ANS.

¡Si no ha de ser!

RAM.

¡Sí ha de ser!

ANS.

¡Pierdo el juicio!

RAM.

¡Y yo deliro!

ANS.

¡Es que enloquezco, Ramiro!

RAM.

¡Es que empiezo a enloquecer!

ANS.

¡Piedad, Ramiro, piedad!  
por todo lo que he sufrido!

RAM. Don Anselmo, es que yo pido algo también, ¡la verdad!

ANS. ¡Por el llanto que vertí!  
¡por los hierros que arrastré!  
¡por la sangre que sudé!  
¡por el honor que perdí!  
(Cae a los pies de Ramiro.)

## ESCENA X

DON ANSELMO, RAMIRO y DON GASPAR, por la derecha, primer término

GAS. ¡Vive Dios!... ¿qué hombre es aquél?  
¿por qué llora?.. ¿por qué gime?  
¡Ramiro, su nombre dime!  
(Don Anselmo se levanta, y apoyándose en Ramiro le mira con espanto. Don Gaspar avanza y le observa atentamente.)  
¡No me lo digas!... ¡Es él!  
¿Pero qué es esto, qué pasa?  
¿Por qué volvió?... ¡Ya adivino!  
Dieron suelta al asesino  
y se metió en esta casa.  
Ya remató su condena...  
y como aquél está inerte,  
(Señalando hacia dentro.)  
viene olfateando la muerte:  
el oficio de la hiena.  
(Don Anselmo hace un movimiento. Ramiro se interpone.)

RAM. ¡Don Anselmo!.. ¡Don Gaspar!

ANS. ¡No te alteres!... ¡No te apures!  
(Haciendo esfuerzos, pero las fuerzas le van faltando.)  
ni tampoco te figures  
que le voy a contestar.  
En otro tiempo ya hundido  
en la vergüenza y el llanto,  
ni él me hubiera dicho tanto,  
ni yo lo hubiera sufrido.  
¡Conque insulta!.. al fin y al cabo  
te depara la fortuna  
ocasión como ninguna  
¡para mostrar que eres bravo!  
(Ocultando el rostro entre las manos.)



- GAS. ¡Enfrenan manos airadas  
los años y los dolores!
- ANS. Aun en tus años mejores  
las has tenido enfrenadas.
- GAS. Sin embargo, tengo aliento  
para echarte de esta casa.
- ANS. Y si no salgo, ¿qué pasa?  
(Abrazándose a Ramiro.)
- GAS. ¡No lo sé! (Con tono de amenaza.)
- ANS. ¡Yo lo presiento!  
Llamarás a los criados.
- GAS. No: los llamará Ramiro.  
Que si él hiciera retiro  
esta casa de forzados...
- RAM. ¡No más!... ¡prudencia!... ¡no más!
- GAS. Yo de esta casa saldría  
y conmigo...
- RAM. ¡No! (Con desesperación.)
- GAS. ¡Sofía!  
para no volver jamás.
- ANS. ¡Eso no!  
(Tan desesperado como Ramiro. Este le mira con  
asombro.)
- GAS. Digo una vez...  
¡y basta! .. lo necesario.
- ANS. ¡Qué interminable calvario!
- RAM. ¡Qué espantosa palidez!  
(Mirando a don Anselmo.)
- ANS. Lo que te pide Gaspar (A Ramiro.)  
es justo: tiene razón:  
no hay hombre de corazón  
que se lo pueda negar.  
¿Hice el daño? ¡pago el daño!  
¡debes echarme!
- RAM. ¿Qué es esto?  
¡que siempre esté usted dispuesto  
al sacrificio, es extraño!  
¡Que afrentado y dolorido  
siempre su pena reclame!
- GAS. Es el asesino infame...
- ANS. Y él es el padre ofendido.  
¡Si su prudencia no entiendo!  
¡Si yo hiciera mucho más!  
¡Matarme un hijo! (Conteniéndose.)  
Jamás  
lo tuve; pero comprendo,  
que si tal caso llegara,

y yo al matador cogiera,  
con mil vidas que tuviera  
y otras mil... ¡no me bastara!  
¡Verle muerto... y darle vida!  
¡Verle vivo... y darle muerte!  
y alternando de esta suerte  
hasta colmar la medida.  
¿A su enojo puso tasa?  
¡Pues le respeto y admiro!  
Dame ese papel, Ramiro,  
y arrójame de esta casa.

GAS. (Le ha estado oyendo con asombro.)

Ya sabes su parecer:  
conque ese hombre o tu Sofía.

RAM. ¡Si ella es mía!... ¡si ella es mía!

GAS. Escoge.

RAM. ¡Voy a escoger!

(Procurando dominarse y tener calma, pero profundamente conmovido.)

Cierto papel importante,  
que don Leandro conservaba,  
vino a buscar. (Señalando a don Anselmo.)

Y ahora estaba,  
justamente en el instante  
en que usted se presentó,  
viendo si daba con él.

Cuando encuentre ese papel...

ANS. ¡Ramiro!

RAM. Juzgaré yo,  
si es que conservo mi juicio  
y mi voluntad es mía...  
¡Pero que espere Sofía!...  
¡es tan corto el sacrificio!  
Ahora, retírese usted:

se lo ruego, don Gaspar.

GAS. ¿Pero tú puedes dudar  
entre ella y él?

RAM. Por merced  
muy especial se lo pido.

GAS. ¡Y Sofía!

RAM. ¡Desdichada!

GAS. ¿Tú no consideras?

RAM. Nada.

ANS. (Aparte.)

¡Dios Santo, habrá comprendido!

GAS. ¿Ni recuerdas?

RAM. No recuerdo,



ni sé, ni quiero tampoco;  
 ¡enloquezcól  
 GAS. Si estás loco,  
 por la pena serás cuerdo.  
 (Sale airado; pero observando a los dos con asombro.)

## ESCENA XI

DON ANSELMO y RAMIRO

RAM. ¡Acérquese usted a mí!  
 ¡Aún más cerca!... ¡Más!  
 ANS. (Ya está postrado por completo.) ¡Ramiro!  
 RAM. Míreme usted.  
 ANS. Ya te miro...  
 RAM. No diga usted nada. Así... (Mirándole.)  
 y ahora busquemos los dos,  
 (Sacando el papel.)  
 algo que há rato presiento:  
 ¡torcedor como el tormento  
 y sublime como Dios!  
 ANS. ¡Olvidal... ¡suelta!  
 RAM. ¡Jamás!  
 ANS. No puedo luchar.  
 RAM. ¡Yo luchol  
 ANS. ¡Mira que he sufrido mucho!  
 ¡que no puedo sufrir más!  
 RAM. ¡Ya poco falta!  
 ANS. ¡Cruell  
 RAM. ¡Ser yo quien le martiricel  
 ¡Vamos a ver lo que dice,  
 don Anselmo, este papell  
 ANS. ¡No, por piedad! (Se resiste, pero sin fuerzas.)  
 RAM. Es en vano.  
 (Leyendo.)  
 «A don Anselmo de Ulierte,  
 para después de mi muerte,  
 entregada en propia mano.»  
 ¡Es de mi madre: es aquella  
 que yo le entregué: yo mismo!  
 ANS. ¡Que Dios decida! Al abismo  
 vamos, con ella o sin ella.  
 ¿Qué puedo ocultarte ya,  
 por mucho que me fatigue?...  
 RAM. «¡Anselmo mío!» (Leyendo.)  
 ANS. Prosigue.

RAM. ¡No puedo!...

(Cae abrumado, ocultándose el rostro con las manos.)

ANS. Pues dame acá.

(Don Anselmo le lee la carta a Ramiro; la escena queda entregada a los actores.)

«Esta carta muy cerrada  
a Ramiro se la entrego;  
él nada sabe; tú, luego,  
verás lo que más te agrada.  
Estoy manchando el papel  
con llanto... siempre llorona..  
Perdona, Anselmo, perdona.  
¡Por Dios, haz algo por él!  
Es corta mi despedida:  
tengo sueño y tengo frío:  
nuestro Ramiro fué mío  
mientras me duró la vida.»

RAM. ¡Padre del alma... perdón!

(Cae de rodillas llorando y abrazándole.)

ANS. ¿De qué? (Acariciándole.)

RAM. No lo sé: confieso

que no lo sé: llevo un peso  
horrible en el corazón.

Y algo aquí que me marea:

(Oprimiéndose la frente.)

ola de sangre que sube;  
aquella idea que tuve  
desde el principio. Esta idea...

«Tu crimen ha sido un plan  
conque salvarme quisiste:  
¡padre... padre!... ¡Tú no fuiste  
el asesino de Juan!»

ANS. ¡Que el universo me aplaste  
si no fuí yo!... ¡Te lo juro!

RRM. ¡Si sé que no!... ¡Si es seguro!

¡Por mí te sacrificaste!

¡Por mí bordeando el cadalso!

¡Por mí tu nombre en el lodo!

¡Infamia, deshonor, todo!

¡Por mí hasta juras en falso!

¿Lo confiesas?

ANS. ¡Vano empeño  
suponer que yo me ablande!

RAM. ¡Qué grande, padre, qué grandel!

¡Y yo qué ruin, qué pequeño!

ANS. ¿Mi desdicha de raíz  
quieres cortar?



RAM. ¿De qué suerte?

**Ans.** Muy fácil: sólo con verte completamente feliz.

RAM. ¿Puedo serlo todavía?

Ans. Olvida lo que ha pasado:  
yo me marchó consolado  
y eres dueño de Sofía.

RAM. ¡Y un abismo entre los dos!

¡Y tú llorando sin mí!

¡Y yo renegar de ti!

¡Eso es renegar de Dios!

No, padre, no: de ese modo  
ni soy dichoso ni bueno.

¡Eso es convertirme en cieno;

eso es convertirme en lodo!

ANS.      Será que estoy trastornado,  
será locura; capricho;  
pero *con eso* que has dicho,  
mira tú, ya estoy pagado.  
¡Si ya no hay marca afrentosa  
que yo no desprecie y rete!  
¡Qué cariñoso el grillete!  
Y la infamia, ¡qué gloriosa!

ESCENA XII

DON ANSELMO, RAMIRO, DON GASPAR y SOFIA

GAS. Llegó el punto de escoger,  
que yo no puedo aguardar.

RAM. Dice usted bien, don Gaspar,  
no tiene espera el deber.

SOFIA ¿Pero es cierto lo que dice mi padre?... ¡No lo creía!

RAM. . . . . ¡Ni yo tampoco, Sofía!

ANS. (Aparte a Ramiro.)  
¡Calla!... ¡Basta!... ¡Te bendice  
tu padre!

SOFÍA Pero, Dios santo,  
¿qué es esto?

Ans. ¡No más!... ¡No más!

RAM. ¡Que no se agota jamás  
la amarga fuente del llanto!  
¡Por merecerte subí  
de mi vida en la batalla,

- y hoy sólo siendo un canalla  
puedo llegar hasta tí!
- GAS. La explicación abreviemos...  
y si es preciso salgamos. (A su hija.)
- RAM. En dos palabras llegamos  
al fin y nos entendemos.  
Voy a decir la verdad.  
¡Este anciano escarnecido...  
es mi padre! Lo he sabido  
forzando su voluntad.
- GAS. ¿Qué estás diciendo?
- SOFÍA ¡Ay de mí!
- GAS. ¡Ramiro!
- SOFÍA ¡Dios soberano!
- (Cae en un sofá, cubriéndose el rostro, a la derecha.)
- RAM. ¡Y Juan murió de mi mano  
y él sufrió infamia por mí!  
¡Y ahora, vida de mi vida,  
ilusión de mis sentidos,  
ya, para siempre vencidos;  
ya, la eterna despedida!
- (Cae Ramiro desesperado, a la izquierda; a su lado  
queda en pie don Anselmo.)
- GAS. ¡Qué traición! ¡Qué iniquidad!  
¡Yo que tanto le quería!  
¡Salgamos pronto, Sofía!
- (Pausa.)
- ¡Me inspira Anselmo piedad!
- (A Sofía, señalando a don Anselmo. Don Gaspar se  
acerca a don Anselmo.)
- Entre ellos un mar de llanto.  
(Señalando a Ramiro y Sofía.)
- ¡Pero te quiero y te admiro!
- (En voz baja, cogiéndole una mano.)
- ¡Eso hiciste por Ramiro!
- (Conmovido, casi llorando.)
- ¡Por mi Juan, hago otro tanto!
- ANS. ¡Ella... será desdichada!
- (Señalando a Sofía.)
- ¿Y ves?... ¡El dolor le abruma!
- (Señalando a Ramiro.)
- y mi sacrificio, en suma,  
¿de qué ha servido? De nada.
- GAS. ¡El tiempo abate una roca!...  
¡Y todo pasa y se olvida!...  
¡Ellos tienen mucha vida,  
y nosotros ya muy poca!



(Se separan: don Gaspar obliga a Sofía a que le siga, y van hacia el fondo, don Anselmo se acerca a Ramiro y forman un grupo.)

ANS.

¡Ramiro!

RAM.

¡Padre, soy fuerte!...

¡Pero que yo no la vea!

(Con desesperación, ocultando la cara en el pecho de su padre.)

GAS.

¡Vamos, Sofía!

SOFÍA

¡Pues sea!

¡Juré amarle hasta la muerte! (A su padre.)

RAM.

¿Me aborreces? (A Sofía, desde lejos.)

SOFÍA

¿Yo? ¡Jamás!

GAS.

¡Basta!

SOFÍA

¿Me crees?

RAM.

¡Sí te creo!

SOFÍA

¡Cuanto más lejos te veo,  
te quiero más!

RAM.

¡Y yo más!

ANS.

El que bien ama no cede.

¿Rueda abajo? Vuelve arriba,

esperad mientras yo viva,

esperad mientras me quede

de llanto una sola gota,

de sollozos un suspiro:

es mi corazón, Ramiro,

MANANTIAL QUE NO SE AGOTA.

¡No extremeis vuestro dolor!

¡No mata lo que más hiera!

¡Hay algo que nunca muere:

la esperanza y el amor!

(Don Gaspar queda casi en la puerta con su hija sollozando. Ramiro se abraza a su padre con desesperación.)

FIN DEL DRAMA



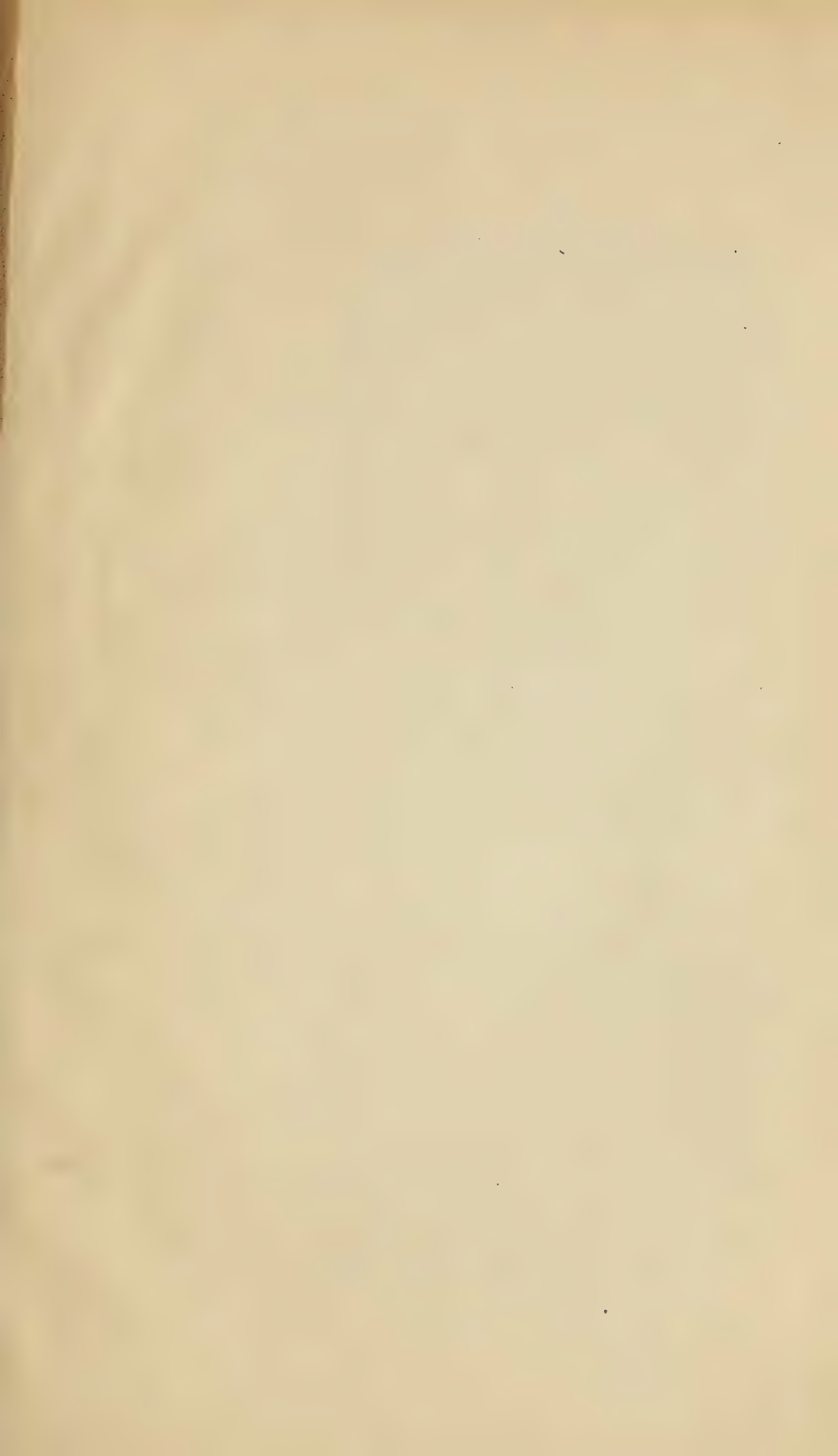


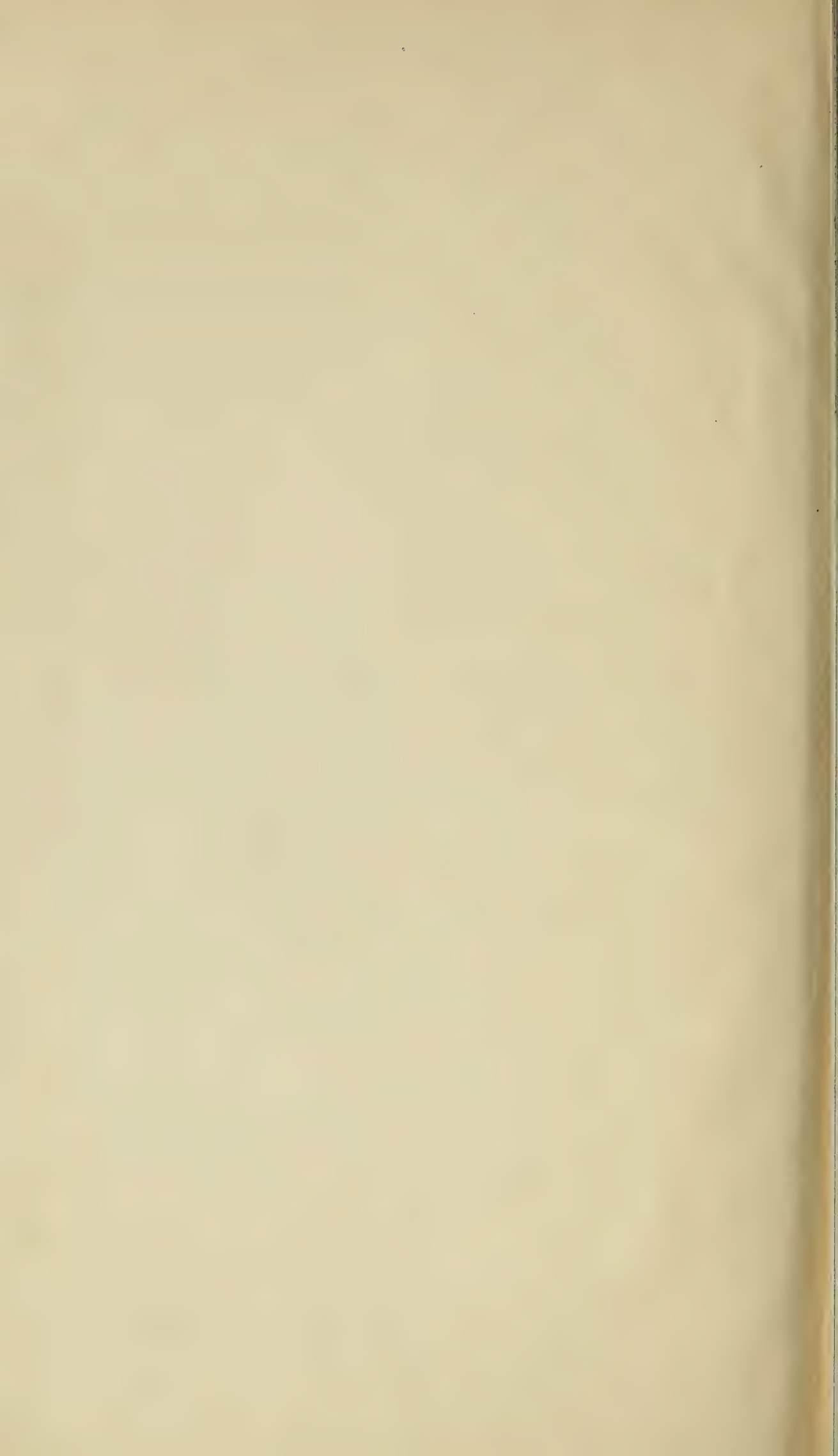


98



















202192

Echegaray, José  
Mariana, etc.

LS

E184m

NAME OF BORROWER

DATE

T. B. Barclay

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU



